



CARNEGIE

EL TRIUNFO
DE LA
DEMOCRACIA

E168
C2938

R. C.



1020025256

300
C

Andrés Carnegie

El Triunfo de la Democracia

TRADUCCIÓN

DE

La Vida Literaria



BARCELONA F
— RICARDO GARRUBIAS

LA VIDA LITERARIA

Toribio Taberner, Editor

224, Calle Rosellón, 224
1905

86077

20276

Tipografía ANUARIO DE LA EXPORTACIÓN, Paseo de San Juan, 192.

E 168
C 2938

Es propiedad del editor

El Triunfo de la Democracia

LA CONSTELACION FEDERAL

*Hasta donde puedo yo juzgar, la
Constitución Americana es la obra
más sorprendente que jamás haya
salido de cerebro humano.*

GLADSTONE.

Consideramos como una verdad indiscutible que todos los hombres han nacido libres é iguales, y que han recibido de su creador ciertos derechos inalienables como el derecho á la existencia, á la libertad y al mayor bienestar posible.

En derredor de esta doctrina de la declaración de la Independencia, como en torno de un sol central, evoluciona la constelación de los Estados. La igualdad de los ciudadanos está decretada por la Ley fundamental, y todos los actos, todas las instituciones están basadas en esta idea. No existe ni un destello de privilegio de clases; el pueblo americano forma una unidad; y una diferencia de situación en el Estado, proveniente del nacimiento, sería considerada por todo ciudadano como un insulto.

El gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo es el *Credo* americano; y el voto de un Emerson ó de un Lincoln no pesa más que el de un pobre negro.

E 168
C 2938

Es propiedad del editor

El Triunfo de la Democracia

LA CONSTELACION FEDERAL

*Hasta donde puedo yo juzgar, la
Constitución Americana es la obra
más sorprendente que jamás haya
salido de cerebro humano.*

GLADSTONE.

Consideramos como una verdad indiscutible que todos los hombres han nacido libres é iguales, y que han recibido de su creador ciertos derechos inalienables como el derecho á la existencia, á la libertad y al mayor bienestar posible.

En derredor de esta doctrina de la declaración de la Independencia, como en torno de un sol central, evoluciona la constelación de los Estados. La igualdad de los ciudadanos está decretada por la Ley fundamental, y todos los actos, todas las instituciones están basadas en esta idea. No existe ni un destello de privilegio de clases; el pueblo americano forma una unidad; y una diferencia de situación en el Estado, proveniente del nacimiento, sería considerada por todo ciudadano como un insulto.

El gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo es el *Credo* americano; y el voto de un Emerson ó de un Lincoln no pesa más que el de un pobre negro.

El presidente no goza de privilegio alguno del que no pueda disfrutar cualquier otro ciudadano por derecho de nacimiento. La nivelación no se hace rebajando á unos, sino elevando á todos á la dignidad de *ciudadano libre*, la más alta á que un hombre pueda aspirar.

La primera voz del pueblo no es siempre la voz de Dios, á veces parece estar bien alejado, pero la segunda voz, su segundo movimiento, se le aproxima más que el de ninguna otra clase, aun la más instruida que haya existido jamás. En toda la América hay voz alguna que tenga la menor autoridad cuando el escrutinio habla.

Se ha pretendido que esta teoría republicana del Estado engendraba una fastidiosa uniformidad. El viajero que se ha mezclado en la vida americana sabe, que él no es nada, y que en ninguna parte del mundo la sociedad es más exclusiva y más variada que en los Estados Unidos. Seguramente que la uniformidad es mayor en Inglaterra.

En los países monárquicos, el nacimiento y el rango están sobre las cualidades personales; la sociedad republicana se basa en el carácter y cualidades de los hombres.

La selección natural tiene así más libertad de movimientos; las personas que simpatizan se reúnen sin preocuparse de su situación, su posición ó nacimiento; y hasta la misma riqueza hállase lejos de tener una tan grande influencia social en América como en Inglaterra, y esto obedece á la misma naturaleza de las cosas.

En América la riqueza es más fácilmente adquirida y sobre todo más fácilmente enagenada. Las leyes de adquisición de la fortuna, funcionan tan libremente en la monarquía como en la república, pero en ésta, las leyes de dispersión funcionan también con libertad completa. El derecho de primogenitura y la substitución no existen; la venta ó traspaso de la propiedad es fácil. Con

estas condiciones una aristocracia de la riqueza es imposible.

El *omnipotente dollar*, es exactamente como aquel inquieto cerdo con el que Paddy no podía contar porque no podía estar mucho tiempo en el mismo sitio; la riqueza no puede estar de una manera permanente en la misma clase, si funcionan libremente las leyes económicas.

La constelación federal está compuesta de 38 estrellas, que son los estados, y de nueve nebulosas, que son los territorios. Estos últimos se solidifican rápidamente. La vía láctea que figura sobre la bandera nacional, se ha aumentado en el siglo XIX, con 25 estrellas, y el aumento no ha terminado. En cada década aparecen nuevas estrellas y antes de mucho el grupo entero de nebulosas quedará agregado á la constelación federal.

Ahora ocurre esta duda: «¿Cómo es posible gobernar como un todo, no esta nación, sino este gran continente de naciones?» Esto sólo es posible por la federación ó el sistema del *home rule*. Cada uno de sus 38 estados es soberano dentro de sus fronteras; cada uno posee su constitución propia, su parlamento compuesto de un Congreso y un Senado, su Presidente, sus tribunales, sus jueces y su milicia. Cada uno disfruta todos los derechos de un Estado soberano, con excepción de los que tiene delegados, de acuerdo con los demás Estados, á la autoridad central, al gobierno nacional que reside en Washington.

Un concierto especial garantiza la solidez de este sistema que se funda en que todos los asuntos interiores deben ser reglamentados por los Estados y todos los asuntos exteriores por la Nación; división fácil de establecer y de observar. La Constitución determina lo que atañe al Gobierno Nacional, y todo poder que aquella

no confiere expresamente á la nación queda reservado á los Estados, que lo ejercen según les conviene.

Si ocurre alguna duda entre un Estado y el Gobierno Central acerca de estos poderes ó de las atribuciones de cada cual, la resuelve de una manera definitiva é inapelable el Tribunal Supremo (Supreme Court), el que está siempre pronto á informar á los Estados ó la nación sobre las atribuciones respectivas.

Hasta la fecha, un solo caso de verdadera gravedad ha tenido que resolver el Tribunal Supremo, que fué la pretensión de los propietarios de esclavos de que un Estado tenía el derecho de separarse de la Unión, y fué resuelto negativamente. Es difícil que puedan ocurrir motivos graves de consulta al Tribunal Supremo que ha proclamado como principio: «La Unión es una nación indestructible, compuesta de Estados indestructibles.» Y estando con este principio asegurada la integridad nacional, todas las demás cuestiones son de tan poca importancia como de fácil resolución para el Tribunal Supremo.

Las diferencias que existen entre los diversos Estados, y que son consecuencia de la independencia de que disfrutaban para su gobierno interior, son la mejor prueba de que este sistema asegura á cada comunidad las leyes que más le convienen; pues emanando del pueblo mismo, reciben de él su apoyo inmediato y permanente. Y estas diferencias de los Estados, son causa de que cada uno tenga leyes tan diferentes de los otros que sorprenden y no se explican más que conociendo detalladamente cada Estado. Así, por ejemplo, se comprende que no pueden ser iguales las leyes en el viejo Massachussets, frío y poco productor, y en el moderno Texas de clima tropical y exuberante; del mismo modo que las leyes de Inglaterra no deben ser iguales á las de Escocia é Irlanda, que desde luego se las harían

mejores si estos países pudiesen hacérselas por sí mismos disfrutando el *home rule*.

Cada una de estas estrellas (los Estados de la Unión), gira sobre su eje, en su propia órbita, siguiendo más ó menos lentamente las leyes que le son propias, y describiendo todos, alrededor del sol central, ó Wáshington, su gran órbita nacional, en condiciones idénticas, formando por tanto las partes de un gran todo.

Tal es el *home rule* en su más grande, completo y perfecto desarrollo, y el éxito de la Unión Americana es la prueba de que cuanto más completo es el *self-government* de las partes, más fuerte es el gobierno del todo.

Examinaremos por orden de su importancia los diversos ramos del Gobierno Nacional, empezando por la

Supreme Court of the Nation

6

Tribunal Supremo de la Nación

Este árbitro supremo, que no tiene otro juez que á sí mismo, está sobre la Cámara, el Senado y el Presidente. Más de una vez, ha declarado lord Salisbury que envidiaba á sus hermanos de allende el Atlántico su *Supreme Court*. En Edimburgo en 1882 dijo:

«No me acontece con frecuencia envidiar á los Estados Unidos; pero si les envidió su magnífica *Supreme Court*. En los Estados Unidos, cuando el parlamento ha votado una disposición anticonstitucional es anulada inmediatamente por este tribunal y esto da á las instituciones del país una estabilidad que no puede existir entre nosotros.» Tiene razón lord Salisbury, y según se vayan conociendo los resultados de las institu-

ciones políticas de la Unión serán envidiadas por otros países.

A primera vista los poderes de la *Supreme Court* parecen demasiado grandes para ser confiados á un pequeño número de hombres, cualquiera que sea su valer, pero no debe echarse en olvido que los poderes de esta asamblea están limitados por el hecho de que no puede hacer leyes, ni hacerlas cumplir, ni crear las que que no existan. No falla más que las dudas relativas á las leyes existentes cuando le son consultadas ó sometidas á su resolución en condiciones determinadas, y sus fallos deben concretarse siempre al punto ó puntos consultados. No puede intervenir por adelantado, es decir, sin previa reclamación, ni á propósito de un acto del gobierno, ni de una orden del presidente; y su fallo debe concretarse á declarar si los actos ú ordenes son constitucionales. Su decisión y las consideraciones en que las fundan deben hacerse públicas y es inapelable. Todos los actos del Congreso ó del presidente son válidos mientras no son declarados anticonstitucionales, y la declaración no tiene carácter retroactivo.

Este sistema tiene la ventaja de que sabiendo los cuerpos legisladores que sus resoluciones pueden ser sometidas á la censura de la *Supreme Court* no se exceden en sus atribuciones, pues de nada les serviría dictar leyes que luego han de ser anuladas. De aquí que este poder regulador no haya sido reclamado, en la práctica, para grandes cuestiones. Existe y esto es suficiente.

Las cuestiones referentes á relaciones entre estados sometidas á resolución de este Tribunal, también son poco numerosas y no muy importantes; mas como entendiéndose en todos los asuntos de orden económico que afectan á individuos de los diferentes estados, no le falta ocupación constante en cuestiones de interés metálico, pero no político.

El Tribunal se compone de nueve jueces nombrados á perpetuidad, que pueden ser acusados por el Congreso por hechos reprobables y destituidos por incapacidad.

El nombramiento lo hace el Presidente y lo ratifica el Senado.

Los jueces tienen 10,000 dollars de asignación anual y el juez principal 500 más; pueden jubilarse á los 70 años, conservando el mismo sueldo hasta su muerte.

Alguien estimará excesivos estos sueldos, pero corresponden á la importancia de un tribunal, como el que no existe otro en nación alguna, ni por su importancia, ni por la capacidad, integridad é independencia de sus individuos.

Al observar la dignidad tranquila de estos jueces, su vida sencilla, sin ostentación vulgar, sus gustos modestos y que sus aspiraciones no están sujetas al Dios oro, pienso que se hallan bien retribuidos y no debe nunca su sueldo ser tal que sea una tentación de lucro el desempeño del cargo, como sucede en Inglaterra.

El Juez Americano de la *Supreme Court* no tiene igual. La pompa y ostentación con que se verifica la toma de posición de un Juez en Inglaterra, las ventajas pecuniarias que le produce el cargo, su coche dorado y todo el relumbrón de los tiempos feudales, conservado con el pretexto de que aumenta su dignidad, pero que en la cultura actual confina en el ridículo, no convendrían en el Juez republicano. Su dignidad se perjudicaría.

La *Supreme Court* tiene su residencia en Washington, pero cada Juez, durante una parte del año, visita uno de los nueve circuitos judiciales. Los circuitos se dividen en distritos y cada uno de estos tiene su tribunal y jueces propios. Los nombramientos de todos los Jueces de estos Tribunales Nacionales los hace el Presidente de la República y los ratifica el Senado. Los nombra-

mientos son á perpetuidad. El conjunto de estos tribunales forma el sistema judicial nacional, al que todo ciudadano tiene el derecho de acudir para cualquier asunto referente á individuos ó sociedades de otro Estado.

LEGISLACIÓN DEPARTAMENTAL

Se compone de dos cámaras llamadas Cámara de Representantes y Senado; las cuales se reúnen en Wáshington dos veces cada año en fechas determinadas, marzo y diciembre. Cada estado envía los miembros en proporción á la cifra de habitantes de cada censo decenal.

El número de representantes ó miembros de cada Estado, no se aumenta de una manera regular; sino que al aumentar la población de cada Estado se aumenta el número de habitantes necesarios para elegir un representante. Así, por ejemplo, en 1870, 54,000 habitantes elegían un representante y en 1880 necesitaban ser 138 mil habitantes. Cuando se rectifica el censo de población, se divide ésta por el número de representantes y se obtiene así el número de habitantes necesario para elegir representante. Entonces cada Estado organiza sus distritos electorales con arreglo á esta distribución, y de este modo, cada diez años se reparten las facultades electorales á satisfacción de los pueblos. Con este medio tan sencillo, casi automático, la cuestión de elección de representantes, no es una cuestión política.

Los representantes son elegidos por dos años y sus poderes terminan con cada Congreso el día 4 de marzo. Son reelegibles y como los electores tienen la costumbre de reelegir á los que se han mostrado á la altura de su misión, cada nueva cámara resulta constituida por le-

gisladores experimentados. Los representantes reciben 5,000 dollars anuales más los gastos de viaje.

Las cámaras de Wáshington y de Londres, tienen de parecido el que ambas entienden con preferencia ó son de su iniciativa las cuestiones de hacienda y monetarias; pero en su aspecto son completamente diferentes. En lugar de los bancos tan poco confortables de Westminster y de la ausencia de comodidades para leer ó escribir, tienen los diputados americanos butacas con un pupitre para cada uno como los muchachos en las escuelas. Los ujieres están á sus órdenes. Las votaciones se efectúan deprisa y sin desorden; un empleado pronuncia los nombres por orden alfabético y cada miembro dice sí ó no de palabra ó con un signo; se anotan las contestaciones, se anuncia el resultado y se pasa á otro asunto. ¡Qué, hay más sencillo! Es raro que haya obstrucción. Cuando un orador, ha agotado la paciencia de la Cámara se le llama al orden y se le retira la palabra á menos que la mayoría decida lo contrario. Este sistema no ha perjudicado nunca las discusiones, ni ha originado reclamación alguna y permite á la Cámara cumplir su cometido.

Voy á ocuparme ahora de una institución unánimemente aplaudida por todos.

El Senado de los Estados Unidos
United States Senate

El ciudadano que ostenta el título de senador, puede estar orgulloso de su cargo. Cada Estado elige dos miembros de este augusto cuerpo y los poderes duran seis años. Son elegidos por los legisladores del Estado y reflejan por lo tanto la opinión popular y pertenecen á cualquiera de los partidos políticos. El Senado se renueva por terceras partes cada dos años, y como

algunos son reelegidos, resulta que el Senado sigue más lentamente que la Cámara ó Congreso, los cambios de la opinión pública.

El Senado tiene facultades amplísimas, pues, además de aprobar todas las Leyes como el Congreso, aprueba los nombramientos de embajadores y representantes diplomáticos en el extranjero. Los tratados internacionales han de ser aprobados por los votos de las dos terceras partes de sus individuos y limita las facultades del Presidente, hasta el punto que éste no puede nombrar un director de correos sin la aprobación de este augusto tribunal. Más de un escritor político ha dicho que el Senado Americano, era la segunda Cámara ideal del mundo entero, y aun algunos afirman que posee un poder real.

La asignación de un senador, es la misma que la de un diputado, ó sea 5,000 dollars por año, más los gastos de viaje.

Tan envidiable es esta institución como la *Supreme Court*, y no consideramos lejano el tiempo en que los ingleses lleguen á considerar que es preferible un Presidente electivo á un monarca hereditario. Confiamos que los liberales ingleses, después de envidiar la institución de la *Supreme Court*, admitirán la completa igualdad política de los ciudadanos. Ya dijo lord Salisbury en un discurso: «Los americanos, como sabéis, tienen un Senado; yo quisiera que nosotros tuviéramos uno semejante en este país. Su poder y su autoridad son maravillosas.»

Nada más fácil que tener una copia del Senado Americano. El secreto de su fuerza maravillosa y de sus resultados está al alcance de todos. El Senado, emana del pueblo y descansa en el pueblo. En él, no se halla señal alguna del veneno de la herencia que destruiría su fuerza. En una asamblea electiva de este

género, un hombre de talento como lord Salisbury, tendría doble poder del que tiene en Inglaterra.

La admiración de lord Salisbury por las instituciones americanas *Supreme Court* y Senado, me anima á creer que Inglaterra adoptará un parlamento compuesto de miembros convenientemente retribuidos, elegidos por dos años por distritos electorales iguales. Mientras Inglaterra no tenga un parlamento así, su gobierno estará expuesto á la emoción popular y en los momentos turbulentos no tendrá influencia alguna. Un ministro inglés no gobierna, pero se inclina ante los clamores que debiera combatir.

LA GUERRA Y LOS TRATADOS

El poder ejecutivo en la vieja y en la nueva, Inglaterra difiere en dos puntos vitales. Un tratado con una potencia extranjera, para que sea válido, necesita la aprobación del Senado Americano. Hemos visto además que en América se halla igualmente sometido á la aprobación del Senado, el nombramiento de los representantes cerca de las potencias extranjeras. Esta intervención del Senado, ha impedido varias veces que la administración ó poder ejecutivo cometiesen desaciertos. El mismo general Grant y su gabinete no se habían comprometido para la adquisición de Santo Domingo. La última administración, vióse recientemente inclinada á concluir con España un tratado muy discutido. La tentación para algunos hombres, y sobre todo para un hombre, de señalar su administración por algún hecho plausible para entusiasmar de momento al populacho ó halagar la vanidad nacional, es una verdadera fuente de peligros en todos los gobiernos populares. Existe la tendencia á preferir lo que produce un efecto inmediato á lo que es de una importancia duradera. A este peligro, contra el cual el sistema monárquico está desarmado, oponen la república la decisión fría y reflexiva de un juez impersonal, que es el Senado.

La segunda diferencia entre los poderes ejecutivos es todavía de mayor importancia. En la república no puede declararse la guerra á otra nación sino es por

acuerdo de las dos cámaras y aprobación del Presidente. El poder legislativo y ejecutivo, representado por el Presidente, examinan, discuten y deciden la cuestión en medio de la mayor solemnidad, y cualquier representante del pueblo ó cualquier senador, pueden tomar la palabra y emitir su opinión en pro ó en contra con la misma libertad que después emiten su voto. La atención pública está fija y concentrada sobre la crisis y la discusión ilustra al pueblo. De este modo se gana tiempo; ese precioso tiempo que enfría las pasiones de los hombres y labora por la paz.

Todo funcionario, todo miembro del parlamento, asume públicamente la espantosa responsabilidad de decretar la muerte de otros hombres. Si alguna vez la república declara la guerra, esta no será obra de una parte del gobierno, sino solemne y pública de los poderes legislativo y ejecutivo. ¡Qué contraste con los países monárquicos donde algunos particulares excitados, dos ó tres personas sentadas en un gabinete cerrado á todas las miradas, lanzan al pueblo, á una guerra criminal, las más de las veces para seguir en el poder ó servir los intereses del partido!

En Inglaterra, cosa que acaso ignoran mis lectores americanos, es preciso una ley para abastecer de agua una población ó para construir un ferrocarril; pero unos cuantos hombres pueden lanzar la nación á una guerra ó comprometerla en alianzas peligrosas, sin consultar al parlamento. Este es uno de los peores defectos del sistema monárquico, en el que los ministros obran en nombre del Rey, el cual sólo es rey de nombre, resultando en la práctica un comodín del que se sirve el gobierno para satisfacer sus propios intereses.

«Hemos de suprimir en nuestro sistema político muchos males, un millón de veces más graves, que los que se desprenden de la monarquía», me decía en cierta

ocasión un notable estadista inglés que acaso en breve sea jefe del gobierno. Lo consideré con piedad, pues lo veía ofuscado por el temor de conflictos y absorto en insignificantes detalles de intereses de partido, que le impedían pensar ni obrar con claridad y menos estudiar las causas y efectos. Si esto le hubiese sido posible, habría reconocido que de la familia real nacen todos los males políticos que deploraba.

Los males que ese hombre notable, enérgico y patriota quiere hacer desaparecer, son el resultado de la realeza, y no se encuentran donde la familia real no existe. Si queréis que desaparezcan los disgustos y las luchas políticas de minorías y mayorías, elegid un Jefe del Estado, con poderes limitados temporalmente, y fundad un gobierno sobre la igualdad política de los ciudadanos. Si yo me ocupase de política en Inglaterra, me avergonzaría de malgastar mi energía, contra las Cámaras, el gobierno, la iglesia, el derecho de primogenitura y demás aberraciones del sistema actual; únicamente atacaría y combatiría la institución monárquica causa de todos los males.

Para la democracia europea, no hay cuestión más importante que la declaración de guerra. ¡Cuántas guerras inútiles se hubiesen evitado, si el gobierno hubiese sido republicano! ¡Cuántas se evitarían en el porvenir! Las masas son siempre más pacíficas que sus jefes.

Los dos partidos políticos de la Unión se han declarado partidarios del arbitraje pacífico en las diferencias internacionales; así, antes de que la república americana recurra á las armas, sea cualquiera el partido que gobierne, ofrecerá gustosa el arbitraje á su adversario y éste, si quiere la guerra, habrá de rechazarle.

¿Qué se puede pensar de una nación que fuera capaz de pervertir el sentido moral de la humanidad, rechazando el ramo de olivo que se le tiende?

De todos los progresos políticos deseables y posibles en esta generación, considero el más importante para el bienestar de la humanidad, el que obligara á todas las naciones á ofrecer el arbitraje á sus adversarios, antes de recurrir á la inhumana necesidad de destrozarse á sus semejantes.

EL PODER EJECUTIVO. EL PRESIDENTE

El *Poder Ejecutivo*, está confiado al Presidente que, durante los cuatro años que ejerce sus funciones, es el jefe más poderoso del mundo. Es el primer magistrado civil y al mismo tiempo el Comandante en Jefe del Ejército, de la Marina y de todas las fuerzas militares de la nación, incluso las milicias de los Estados.

Puede llamar á las armas más soldados que ningún otro Jefe de Estado, pues, en caso de guerra, pueden movilizar las milicias que pueden reunir unos siete millones de hombres. ¿Qué son los ejércitos francés, alemán ó ruso, comparados al de la democracia? Y este gran ejército no cuesta un céntimo al Estado, pues, ordinariamente sus individuos se dedican á sus ocupaciones pacíficas y no se movilizan más que en caso de necesidad. El poder del Presidente sobre las fuerzas militares, es real, y á soldado alguno le ocurrió jamás discutir la idea del Presidente, ni la nación ha sentido celos de su poder, ni tiene motivo para ello. El Presidente no está fuera de su alcance; no es más que su agente por un determinado tiempo. Cuando expiran sus poderes, los trasmite á su sucesor y él vuelve á ser un simple ciudadano.

El uno vuelve al Congreso como representante de su distrito, otro á su trabajo ó ejercicio de su profesión, otro á vivir tranquilamente á su hacienda. El Presidente, al cesar en el poder, no percibe indemnización,

pensión ni destino alguno; si recibió de sus compatriotas el honor supremo, y en cambio ha cumplido con su deber, aun queda obligado y reconocido á la distinción que se le confirió. El Estado debe poco á sus servidores, éstos á él muchos. He aquí la idea republicana.

Los americanos han dado hasta ahora muestras de gran talento en la elección de sus Presidentes, y éstos forman un contraste marcado con los ocupantes ó los herederos de los tronos. Cuando Inglaterra tenía de rey á Jorge III, la República tenía por Presidente á Washington, y hasta que la reina Victoria subió al trono, la comparación ha estado siempre en favor de la república.

Es ya costumbre en todas las cosas, alabar lo pasado y pretender que entonces había gigantes, y á mi entender los Presidentes de nuestros días han sido dignos sucesores de los Washington, Adams y Jefferson. Grant, ocupa en la historia un excelente sitio entre los hombres dotados de gran inteligencia. Sería muy difícil hallar otro Garfield que de simple maestro llegó á Presidente. Nadie ha superado el genio político de Lincoln. Bueno es recordar que aun en nuestros días existen gigantes.

El Presidente y el Vicepresidente, son elegidos no por voto directo del pueblo, sino por el voto de los Estados en una asamblea electoral en que cada Estado cuenta con tantos votos como senadores y representantes tiene en las Cámaras; es decir: un número de votos proporcional á la población.

Se ha pretendido que era una ventaja de la monarquía, el tener un Jefe del Estado permanente, evitando la agitación y el gasto de una elección cada cuatro años. A esto se puede replicar que el monarca no es más que jefe nominal y que un autómatas podría ocupar su sitio haciéndole servir de maniquí para que sus vestidos impusiesen la moda; haciéndole concurrir á la inauguración de monumentos, presidir las funciones de benefi-

cia, etc., etc. Este autómatas tendría la ventaja de que sería menos costoso.

El Presidente viaja como otro ciudadano cualquiera, en los trenes ordinarios, sin escolta ni séquito de ninguna clase. Cuando va á Nueva York, para en un hotel sin previo aviso y apenas si su llegada es anunciada en los periódicos.

En el momento de escribir estas líneas, el Presidente se halla en Búfalo su antigua residencia, adonde ha ido para tomar parte en la elección de gobernador del Estado de Nueva York, y su voto no tendrá más peso que el de los obreros que tomen parte en la elección. Por donde quiera que va, se ve rodeado de pruebas de sincera atención, y deferencia pero sin aparato ni aplausos.

Se ha dado el caso de que los carruajes del Presidente en Washington, hayan sido más sencillos que los de muchos ciudadanos, pero nunca han sido los más lujosos. Verdad es que en general los Presidentes han sido pobres. He tratado á tres de ellos con bastante intimidad para poder decir que al dejar el cargo, carecían de fortuna que les permitiera vivir con desahogo. De cada Presidente se puede decir lo que de Pitt: «Dispensador durante años seguidos de los favores del Estado vivió sin ostentación y murió pobre». Con lo expuesto contrasta el boato y la ostentación que rodean al Jefe nominal de Inglaterra. Y la diferencia en el coste para el Estado está en la proporción de 10.000 á 600.000 libras.

El sueldo del Presidente es de 50.000 dollars anuales y tiene además residencia oficial en Washington y una casa de campo á algunas millas de esta población.

El Presidente, recibe en horas señaladas á toda persona decentemente vestida que desea verlo, pues, siendo un servidor del pueblo, en un país en que todos los ciudadanos son iguales, desde el más humilde al

más elevado tienen igual derecho á visitarle y estrechar su mano. Estas y otras costumbres parecidas sirven para recordar constantemente al Presidente: «Que la soberanía de la república, reside, no en los servidores del Estado, sino en los ciudadanos, de los que cada uno posee una parte igual de esta soberanía.» El Presidente al igual que el primer ministro de Inglaterra elige á su gusto los demás ministros. El desempeña las funciones de primer ministro, y los individuos del gabinete son iguales entre sí. Hay una diferencia sensible entre ambos países: los ministros ingleses concurren indistintamente á una ú otra cámara y toman parte en sus deliberaciones, y en América, los individuos del gabinete se dirigen á las cámaras por escrito pero no concurren personalmente. Nada les impide asistir á las sesiones y hacer personalmente sus declaraciones, pero no pueden tomar parte en los trabajos de las cámaras.

Antiguamente el Presidente concurría al Congreso y tomaba la palabra al comienzo de cada sesión; pero se ha preferido que cada vez que lo considere necesario dirija un mensaje. El pueblo americano no cambiaría su sistema por el inglés, pues, concede mucha importancia á la separación de los poderes ejecutivo y legislativo.

Cada cámara tiene derecho de enviar una delegación al Presidente para obtener los informes que necesite en cualquier asunto; pero como la delegación ha de ser aprobada por la cámara, el gobierno, con esta aprobación, está al abrigo de las mezquinas triquiñuelas que puede inventar un miembro del parlamento inglés.

El Presidente tiene libre acceso en el Congreso, al que debe dar cuenta de la marcha de los negocios; representa á la nación en sus relaciones con los países extranjeros y recibe á los embajadores; tiene el derecho de indulto para los infractores de las leyes de los Esta-

dos Unidos; tiene el derecho de veto sobre los actos del Congreso, pero este veto puede ser anulado por un acuerdo de ambas cámaras tomado por las dos terceras partes del número de individuos.

El Presidente es reelegible y muchos han sido elegidos dos veces, como Washington; mas como éste se negase á la tercera elección, para evitar que se creyese el cargo permanente, ya no se han elegido más que dos veces.

El Estado inglés sostiene á la familia real entera, padres, hijos, hermanos, primos, tíos, etc., y el personal que se ha considerado necesario para sostener la dignidad del trono.

Los cortejos de gran ceremonia parecen á los americanos grotescas mascaradas y los coches de gala en que la realeza se pasea, una función de circo en la que buscan el clown y sólo perciben la figura de un rey coronado.

Si se compara al Presidente de la República Americana con el jefe real y efectivo del gobierno inglés, la comparación no es favorable á la República. Nada puede superar la sencillez del primer ministro de ese gran imperio: sus honorarios son la mitad del Presidente americano: su residencia oficial, una antigua casa de ladrillo mezquina é impropia, no puede compararse á la magnífica *Executive Mansion* erigida en mitad de un parque en Washington; aquélla es sencillamente una casa particular tan miserablemente amueblada como una buhardilla de Nueva York.

Gladstone y Disraeli vivieron poco más ó menos como los Presidentes americanos, y su ejemplo, muy saludable, fué poco apreciado en Inglaterra, donde el Presidente no es como en América el primer personaje de la sociedad; y cuando el partido liberal está en el poder, casi en cierto sentido, se podría decir que el primer mi-

nistro está proscrito y no forma parte de ella; tan poca es la influencia que sobre la misma ejerce. Se acerca el día en que la democracia exija que el hombre que tiene tras sí al pueblo inglés, no tolere un rey ante él.

Lo que hace hoy América, lo hará Inglaterra en la próxima generación. El antiguo refrán «El gallo viejo enseña á cantar al joven», se ha de invertir; hoy es el gallo joven el que da lecciones al viejo. Que el primer lugar se dé en Inglaterra al monarca elegido por la *Democracia*.

Hemos pasado revista á los tres ramos de gobierno, judicial, legislativo y ejecutivo que son la obra de la constitución. Es verdaderamente maravillosa la facilidad con que ha funcionado este instrumento, no sólo en el país á que se destinaba sino en el que además ha absorbido, llegando á reunir 49 comunidades políticas diferentes que ocupan una extensión de 3.000.000 de millas cuadradas y contienen la mayor parte de la raza inglesa.

Con la sola excepción de la disputa acerca ó sobre el derecho de un Estado para retirarse de la Unión, no se ha presentado dificultad alguna. Su poder de absorción no tiene límites; el mundo entero podría entrar hoy en la Unión americana formando Estados iguales y desarrollándose pacíficamente, cada uno á su manera, sin ser por ello ningún hombre menos inglés, menos francés, menos alemán, menos ruso ó menos chino, pero llevando todos el más bonito de los títulos: el de «Ciudadano del mundo».

La democracia tiene por deber el desembarazarse de los jefes hereditarios que son inútiles y peligrosos. ¿No han llenado aquéllos el mundo de guerras, lanzado á los hombres contra sus hermanos, sin considerar jamás otra cosa que el interés personal? Siempre serán un

obstáculo á la fraternidad de las razas, que es el fin de la democracia.

Las razas separadas por los océanos no conseguirán unirse, porque las agregaciones políticas para ser permanentes deben ser limítrofes; pero ningún obstáculo insuperable se opone á que cada continente forme una sola nación según el sistema federal. El continente americano está indudablemente destinado á ser gobernado así. Europa se consolida poco á poco y hoy no hay más que cinco grandes poderes en lugar de los cien pequeños que existían cuando Napoleón. Una liga de la paz (no tan lejana como parece), á la que cada continente enviase sus delegados para regular las diferencias internacionales, haría desaparecer el mayor borrón del mundo: *«la guerra entre los hombres»*.

INSTRUCCION (1)

En donde la instrucción existe, no hay distinción de clases.
CONFUCIO.

La instrucción es la única cosa que merece toda la atención del hombre previsor.
WENDELL PHILLIPS.

«El edificio de las leyes establecido por Numa, dice Plutarco, desapareció rápidamente porque no estaba basado en la instrucción.» No podría darse mejor razón de la caída de todo lo que es bueno en un Estado. Es imposible que el hombre establezca una civilización duradera si no está basada en la educación popular; sin ésta no hay estabilidad ni progreso.

Es dudoso que los atrevidos *padres peregrinos* conocieran las concepciones de los pensadores de Grecia en materia de instrucción ó que estuviesen versados en las especulaciones de la «República» de Platon ó de la «Política» de Aristóteles; pero seguramente que estaban imbuidos del espíritu de Lutero y de Knox en lo referente á la educación de las masas. A la Reforma se debe la instrucción moderna, pues Lutero consideraba esta función como la más perfecta y decía que si él no hubiese sido predicador hubiese querido ser profesor. Juan Knox pedía en Escocia una escuela para cada parroquia, y la

(1) Véanse las obras «El Dominio de los negocios» y «El A. B. C. del dinero», en donde trata el autor este asunto con más extensión.

protestante Alemania fué la primera nación que impuso la instrucción á todas las clases. Las luchas religiosas trajeron como consecuencia inevitable la instrucción secular.

El siguiente preámbulo á la ley escolar de *Massachusetts* de 1642 nos ilustra en este asunto:

«Siendo, como en otro tiempo, uno de los principales fines del viejo y marrullero Satán, impedir á los hombres conocer las sagradas escrituras, teniendo buen cuidado de que estuvieran aquellos escritos en una lengua extranjera, de modo que por lo menos el verdadero sentido y significación del original puedan ser oscurecidos por falsas interpretaciones de los farsantes, y con objeto de que el saber no esté enterrado en la tumba de nuestros padres, en la Iglesia y en la República con la ayuda de Nuestro Señor:

»Se ordena por este tribunal que cada municipalidad de su jurisdicción, cuando el Señor haya permitido en ella que existan cincuenta cabezas de familia, encargará á uno de estos habitantes que enseñe á todos los niños á leer y escribir; recibirá por esto un sueldo que le pagarán los padres ó encargados de los niños, ó todos los habitantes en general en forma de reparto impuesto por los que estén encargados de los intereses de la población, á condición de que los padres que envíen sus hijos á la escuela no estén cargados por impuestos más elevados que los que tendrían que pagar en otras ciudades.»

En 1700 el Estado de Connecticut estableció un sistema de instrucción pública cuyo primer artículo era el siguiente:

«Los padres ó tutores de niños no deberán tolerar en su casa la barbarie de tener un hijo ó aprendiz incapaz de leer la palabra de Dios y las leyes de la colonia. De-

berán también, bajo pena de ser castigados por cada delito, darles una profesión ó empleo honrados.»

El derecho de todo hombre á tener un juicio personal presupone la existencia de la facultad del juicio. El juicio presupone los conocimientos y estos son resultado de la instrucción. El primer deber de un Estado es difundir la instrucción. Nuestros padres llevaron consigo, de su viejo país, el sentimiento de la importancia de esta verdad.

Puede decirse de ellos lo que Froude dice de los escoceses: «En su casa, la instrucción era una pasión, y apenas habían levantado una aldea en mitad del bosque ya se les veía fundar escuelas públicas y nombrar maestros.»

En 1636, ó sea á los seis años de la llegada de los primeros colonos á Boston, se invirtieron 400 libras esterlinas en la fundación de un colegio, cantidad considerable que superaba al total de impuestos de la colonia de aquel año.

El Estado de Massachusetts, once años después, decretó obligatoria la creación de escuelas y la educación gratuita.

En 1665 en cada población había por lo menos una escuela gratuita y, si existían 100 vecinos, una escuela superior.

En el Connecticut, á la población que por lo menos durante tres meses no sostenía una escuela, se le imponía una multa.

Tales eran las ideas de los hombres del Pueblo que se habían establecido en las orillas del Norte para buscar allí la libertad civil y religiosa. Ideas bien diferentes de las del elemento aristocrático, que fué la Virginia, cuyo gobernador, sir William Berkeley, escribía veinte años después: «Doy gracias á Dios porque no hay escuelas gratuitas ni imprentas; confío que no las tengamos antes

de 100 años, pues la instrucción ha creado la herejía, la desobediencia y las sectas, y la imprenta ha difundido el error y los libelos contra el gobierno. ¡Que Dios nos libre de las escuelas y de las imprentas!»

«Aun á principios del siglo XVIII, dice Sir Charles Lyell que no había una sola librería ni una imprenta en toda la Virginia.»

En Boston había varias librerías y cinco imprentas, hecho que hace honor á los puritanos, pues que en aquel tiempo, 1724, en Inglaterra había 34 condados, incluso el de Lancashire, que no tenían una sola imprenta.

¡Qué diferencia entre las ideas de la democracia y las de la aristocracia! La primera procura la instrucción de las masas, la otra se esfuerza en restringirla por egoísmo de clase, sabiendo que los privilegios mueren cuando la instrucción se difunde. Así al que enseñaba á leer á un esclavo se le condenaba á muerte.

Al mantener sus esclavos en la ignorancia, los amos obedecían á un instinto de conservación. Instruid á un hombre y caerán sus cadenas.

La instrucción gratuita quita los obstáculos á la marcha de la democracia hacia su fin «La igualdad de los Ciudadanos». Y este fin lo alcanzarán tranquilamente y sin violencias del mismo modo que un árbol joven, al desarrollarse, rompe por sí mismo y sin esfuerzo las cuerdas que lo sujetan.

«Candidaturas, no balas» tal es la divisa del republicano instruido. «Obediencia á la Ley» es el primero de sus deberes.

La insuficiencia de los datos no permite conocer los adelantos de la instrucción en 1830, pero cálculos que se aproximan á la verdad establecen que en 1831 concurrían á las escuelas el 15 por 100 de los niños, es decir: doble del promedio de Europa, excepción de Prusia. Y aun podría contarse el 22 por 100 si del total de la población

americana se hubiesen descontado los Estados en que predominaba la raza negra, que no recibió instrucción alguna.

El Gobierno general no se ocupó en forma alguna de la instrucción, que es incumbencia exclusiva de los Estados y cada uno la atiende á su manera. Existen 88 escuelas normales. Los Estados han comprendido la necesidad de poner á disposición de los niños una escuela comunal gratuita y el Gobierno general les ha ayudado con frecuencia concediéndoles terrenos para instalarla.

En 1785, al terminar la guerra de la Independencia, el Congreso votó una Ley reservando para las escuelas la sexta parte de los territorios; y cuando éstos fueron transformados en Estados se confirió á éstos la administración de aquellas tierras y así doce de los nuevos Estados entraron en la Unión siendo poseedores de magníficas dotaciones para la instrucción. En 1848 el Congreso destinó una parte de terreno de cada municipalidad al mismo objeto, repartiéndose entre 27 Estados unos 60 millones de acres de tierra.

En 1862 cada Estado recibió otra vez tierras, ó su valor en títulos, para establecer y sostener escuelas de agricultura y artes mecánicas. El total de tierras destinadas á la instrucción excede en extensión á la que tienen de territorio Inglaterra é Irlanda.

En la historia de la República se encuentra siempre la misma liberalidad en lo que á instrucción se refiere, y el pueblo que no se atreve á conceder á sus empleados un sueldo mayor que los de los pequeños Estados Europeos, pide á sus representantes que voten millones y más millones para la instrucción.

La comparación entre las sumas gastadas para el Ejército y para la instrucción en América y en Europa forma singular contraste. La Unión es el país que gasta más para la instrucción que para la guerra ó su pre-

paración. Francia é Inglaterra no llegan á gastar la cuarta parte y Rusia ni la trigésima parte.

Damos las cifras comparativas de estos gastos sobre las que llamamos la atención de los demócratas Europeos y preguntamos : ¿Por cuánto tiempo aun, empujados por los celos y envidias monárquicos y aristocráticos, consagrarán los hombres sus riquezas y emplearán su energía en matarse los unos á los otros?

GASTOS ANUALES PARA

	<u>Ejército</u>	<u>Instrucción</u>
Reino Unido.	L/. 28.900.000	L/. 6.685.000
Francia.	» 35.000.000	» 3.200.000
Alemania.	» 20.000.000	» 6.900.000
Rusia.	» 33.000.000	» 1.000.000
Austria.	» 13.000.000	» 2.900.000
Italia.	» 18.000.000	» 1.100.000
España.	» 6.300.000	» 1.200.000
Otros Estados europeos.	» 8.300.000	» 2.100.000
	L/. 162.500.000	L/. 25.085.000
	<u>Ejército</u>	<u>Instrucción</u>
Estados Unidos	L/. 4.900.000	L/. 18.600.000

Resulta que por cada libra esterlina que Inglaterra invierte en instrucción, gasta más de cuatro en ejército y marina; en cambio la República gasta dos para instrucción y una para ejército.

Hemos dicho que los Estados declararon desde un principio la instrucción gratuita para todos, mas el Estado de Nueva-York no lo adoptó hasta 1881 y en la actualidad invierte en instrucción unos once millones de dollars; sosteniendo en Nueva-York un colegio especial para los alumnos más aventajados de las escuelas públicas, una escuela normal para las mujeres y nume-

rosas escuelas normales de las que salen verdaderos profesores.

No todos los Estados invierten las mismas sumas en instrucción, oscilando de 18'70 dollars por alumno en Nevada á 0'85 y 0'81 en Carolina y Nuevo Méjico; siendo digno de notarse que gastan más en instrucción los modernos Estados del Norte y del Oeste que los antiguos de la nueva Inglaterra; así en Yowa, en proporción á su riqueza, se invierte en instrucción doble que en el Massachusetts.

La República en sus esfuerzos para establecer la instrucción obligatoria no ha evitado enteramente las dificultades religiosas, que afortunadamente han quedado reducidas á la oposición de la iglesia Católica Romana, la cual ni aun en Nueva York, donde es más poderosa y numerosa, ha podido impedir que la enseñanza religiosa haya sido excluída de las escuelas públicas de América, en las que únicamente y como ejercicio se leen, algunos días, algunas líneas de la Biblia, sin comentario de ninguna clase. Nadie se extraña de esto, y todo el mundo comprende que las escuelas no se han creado para enseñar la religión.

Tan importante se considera la instrucción del niño en América que ni la rígida disciplina de la religión católica ha podido impedir que los padres católicos envíen sus hijos á las escuelas públicas. Contra esta práctica *destructora del alma* se organizaron manifestaciones en las iglesias de Pittsburgo; y tan violentos fueron los reproches dirigidos á los católicos que enviaban sus hijos á las escuelas, que el periódico *La Gaceta Comercial* abrió una información para averiguar cuántos niños acudían á ellas. De 56 directores á quienes se consultó, únicamente contestaron 24; los restantes dijeron que su conciencia no les permitía inquirir las creencias religiosas de sus discípulos. Respuesta que patentiza cuán gran-

de es la tolerancia y cuán insignificante la dificultad religiosa (si es que existe) para el desarrollo de la instrucción secular y gratuita. Aunque no pudieron obtenerse datos de algunos distritos, se comprobó que á las escuelas públicas asistían por lo menos tantos niños católicos como á las demás, á pesar de las prohibiciones de los prelados y de las órdenes del Pontífice; órdenes que se invocaron recientemente en Pittsburgo en una campaña que se inició contra las escuelas sin Dios.

Tanto me sorprendieron los datos citados, que traté de comprobarlos dirigiéndome á las autoridades y especialmente á mi distinguido compatriota Mr. William Wood, comisionado de la educación de Nueva-York, el que no sólo me afirmó que los resultados de Pittsburgo eran ciertos sino que podían considerarse iguales en el resto del país; y que en Nueva York y otras grandes poblaciones era todavía mayor el número de niños católicos que se codeaban con los protestantes en las escuelas públicas del Estado. Continúe, pues, la Iglesia dictando órdenes contra la instrucción laica y gratuita.

Las escuelas gratuitas están sostenidas principalmente por impuestos directos y ninguno se paga tan á gusto como el escolar. En 1880 se recaudaron ochenta y dos millones y medio para sostenimiento de la instrucción; cuatro quintas partes de esta suma procedían del impuesto directo y el resto de alquileres, venta ó ingresos de los terrenos propiedad de las escuelas.

Después de las escuelas públicas, en las que los niños reciben instrucción primaria gratuita, hay escuelas diferentes privadas, que no dependen en nada del Estado, y en las que los alumnos pagan pensión. Algunas están autorizadas por el Estado para conceder grados ó diplomas, pero los programas varían mucho en los diferentes Estados y con ellos las denominaciones de universidad, colegio, etc. De esta clase de escuelas existen en los

Estados Unidos unas 3.700, á las que asisten medio millón de alumnos. Las escuelas públicas son unas 177.000, haciendo en junto unas 181.000 escuelas con doscientos setenta y tres mil profesores (de ellos 154.000 mujeres). ¡Qué glorioso ejército!

De 37.750.000 personas mayores de diez años existen 5.000.000, (el 13 por 100), que no saben leer y 6.250.000 que no saben escribir. En 1870 la proporción era respectivamente de 16 y 25 por 100, lo que prueba que la ignorancia disminuye. El aumento de los que saben leer, es muy significativo; pues en vez de mil habitantes que en 1870 no sabían leer, en 1880 no había más que 853, y 826 que no sabían escribir. Siendo de notar que el aumento de cultura en la raza de color está en la misma proporción que en la blanca, resultado muy satisfactorio para la primera.

El número de extranjeros analfabetos también ha disminuído mucho; lo que prueba que ha aumentado la cultura de los emigrantes.

En los Estados del Norte, donde la población es más densa, puede asegurarse que los americanos, de uno y otro sexo, nacidos en América, saben leer y escribir. La proporción de los analfabetos no excede por término medio del 5 por 100 y aun éstos, en su mayoría, son los refractarios por completo á la instrucción.

Cuando se compara el número de hombres de más de veinte años que no saben leer ni escribir, con el de niños de más de diez que se hallan en el mismo caso, se ve en seguida cuánto ha progresado la instrucción en estos últimos años.

Los maestros están bien pagados aunque no en la misma cantidad en los diferentes Estados; pues mientras el de Nevada paga ciento un dollars mensuales á los profesores y setenta y siete á las profesoras y el de Massachusetts setenta y medio y sesenta y seis y medio res-

pectivamente, el de la Carolina paga veinticinco y veinticuatro. Y dentro de los Estados hay ciudades que gastan más en instrucción unas que otras, como Virginia que invierte 34'81 dollars por cada alumno; sigue después en importancia Sacramento, que gasta 34 y Boston que ocupa el tercer lugar con 33 dollars; cifra tres veces superior á lo que invierte Londres.

Si el americano se ocupa de continuo durante su vida en mejorar la instrucción, no la olvida al morir, y con frecuencia lega sumas importantes á su escuela ó colegio favorito. Legados que en algún año han pasado de cinco millones y medio de dollars.

Consideremos un momento cómo proceden en este punto las instituciones monárquicas y aristocráticas. La Gran Bretaña, es después de América la Nación más rica del mundo; su aristocracia es la de mayores fortunas; nada se puede comparar con ella en la República; mas, ¿quién ha oído hablar jamás de un noble que haya dejado sumas importantes para la instrucción de sus semejantes ó para cualquier otro servicio público?

Un médico de Londres, Mr. Erasmo Wilson, al morir, dejó la mitad de su fortuna—cien mil libras esterlinas,—al Colegio de Medicina y Cirugía. Señálese un miembro de la aristocracia que se haya elevado sobre su propia familia; todos tienen la ambición poco recomendable de aumentar sus rentas y propiedades para sostener así un orden privilegiado. Salvo algunos ejemplos ilustres, más notables cuanto más raros, á todos se les puede reprochar que sólo se ocupan de sacar de un Estado, sobrado indulgente, cuanto pueden en su provecho. Claro que pueden invocar en su favor el ejemplo de altas personalidades de las que se podía esperar obrasen de otra forma; pero los reyes mismos, en nuestra época, procuran enriquecerse.

Tal es el resultado de las ideas monárquicas y aristo-

cráticas, y es inútil esperar nada bueno de un régimen de privilegios.

En los Estados Unidos hay numerosos establecimientos de enseñanza fundados por millonarios, entre los que podemos citar Johns-Hop Kins University, Cornell University, Vanderbilt University, Packer Institute, Vassar College, Wellesley College, Smith College, Bryn Mawz College y Stevens Institute. Recientemente se ha dicho que Leland Stanford, director de los ferro-carriles del Pacífico y senador de California, había dado siete millones de dollars para crear una Universidad en la costa del Pacífico.

Los americanos siempre han sido partidarios de Jefferson: «Un sistema de instrucción general aplicado á todos los ciudadanos desde el más rico al más pobre, fué el primer negocio público en el que me interesé y la instrucción será también mi última ocupación.» Esta es la voz de la democracia triunfante que considera como su primer deber dar instrucción á todos, y no tiene gloria ni triunfo de que pueda mostrarse más orgullosa. El fruto natural de la democracia es un pueblo instruído.

RELIGION

La religión de un pueblo, en cualquier época ó lugar, es la más alta expresión de su estado y de lo que puede hacer.

La República ha resuelto el problema de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, decidiendo que tales relaciones no deben existir.

Las relaciones del Estado con la religión son exactamente las mismas que con la medicina y no piensa más en adoptar la homeopatía, como sistema curativo, que el Episcopado como religión.

Sería tan absurdo que la República reglamentase las creencias religiosas, como el traje que debían llevar los ciudadanos. No puede admitirse que el Estado tenga el derecho ó el deber de patrocinar una religión, y menos una secta en detrimento de las demás. El bhudismo, el confucionismo, ó el más grosero fetichismo tienen con el Estado las mismas relaciones que cualquiera otra secta, derivada ó no de las enseñanzas de Cristo. Ninguna forma de culto, ninguna creencia religiosa, gozan de favor especial alguno del Estado.

¿Cómo funciona el sistema de igualdad religiosa?

Admirablemente para todos y mucho mejor que podrían creer los partidarios de una religión oficial.

Lejos de estar la religión abandonada, el número de edificios religiosos y los fieles que los frecuentan, es mucho mayor (con relación á la población) que en Inglaterra; mientras en ésta hay treinta y cinco mil igle-

sias ó sea ciento cuarenta y cuatro por cada cien mil habitantes, en los Estados Unidos hay noventa y dos mil ó sea ciento ochenta y una por cada cien mil habitantes.

Este notable resultado se ha obtenido á saltos como los demás progresos de América.

A principios del siglo XIX los estudiantes de las Universidades de Yale y de Harvard acostumbraban á llamarse *infieles franceses y alemanes* y una pequeña proporción frecuentaba las iglesias. Ya no sucede lo mismo, en 1870 á 1880. La Universidad de Harvard, la más adelantada, graduó más de mil cuatrocientos alumnos de los que tan sólo dos eran escépticos.

En 1800, cuando la población de los Estados Unidos era de unos cinco millones de habitantes, el número de creyentes en las diferentes iglesias era de trescientos sesenta y cuatro mil ó sea un promedio de 1 por cada quince habitantes. En 1880, con cincuenta millones de habitantes había más de diez millones que eran protestantes ó sea un promedio de 1 por 5. Esto sin tener en cuenta los miembros de la Iglesia Católica.

Es también notable el aumento de hermosos edificios religiosos, muchos de los cuales se han hecho célebres por su belleza, y en todas las grandes ciudades hay modelos de arquitectura religiosa que no deshonrarían poblaciones tan antiguas como Coventry.

En los distritos rurales son tan numerosos los campanarios que se elevan por encima de los rústicos caseríos y de los frondosos árboles como en aquel antiguo país.

Seguramente que una de las más hermosas iglesias de los tiempos modernos es la Iglesia Católica Romana de la Quinta Avenida de Nueva-York; magnífica construcción gótica, de mármol blanco. En la misma calle hay una docena de bellas iglesias de verdadero mérito escultórico.

Calcúlase que treinta millones de habitantes (tres

quintas partes de la población total) son cristianos; de ellos, veinticuatro millones son protestantes; y el resto, de las diferentes comuniones dentro del cristianismo. Los monumentos y bienes pertenecientes á las diversas iglesias se calculan en trescientos cincuenta millones de dollars.

El Gobierno no subvenciona ninguna religión y no hay disidencia porque todas son iguales. Los individuos del clero, unos setenta y siete mil, son pagados exclusivamente por los fieles.

Todavía se notan hoy los efectos de la religión en la colonización de este continente americano.

Aun cuando la instrucción ha elevado al ciudadano sobre la estrechez de miras religiosas de los primeros días, sostiene generosamente con su dinero la religión.

En 1705 el aristocrático Estado de Virginia decretó el castigo de dos meses de cárcel é incapacidad política, para toda persona que renegara del misterio de la Santísima Trinidad ó de las Escrituras.

Aun más, en 1664, el Gobierno de Nueva Amsterdam decretó que ninguna persona que profesase el cristianismo sería castigada ni aún molestada por su opinión religiosa. Las luchas de la revolución determinaron una completa tolerancia religiosa.

El temor de que Inglaterra quisiera establecer en América el *Episcopado Eclesiástico*, si eran vencidas las colonias, fué causa de que se uniesen las sectas que reclamaban la igualdad religiosa y se oponían, por tanto, á las pretensiones de la metrópoli. Oposición que se manifiesta claramente en las instrucciones especiales que la Asamblea de Massachusetts dió en 1768 á su agente en Londres:

«El establecimiento de un Episcopado protestante en América tiene partidarios muy acérrimos en el Parlamento Inglés, y esto es muy alarmante para un pueblo

cuyos antepasados se vieron obligados, por los sufrimientos que experimentaron con tal regimen, á huir de su país natal y refugiarse en regiones desiertas donde pudiesen gozar de sus privilegios civiles y religiosos. Deseamos os opongáis vivamente á esa idea de la que confiamos preserve Dios á América.»

De donde se deduce que la iglesia del Estado produjo gran descontento en América y fué la causa de la emancipación de las colonias Inglesas. Cuando éstas triunfaron, al redactar su constitución, no queriendo favorecer á ninguna religión, y menos á la Episcopal que había sido la más hostil á la causa de la independencia, no les quedaba otro recurso que decretar la libertad absoluta.

El Estado debe á todas las religiones la misma protección y en virtud de este principio la Constitución establece que el Congreso no votará Ley alguna para establecer una religión ó molestar al culto. Con este principio resultan igualadas todas las iglesias en el principio de sus derechos. Todos los Estados, la Virginia el primero, adoptaron el espíritu de esta ley y borraron de su constitución las disposiciones en favor del clero.

La variedad de creencias religiosas sanas y vigorosas es mayor en los Estados Unidos que en cualquier otra parte del mundo. Resultado de una iglesia libre en un Estado libre.

No es posible establecer comparaciones entre las sumas invertidas en fines religiosos hace cincuenta años y hoy; se observa que las iglesias y sus ministros, no sólo han seguido, sino que han superado el considerable aumento de población en los Estados de la Unión. Y que donde quiera que se instala un americano construye seguidamente una escuela y una iglesia.

Según el censo de 1880, las principales sectas tenían el número de fieles siguiente:

Metodista	3.286.158
Baptista	2.430.095
Presbiteriano	885.468
Luterano	569.389
Discipulos (Cristo)	556.941
Congregacional	384.800
Episcopal	336.669

La Iglesia Católica pretendía tener el año 1883 cerca de siete millones de fieles.

El lector americano sabe que en Inglaterra el estado persiste en *establecer* y en dotar á una de las numerosas sectas protestantes á la que da el nombre de *Iglesia de Inglaterra* y otra llamada *Iglesia de Escocia*.

Con una deliciosa imparcialidad el Estado considera la forma episcopal como la *Iglesia*, es decir: como el verdadero y divino sistema en el Sud de la Tweed, y con igual equidad, decreta que al Norte de este pequeño río, la aristocrática sucesión apostólica quede sin efecto, y que sea la idea democrática presbiteriana la que constituya la Iglesia.

El Parlamento resulta así soberano de dos iglesias y su Majestad protege, no *una fe* sino *dos*. En Inglaterra la Iglesia es episcopal; en Escocia presbiteriana. Pero como toda la Escocia está adherida á esta última fe, y como las sectas representan tan sólo las ligeras diferencias que como cosa inevitable existen entre los escoceses batalladores, no importa á cuál de sus instituciones, secular ó religiosa, pertenezca la *Iglesia del Estado*; y aunque gozando ésta de un privilegio y tratando á las otras sectas con el desdén que le merece su inferioridad no constituye un abuso tan irritante y tan grande como en Inglaterra. Una familia presbiteriana en Escocia, puede no pertenecer á la iglesia establecida, y conservar su posición social. Esto en Inglaterra sería casi imposible; sólo los de la *iglesia antigua* son los que constituyen la sociedad. El episco-

pado es la única forma de religión á la moda, la única que tiene buenas formas; siendo ésta una regla que tiene pocas excepciones. En provincias los clérigos del episcopado son considerados como los únicos verdaderos sucesores de los Apóstoles, los únicos miembros del clero, y hasta se abstienen de relacionarse con los ministros de otras denominaciones. En Inglaterra la religión sostenida por el Estado, lejos de ser una causa de paz entre las gentes, no es más que un motivo de querellas. Estas querellas encarnizadas no cesan ni ante las tumbas. Se producen agrias disputas por saber si los miembros de otras Iglesias, tienen el derecho de ser sepultados entre sus parientes en el único cementerio del distrito. No puede menos que causar extrañeza que un pueblo tan cuidadoso de las apariencias exteriores en todos los actos de la vida, tolere escenas que con seguridad no tienen igual ni aun en los países más ignorantes.

Desde no hace mucho una ley sobre los funerales ha atajado un poco estos escándalos; pero está lejos de regular las cosas como deberían estarlo.

La venta de los curatos es otro escándalo que no sorprenderá menos á los americanos. Frecuentemente la compra de una tierra comprende el derecho de nombrar al cura del distrito, y como los emolumentos son á veces considerables, dicho puesto tiene un valor mercantil. Cuando se hace la evaluación de la propiedad, se tiene esto tan en cuenta como los acres de tierra. Constantemente aparecen en los periódicos anuncios poniendo en venta «á clergiman's position to such and such a living». Poco importa el carácter ó la naturaleza del comprador como ministro de la religión. La compra del puesto hace de aquel el ministro legal de sus desventuradas ovejas.

Este sistema da lugar á otro mal. El comprador rico no puede tener la menor envidia por ejercer su profesión sagrada. Compra una renta, por ejemplo de 1,000 libras

esterlinas anuales, y se hace substituir por un pobre curilla, al que le da 150 libras. Esta diferencia entre ambas cantidades constituye el beneficio que le proporciona ó rinde el dinero empleado. ¿Hay lector americano que esté dispuesto á oír cosa más monstruosa acerca de la iglesia? Pues oiga esta otra: El derecho de nombrar un ministro á la muerte del titular, es con frecuencia sacado á subasta. «Un pobre y anciano párroco va á morir pronto. Señores; ¿quién puja en la subasta? ¡A la una! ¡A las dos! ¡Adjudicado!»

Tal es la manera como se conduce el clero inglés. Yo me he preguntado á menudo cómo podría uno de nuestros obispos de la iglesia episcopal tender su mano de amigo á estos sus colegas de Inglaterra que viven de los vergonzosos productos de semejante sistema.

Los males de la religión de Estado provienen directamente de la monarquía. Los arzobispos y obispos que viven en palacios y nadan en oro constituyen la aristocracia religiosa; los millares de curillas pobres, que necesariamente se hallan reducidos á la mísera congrua, constituyen la masa. Las rentas de la iglesia ascienden á más de cinco millones de libras esterlinas. Esta Iglesia del Estado posee toda clase de bienes, sin que desdeñe ninguno. Un artículo del *London Times*, hizo observar que el arzobispo de Canterbury, paseando en Londres, podría pasar por delante de cien palacios edificadas en terrenos pertenecientes á la iglesia. Este vil comercio, harto floreciente, le produce una envidiable renta. La gente de iglesia que vende el derecho de salvar las almas de sus semejantes á cambio de dinero contante y sonante, no tendría reparo alguno en vender el derecho de destruir sus cuerpos. La actual iglesia monárquica de Inglaterra, desde el punto de vista que hemos dicho, no es digna de tener relaciones con su hija la republicana de América. Mis lectores habrán

observado que todos los vicios de esa iglesia emanan de sus relaciones degradantes con el estado. Nuestra propia iglesia episcopal ¿no demuestra bien claro que esos males no son inherentes al sistema? Cuando la situación política se halle regulada como lo está entre nosotros, la iglesia de Inglaterra se volverá tan pura como la nuestra.

Ahora que ha hecho el ensayo de una existencia libre é independiente, si el Gobierno propusiese dar á la iglesia protestante, la situación en el estado, que ocupa la episcopal, de Inglaterra, es absolutamente seguro que aquella rechazaría tal proposición por gran mayoría por considerarla nociva á su acción y á su existencia y como derogatoria del verdadero espíritu de religión. Si la iglesia de Inglaterra se llegara á ver durante un año desembarazada de la tutela del Estado, no querría jamás volver á su actual situación de dependencia.

Antes, los propietarios ingleses pretendían que la abrogación de las leyes de granos ocasionaría su ruina; los propietarios de esclavos de América auguraban que la libertad de éstos daría lugar á degollinas en el Sud. Hoy reconocen su equivocación. Los eclesiásticos que consideraban que la iglesia oficial llegaría á arruinarse si el Estado se separaba de ella, acabarán igualmente por reconocer su equivocación. Y ¡cuán poco ven! El día que la iglesia de Inglaterra fuese libre é independiente del Estado, su influencia y poderío aumentarían y el celo de las demás sectas se estimularía al mismo tiempo. Una iglesia de Inglaterra independiente desde el punto de vista de que ninguna otra se hallase en estado de inferioridad, podría suceder que acabara por suplantar á todas las demás sectas é implantar en Inglaterra la unidad de religión que tan desdichadamente perdió cuando la política invadió el campo religioso. La amplitud de miras, la tolerancia, el menosprecio cada vez mayor respecto de los dogmas que no son más que obra de los hombres

y que caracterizan la Iglesia contemporánea, parecen admirablemente dispuestos para establecer una base sobre la cual, después de eliminados los escándalos que resultan de la intervención del Estado podría crearse una Iglesia en la que se agrupasen todas las personas religiosas y que sería tanto de hecho como de nombre la iglesia inglesa.

No observamos todavía en la República una tendencia franca y decidida hacia la eliminación de las sectas, pero ya han sido dados los pasos primeros para conseguirlo.

Las sectas se mezclan cada vez más unas con otras y con ocasión de muchas obras importantes. El rabino judío, el sacerdote católico, el ministro episcopal y los ministros de todas las demás denominaciones están haciendo continuamente campañas en favor de las mismas reformas.

Sin primicia de Iglesia, sin diezmo, sin intervención y sin vigilancia del Estado, ha adquirido la religión en América, una fuerza, que ningún apoyo político hubiera podido darle. Una fuerza viviente que penetra en la vida de los ciudadanos y les da la unidad de sentimientos. Obra hecha en silencio y sin tropezar con ninguna de esas dificultades que, en Inglaterra, resultan de su unión con el Estado y que siembran la división.

observado que todos los vicios de esa iglesia emanan de sus relaciones degradantes con el estado. Nuestra propia iglesia episcopal ¿no demuestra bien claro que esos males no son inherentes al sistema? Cuando la situación política se halle regulada como lo está entre nosotros, la iglesia de Inglaterra se volverá tan pura como la nuestra.

Ahora que ha hecho el ensayo de una existencia libre é independiente, si el Gobierno propusiese dar á la iglesia protestante, la situación en el estado, que ocupa la episcopal, de Inglaterra, es absolutamente seguro que aquella rechazaría tal proposición por gran mayoría por considerarla nociva á su acción y á su existencia y como derogatoria del verdadero espíritu de religión. Si la iglesia de Inglaterra se llegara á ver durante un año desembarazada de la tutela del Estado, no querría jamás volver á su actual situación de dependencia.

Antes, los propietarios ingleses pretendían que la abrogación de las leyes de granos ocasionaría su ruina; los propietarios de esclavos de América auguraban que la libertad de éstos daría lugar á degollinas en el Sud. Hoy reconocen su equivocación. Los eclesiásticos que consideraban que la iglesia oficial llegaría á arruinarse si el Estado se separaba de ella, acabarán igualmente por reconocer su equivocación. Y ¡cuán poco ven! El día que la iglesia de Inglaterra fuese libre é independiente del Estado, su influencia y poderío aumentarían y el celo de las demás sectas se estimularía al mismo tiempo. Una iglesia de Inglaterra independiente desde el punto de vista de que ninguna otra se hallase en estado de inferioridad, podría suceder que acabara por suplantar á todas las demás sectas é implantar en Inglaterra la unidad de religión que tan desdichadamente perdió cuando la política invadió el campo religioso. La amplitud de miras, la tolerancia, el menosprecio cada vez mayor respecto de los dogmas que no son más que obra de los hombres

y que caracterizan la Iglesia contemporánea, parecen admirablemente dispuestos para establecer una base sobre la cual, después de eliminados los escándalos que resultan de la intervención del Estado podría crearse una Iglesia en la que se agrupasen todas las personas religiosas y que sería tanto de hecho como de nombre la iglesia inglesa.

No observamos todavía en la República una tendencia franca y decidida hacia la eliminación de las sectas, pero ya han sido dados los pasos primeros para conseguirlo.

Las sectas se mezclan cada vez más unas con otras y con ocasión de muchas obras importantes. El rabino judío, el sacerdote católico, el ministro episcopal y los ministros de todas las demás denominaciones están haciendo continuamente campañas en favor de las mismas reformas.

Sin primicia de Iglesia, sin diezmo, sin intervención y sin vigilancia del Estado, ha adquirido la religión en América, una fuerza, que ningún apoyo político hubiera podido darle. Una fuerza viviente que penetra en la vida de los ciudadanos y les da la unidad de sentimientos. Obra hecha en silencio y sin tropezar con ninguna de esas dificultades que, en Inglaterra, resultan de su unión con el Estado y que siembran la división.

PAUPERISMO Y CRIMEN

Siempre tendremos entre nosotros pobres y criminales; pero, con los cuidados convenientes, el Estado puede disminuir el número de desherdados de la fortuna y hacer menos malos a los criminales. La mejor prueba del lugar que ocupa un Estado en la civilización, está en la poca gravedad de sus castigos y en el cuidado que se toma por los pobres. Está en la piedad con que trata a esas clases infortunadas y no en feroces leyes que tiendan a disminuir el crimen y pauperismo. Es también más digno de un país instruido. El objeto de todo castigo y su justificación, no es el de hacer respetar la ley, sino el de mejorar al culpable.

(PENSAMIENTOS DE LOS SABIOS)

En los libros antiguos, periódicos y diarios, en que he buscado indicaciones y datos sobre la condición de América, de hace medio siglo, el pequeño número de mendigos y de pobres es con frecuencia citado. Un escritor de aquella época, escribe en el *Comercial Magazine*:

«En la mayor parte de la Virginia y de Kentucky, el pauperismo es desconocido casi por completo. Yo visité, hace algún tiempo, el asilo de los pobres de Campbell County, en el Kentucky y no había ni un solo asilado. En la Virginia también he conocido un condado de una población bastante crecida donde no había más que uno.»

Durante un largo viaje á través de los Estados, el capitán Alexánder, de la armada inglesa, en 1832, no vió más que un solo mendigo.

Al lado de muchas indicaciones de este género, demostrando que la pobreza era desconocida por los americanos, hace medio siglo, hállanse quejas sobre el gran número de europeos pobres que desembarcan en América. En el

New England Magazine, de 1833, se lee que fué presentada una petición á la Asamblea General, por el alcalde y el consejo municipal de Baltimore para llamar su atención acerca de los inconvenientes que resultan de la llegada de extranjeros pobres. La referida petición declara que el número de emigrantes desembarcados en el puerto de Baltimore, en 1831 ascendió á 4,381, y en 1832 á 7,946; los cuales, en su mayor parte se hallaban desprovistos de medios de existencia. Igualmente declaraba dicha petición que de 1,160 personas admitidas en el hospicio para pobres de aquella población, en 1831, había 487 extranjeros; y que de este número, 281 habían residido en el país menos de tres meses, antes de su admisión y 121 menos de una semana.

La *Nationale Gazette* de Filadelfia contaba, en 1834, que un activo é inteligente administrador de los fondos de los pobres, había declarado que «el sostén de nuestros propios pobres sería una carga insignificante» y que «más de las tres cuartas partes de los pobres del asilo procedían de Europa. A veces una familia entera se dirigía directamente del buque al asilo.

La *New-York Advertiser* dice que «en el curso de la presente estación (1834) un buque de guerra austriaco fué enviado á América, conduciendo un gran número de personas, de las que el gobierno austriaco quería deshacerse, y que todas ellas, así sin más ni menos, fueron desembarcadas en Nueva-York.»

Veinte años después, oíanse todavía las mismas quejas. Léese en la «Historia de Nueva-York» por Booth, que «durante el invierno de 1855, sufrían muchas penalidades los pobres de dicha capital, los cuales, no pudiendo encontrar trabajo, paseábanse por las calles con carteles é inscripciones reclamando socorros. En muchos puntos de la ciudad se distribuían sopas á los necesitados. Sólo en el séptimo distrito, vivían nueve mil personas de la caridad

pública y ni una de ellas, dicho sea de paso, era americana.»

Los clamores contra la importación de los pobres no han cesado todavía.

Pero la pobreza no era el único motivo de queja que se tenía contra los extranjeros sino que por otro lado éstos formaban una gran parte de la clase criminal. Las estadísticas de entonces son tan incompletas que no merecen crédito alguno; pero lo que Mullah dice de la situación presente es aplicable al pasado: «Es de notar — dice, — que los extranjeros, que componen la séptima parte de la población, proporcionan 14,000 delincuentes ó sea un treinta por ciento del total.»

La proporción de los pobres á la población total, es menor en los Estados Unidos que en cualquier otro país. Esta diferencia es tal que cuesta trabajo creerlo. Inglaterra tiene un ejército de más de un millón de pobres, ó sea un pobre por cada treinta y cuatro personas. América, con una población mayor, no tiene más que 250,000, ó sea un pobre por cada doscientos habitantes. Estas cifras muestran bien clara la diferencia entre la República y las naciones europeas. Quitando uno ó dos casos la diferencia en favor de la república, es todavía más grande como lo demuestra el estado siguiente:

	Número de personas socorridas.	Relación con la población.
Reino Unido.	1.037.000	33 por 100
Italia.	1.037.000	48 » »
Prusia.	1.310.000	50 » »
Austria.	1.220.000	35 » »
Francia.	1.151.000	32 » »
Países Bajos.	1.010.000	105 » »
España y Portugal.	596.000	30 » »
Escandinavia.	301.000	38 » »
Suiza.	140.000	54 » »
	8.130.000	41 » »
Estados Unidos.	225.000	5 » »

Resulta, pues, que por cada pobre de los Estados Unidos hay 21 en Holanda y en Bélgica y 6 en Inglaterra.

Debe tenerse en cuenta también que, en América más de un tercio de los pobres inscriptos que viven á costa del público son extranjeros.

Los pobres indígenas forman el diez por ciento de la población indígena; los pobres extranjeros el treinta y cuatro por ciento de la población extranjera.

Siento gran satisfacción en hacer constar que la proporción de los pobres es más pequeña entre los negros que entre los blancos; lo cual constituye una prueba más de que las predicciones que se hacían antes de la emancipación de aquéllos, relativas á su disipación y pereza, no eran fundadas. La proporción de los pobres de la raza blanca es de un catorce por ciento contra un nueve que arroja la raza negra.

La ley de los pobres en América es bien diferente de la ley inglesa. Esta última favorece á los perezosos é imprevisores á expensas de los activos y de los prudentes. En muchas poblaciones de América, los establecimientos de caridad proporcionan trabajo á los indigentes en lugar de darles dinero. Los que reciben socorros en América no es porque hayan sido acostumbrados á contar siempre con el Estado. Este estado de espíritu de los pobres, que es excelente, resulta de la unión de la caridad pública y de la privada. Cuando los pobres consideran que tienen derecho á la caridad, la reclaman, en los casos; en que no se atreverían á solicitar favores. El sistema inglés es también más costoso. Inglaterra destina anualmente para sus pobres 50 millones de dollars; la República no gasta ni la tercera parte.

Las causas de esta ausencia relativa de pobreza, en América, son fáciles de encontrar. En un país nuevo, cualquiera que desee trabajar está al abrigo de la pobreza; y en América, no hay quien se complazca en la inacción.

Además los individuos «defectuosos» son menos numerosos que en los países antiguos, donde las condiciones de la vida son más duras, y donde la falta de alimentación conveniente, de vestido y de abrigo, da por resultado un desarrollo imperfecto. La proporción mínima de los sordos, mudos y ciegos en los Estados Unidos, es debida, en cierto modo, á la naturaleza sana del elemento extranjero. Los enclenques se quedan en casa; sólo los hombres sanos y vigorosos emigran. La importancia de este factor está demostrado por el hecho de que en los Estados Unidos no hay más que un ciego por cada 2,720 habitantes y un sordomudo por cada 2,094; en tanto que en Irlanda, la proporción es de un ciego por cada 884, y de un sordomudo por 1,304.

La caridad privada contribuye mucho á hacer desaparecer toda especie de pobreza y de dolor, en América; los hospicios, escuelas industriales, asilos para los ciegos, instituciones para los sordomudos y otros establecimientos de caridad, son numerosos, y su número aumenta todavía. Las estadísticas demuestran que dichos establecimientos tienen tantos pensionistas como las instituciones públicas. Las instituciones de caridad clasificadas bajo la denominación de «Varios» son en número de 430; aparte de esto hay 56 instituciones para los sordos y mudos, 30 para los ciegos y 13 escuelas para los niños atrasados.

Así, es América la nación menos pobre y á la vez la que hace más por extinguir la pobreza. Más de la mitad de sus pobres son socorridos por la caridad privada, que de día en día va aventajando á la del Estado.

Resulta un provecho para todos, cuando la caridad obligatoria, digámoslo así, la caridad tal como funciona en Inglaterra, donde saca anualmente 10.000,000 de libras esterlinas del bolsillo del contribuyente, es reemplazada por una caridad que proporciona un placer al que da y otro al que recibe. Tal es el cambio que se ha operado

rápidamente en América. Puede augurarse, con toda seguridad, que gracias al espíritu de independencia que produce la República, el estado acabará por no ocuparse más que de aquéllos cuya pobreza sea debida al desgobernio.

Las relaciones estrechas entre la pobreza y el crimen han sido confirmadas de una manera evidente, por las investigaciones de Quetelet. En Inglaterra se ha hecho patente varias veces, que los tiempos calamitosos aumentan la criminalidad. El doctor Mayr ha demostrado que, en Alemania, toda subida en el precio de la harina tenía por consecuencia un aumento en el número de robos.

Por el contrario, la baratura de los comestibles, es seguida de una disminución de la criminalidad. El canto titulado: «*The English Roast beef*», tiene su fundamento en un dato científico:

«El hombre bien nutrido, señores,
jamás puede hacer mal.»

Tal es, evidentemente una de las razones por las cuales los robos son, proporcionalmente, menos numerosos en América que en Europa.

La instrucción gratuita y obligatoria, unida á la influencia de las instituciones políticas, que en todo momento inculcan el respeto mutuo y estimulan la ambición, constituyen las principales razones, por las cuales el crimen y el pauperismo se hallan menos extendidos que en Europa.

Los procedimientos humanitarios en el tratamiento de los criminales, en América, no datan más que de la última mitad del siglo. La generación actual tal vez se resista á creer la falta de humanidad con que eran tratados los delincuentes por la generación que precede. He aquí algunos ejemplos sacados de fuentes dignas de fe:

«Durante más de cincuenta años (de 1773 á 1827), el estado de Connecticut ha utilizado como prisión un antiguo pozo de mina, en las montañas próximas á Simsbury; pozo cuyo horror superaba al de todas las demás prisiones de Europa y de América.

»La *Newgate Prison*, como se le llamaba, se componía de cavernas situadas en las laderas de las montañas y á las que hay que descender con escalas. Los convictos tenían celdas de madera y se acostaban sobre paja. Sólo los que han visitado estas mazmorras, pueden hacerse cargo de su horrible tristeza. La obscuridad impenetrable de estas cavernas; la masa espantosa de rocas que parece querer reducir á polvo; las aguas que se filtran, cayendo á lo largo de las paredes como si fueran lágrimas; los ruidos, no comparables á nada de este mundo, todo conspira para hacerlos experimentar espanto y horror.

»Allí se encerraban durante la noche de treinta á cien prisioneros. Llevaban grillos en los pies y cadenas atadas al cuello. El olor y los miasmas que infestan estas cuevas, ocasionaban continuamente enfermedades contagiosas. La prisión era teatro de continuas reyertas. Los castigos más crueles y degradantes no eran suficientes para contener á los convictos. El sistema — dice el escritor citado anteriormente, — estaba admirablemente combinado para convertir á los hombres en demonios. Los prisioneros se instruían mutuamente en el crimen. Cuando se divertían por la noche, parecía oírse el rugir de los tigres. Nadie podía reposar ni dormir.

»En Northampton, en el Massachussets, un calabozo no tenía más de cuatro pies de altura; sin ventanas, ni tragaluces. La ventilación se hacía por los escusados y por los agujeros que había en la pared. En Worcester, un calabozo del mismo género no tenía más que tres pies de altura y once pies cuadrados de superficie, sin ventana ni orificio alguno. El aire no entraba más que por el

foso y las rendijas de la puerta, y estaba en comunicación con otro calabozo semejante destinado á los locos. En Schewectady, en el estado de Nueva York, tres hombres encerrados durante algunas horas fueron encontrados fallecidos. Sin embargo, se pudo hacerles volver á la vida.

«Mr. Edouard Livingstone, el gran reformador penal de este país, menciona, en 1822, que eran encerradas cada año en las prisiones de Nueva York, de 1,500 á 2,000 personas de ambos sexos. Todos entraban como presuntos delincuentes, pero muchos de ellos no lo eran. Se les ponía en contacto con los criminales, obligándoseles á comer, beber y dormir entre ellos. Luego, ya que habían aprendido las lecciones del crimen, se les soltaba para que pudiesen ponerlas en práctica».

Tal era el buen tiempo pasado de que á menudo oímos hablar. La barbarie de los castigos, que caracteriza el período que siguió inmediatamente á la revolución, fué bastante atenuada hacia 1830. Desde entonces el empleo de castigos más suaves marchó á la par con la mejora del regimen de las prisiones. Dentro de un siglo ó dos, el medio más seguro de evitar los crímenes será, probablemente, la inserción en los periódicos de noticias de este género: «Ayer, en el juzgado, fué condenada por el jurado la conducta de M. X.» Un caballo de raza no tiene necesidad de látigo ni espuelas. Un hombre instruído, nacido de padres instruídos, es el caballo de raza de la especie humana.

La gloria de los progresos hechos en la manera de tratar á los criminales precoces corresponde, igualmente, al medio siglo que estamos examinando. Antes de 1830, poco ó nada se había hecho todavía, para establecer, en las prisiones una distinción, una separación entre los niños y los adultos criminales. Fácilmente pueden imaginarse los resultados de tal educación. El niño que cometía la primera falta ya estaba perdido. El veterano del crimen

era para él un héroe, y sólo deseaba, una vez puesto en libertad, imitar sus hazañas. Las niñas se mezclaban igualmente con las mujeres más empedernidas, resultando de ello iguales consecuencias. Por extraño que parezca á mis lectores de hoy, hasta el año 1824 no existió la primera escuela penitenciaria: *Casa de refugio de Nueva York*. Su benéfica influencia se hizo sentir inmediatamente. Poco después se edificaron algunas otras. En 1874, cincuenta años después del comienzo de este movimiento, había treinta y cuatro *Reformadoras* en el país; calculándose su valor aproximado en unos 8,000,000 de dollars. El número de pensionistas era, por término medio, 8,924. En dicha fecha habían sido ya admitidos 91,400 muchachos y muchachas de los que 70,000 habían salido definitivamente coregidos ¡y salvados!

«Estas útiles instituciones realizaron un inmenso progreso en cuanto á las cárceles. Los jóvenes ya no son encerrados con los delincuentes de edad. Los sexos están igualmente separados. Generalmente, por la noche, no hay más que un niño por celda; y en los casos en que se hallan reunidos en grandes dormitorios, son cuidadosamente vigilados. Se les enseñan oficios útiles. Van á la escuela todos los días y á la iglesia los domingos. Cuando han extinguido el tiempo de su condena, ó antes, si su buena conducta lo permite, se les coloca de aprendices en casa de dignos y respetables agricultores ú obreros.»

En las grandes poblaciones, existen numerosas sociedades para los niños abandonados. La más conocida es la *Children's Aid Society of New-York*, cuyo desarrollo y éxito han sido notables. Se fundó en 1853 y ha dado á más de 30,000 que carecían de domicilio, abrigo y trabajo en el campo. Las casas de refugio, recogen aproximadamente á unos seiscientos por noche. Las escuelas industriales y las escuelas nocturnas instruyen y en parte alimentan y visten á más de 10,000 niños por año. El objeto

principal es el salvar á los niños vagabundos, sin domicilio y ya medio criminales, de la población, recogiénolos, instruyéndolos y colocándolos en casas elegidas, en el campo, donde constantemente se necesita el trabajo de los niños. Estos esfuerzos son coronados por el éxito. El número de prisiones por vagancia en Nueva York descendió de 2,161, en 1861, á 914, en 1871; y el de las muchachas detenidas bajó de 1,103, en 1860, á 572, en 1871; y eso que en este interregno, la población había aumentado en un diez y siete por ciento.

América no ha sido la última en adoptar las ideas modernas para el tratamiento de los presos. Sus establecimientos penitenciarios pueden compararse con los de los demás países y aun creo que les aventajan, por el hecho de haber abandonado los castigos severos. Su repugnancia por la pena de muerte es tan grande que ha sido abolida en algunos estados. Los grandes establecimientos del estado hacen trabajar continuamente á los prisioneros durante el día, y por la noche los colocan en celdas separadas. En algunos casos se arrienda el trabajo á empresarios que pagan un tanto por hombre; pero se dice que este sistema no da resultados satisfactorios, porque pone á los presos en contacto con las influencias exteriores. Es preferible que los empleados del Estado vigilen y dispongan de su trabajo. Muchas prisiones se bastan á sí mismas ó poco menos. La cárcel del estado de Ohío, situada en Columbus, aun obtiene beneficios anualmente, sin que le iguale ninguna otra cárcel. El condenado puede, observando buena conducta, disminuir el tiempo de su pena en cinco días por mes y percibir una cantidad que no ha de exceder de la décima parte de lo que gane. Al cumplir su condena, si ha merecido la conmutación entera de su pena, es restablecido en sus derechos de ciudadano. No se aplica ningún castigo cruel ni degradante, la biblioteca es muy frecuentada y todos los presos van á la escuela

los domingos así como á las reuniones piadosas. En la cárcel del estado de Massachussets, los convictos han fundado una sociedad para discutir é instruirse. Además en todas las cárceles hay instaladas bibliotecas y profesores y catedráticos encargados de instruir á los presos. En una palabra; la idea dominante, es la de que tiene menos importancia castigar al culpable por lo que ha hecho, que mejorarlo á fin de que no vuelva á violar las leyes. En ninguna rama del esfuerzo humano ha realizado América mayores progresos que en el tratamiento de los vagabundos y criminales. Se preocupa menos de castigar al culpable ignorante y descarriado, que de desembarazarle de su ignorancia y de sus vicios. Este es el punto importante. La biblioteca, los profesores y los capellanes, tienen la misión de librarle de las malas compañías durante su tiempo de prisión, y, si es posible, librarle de sí mismo.

En la «History of Criminal Law» de du Boy, nos ha sorprendido leer que en el siglo catorce fueran «juzgados tres cerdos por un tribunal, y condenados á muerte por haber matado á un labrador, siendo asimismo condenados los cerdos restantes de la manada como cómplices. Esta última parte de la condena fué levantada por el duque de Borgoña, al que se le solicitó con todas las formalidades de la Cancillería». Berriat Saint-Prix cita más de ochenta condenas á muerte ó excomuniones, pronunciadas desde el año 1720 al 1741 contra toda clase de animales, desde el asno hasta la langosta. Tales maneras de proceder en nombre de la justicia, nos parecen incomprensibles. La próxima generación ó la que le siga, leerá probablemente con horror que nosotros aplicábamos la pena de muerte á seres humanos (1).

(1) En España se procesaba hasta á los cañones. (N. del T.)

LA REPUBLICA

Las antiguas naciones andan como las alimañas; la República pasa rugiendo como un tren expreso. Un siglo le ha bastado para tomar sitio en el primer lugar de las naciones; pronto les pasará delante á todas. Por su población, su riqueza, su ahorro anual, su crédito, su agricultura y su industria figura ya América á la cabeza del mundo civilizado.

Francia con sus fértiles campos y su azulado cielo, tiene necesidad de que transcurran ciento setenta años para doblar su población.

La Gran Bretaña, cuya población aumenta más de que la de cualquiera otra nación europea, necesita setenta años para obtener el mismo resultado. La República, en varias ocasiones ha doblado la suya en veinticinco años.

En 1831, la Gran Bretaña é Irlanda, contenían veinticinco millones de habitantes; y cincuenta años más tarde, en 1881, no contaba más que treinta y cuatro millones. La población de Francia durante el mismo período de tiempo se ha elevado de treinta y dos millones y medio á treinta y siete millones y medio. La República ha subido de treinta millones á cincuenta.

Inglaterra ha ganado diez millones de habitantes, Francia cinco millones y los Estados Unidos ¡treinta y siete millones! Así pues, la República, en medio siglo, ha ganado una cifra de habitantes igual á la población actual de Francia y superior á la población actual del Reino Unido. Quédase uno confuso ante semejante resultado.

¡Una Gran Bretaña y una Irlanda surgiendo en medio de terrenos incultos, como por encanto, en menos de la vida de un hombre!

En verdad, la República es la Minerva de las naciones; ha salido armada de la frente de Júpiter-Inglaterra. En lugar de treinta millones de habitantes como en 1830, cuenta América actualmente con cincuenta y seis millones; lo que hace que haya en ella más hombres que hablan inglés, que en el resto del mundo, y más de los que existen en el Reino Unido y en todas sus colonias, aún cuando la población de éstas fuera doble.

Por sorprendentes que sean estos resultados, son bien pequeños comparados con los siguientes: En 1850, la riqueza total de los Estados Unidos no era más que de 8,430 millones de dollars; la del Reino Unido, ascendía á 22,500 millones de dollars; es decir: que era ésta casi tres veces superior á aquélla.

Ha bastado el corto espacio de treinta años para cambiar las situaciones respectivas de ambos países. En 1881, la Monarquía poseía una riqueza en oro de 8,720 millones de libras esterlinas y, deténgase un poco el lector á considerar esa alineación de cifras, pero no intente comprender lo que representan; ningún hombre sería capaz de conseguirlo. Heriberto Spéncer, no tenía necesidad de ir tan lejos para hallar lo *desconocido*. Yo se lo pongo ante los ojos y que pruebe á *conocer* el sentido de esto: 43,600.000.000 de dollars. Pero por prodigiosa que sea, vese esta riqueza superada por la de la República que, en 1880, dos años antes, se había elevado á 48,950.000.000 de dollars.

Esto ocupándonos del año 1880; que si hubiéramos de dar á conocer la riqueza del año siguiente, nos sería preciso añadir más números y aumentar todavía la interminable suma. La riqueza de América, pasa hoy de bastante más de 50,000.000.000 de dollars.

Esta riqueza no proviene por entero, como se podría

creer, á primera vista, de los enormes recursos agrícolas; proviene en gran parte, de su industria. América no es tan sólo la primera nación agrícola, sino que también es la primera nación industrial del mundo. Ha quitado esta última supremacía á Inglaterra. En 1880, las fábricas inglesas estaban evaluadas en 818.000.000 de libras esterlinas; las fábricas de América en 1,112.000.000 de libras esterlinas, casi una mitad del valor de las de toda Europa, cuyo importe era de 2,600.000.000 de libras esterlinas.

Desde el punto de vista del ahorro, también figura América al frente de las demás naciones. Su ahorro anual es de 210.000.000 de libras esterlinas, de modo que supera al de Inglaterra en 56.000.000 y al de Francia 70.000.000.

Los 50 millones de americanos de 1880, habían podido comprar á los ciento cuarenta millones de rusos, de austriacos y de españoles, ó bien, después de haber comprado á Francia, les hubiera quedado suficiente dinero para comprar Dinamarca, Noruega, Suiza y Grecia. La República yankee podría comprar el país de sus antepasados, el querido viejo país, con su exquisita belleza, sus recuerdos históricos y sus tradiciones, que merecen y guardan todo nuestro amor.

Sí; ciertamente podría América comprar cada acre de tierra de la Gran Bretaña y de Irlanda, y convertirlos, para su inmenso continente, en una especie de isla de Wight. Después aún podrían reembolsar la deuda de este país, tan enormemente empeñado, sin agotar su fortuna que no es más que el producto de un solo siglo. ¿Qué no será capaz de hacer antes de que haya transcurrido un nuevo siglo? Ya, las naciones que han desempeñado grandes papeles en la historia del mundo son pequeñas á su lado. Dentro de cien años serán aquellas enanas y antes de doscientos años pigmeos, al lado de este gigante. América es el Gulliver de las naciones. Estas no son más

que liliputienses que se esforzarán inútilmente en cogerla entre sus telas de araña.

La marina de la República toma sitio después de la de Inglaterra; este «transportador» del mundo. Ninguna otra nación se le aproxima desde este punto de vista. En 1880, los transportes de la Gran Bretaña desplazaban diez y ocho millones de toneladas; los de la República nueve millones. Su flota de comercio representa cerca de la mitad de la de la madre patria; es aquella superior á la de las cinco naciones que tienen las flotas más importantes después de la de Inglaterra, á saber: Francia, Alemania, Noruega, Italia y España reunidos. Los medios de transporte de la República son más de cuatro veces superiores á los de Francia, su hermana europea, y cuatro veces superiores á los de Alemania. Sus buques han ganado cerca de un veinte por ciento del beneficio realizado por los transportes marítimos de todo el mundo, en 1880. Francia y Alemania no han ganado más que el cinco por ciento. Las exportaciones é importaciones de América son ya iguales á las de cualquiera de esas naciones; unos trescientos millones de libras esterlinas.

A pesar de estos resultados, que están corroborados por Mulhall, y cuya exactitud no es dudosa, la impresión general es de que la importación marítima de la República, no se halla en relación con la importación gigantesca por tierra. Este es uno de los numerosos errores populares, con respecto al «parcut au-delà de la mer» pero en tanto aquella figura inmediatamente después de Inglaterra como potencia marítima, en lo que respecta al comercio interior — de los medios de transporte por tierra — lleva ventaja sobre ésta. El comercio interior de los Estados Unidos, supera al comercio exterior total de la Gran Bretaña y de Irlanda, de Francia, de Alemania, de Rusia, de Holanda, de Austria-Hungría y de Bélgica reunidas. Más de ciento dos millones de libras esterlinas se pagan anual-

mente de fletes. Esta suma es superior á lo que representa el flete de los ferrocarriles de la Gran Bretaña, de Francia y de Italia reunidas, y á la suma recaudada por todos los buques del mundo, con exclusión de los beneficios que América ha sacado de sus propios buques. La red del «Pennsylvania Railroad» por sí sola, transporta más toneladas de mercancías que todos los buques mercantes de Inglaterra.

Considerada como potencia militar y naval, la República es, á la vez la más débil y la más fuerte de las naciones. Su ejército regular no se compone más que de 25,000 hombres, reclutados en todo el continente, por compañías de cincuenta ó de cien hombres. La marina de guerra gracias á Dios es insignificante, pero, hace veinte años, que como á son de trompeta, reunió aquella bajo las armas dos millones de hombres y una flota de 626 buques de guerra. Las ponderadas legiones de Jerjes, las hordas de Atila y hasta las de Timour fueron superadas, en lo que respecta al número, por los soldados ó ciudadanos que tomaron las armas, en 1861, para defender la unidad de la nación, y que, cuando hubieron cumplido su misión, las depositaron para volverse cada cual á su vida ordinaria. Proceden como los soldados de la Commonwealth, de quienes dice Macaulay: «Al cabo de algunos meses nada indicaba que el más formidable ejército del mundo se hubiera fundido en la masa de la población.» El carácter de los soldados de la República, evoca igualmente el relato que el mismo Macaulay hace del ejército republicano de Cromwell: «Los mismos realistas, hubieron de reconocer que en todas las ramas del trabajo honrado, los soldados licenciados, cumplieron, mejor que los otros hombres; pues ninguno de aquellos hubo de ser perseguido por robo ó bandidaje, que ninguno se humilló á mendigar y que, cuando un panadero, un albañil ó un carretero se hacía señalar por su celo y su sobriedad, casi siempre era uno

de los que habían servido con Cromwell.» Era la época en que nuestro país natal, desembarazado de sus jefes hereditarios, se hallaba sometido á la influencia vivificante de las instituciones republicanas.

Así es, que en ambos lados del Atlántico, los *ciudadanos* combatían y volvían luego á sus ocupaciones y fábricas. Batíanse aquéllos, no por un trono, por un rey ó por los privilegios de una clase, sino por su *país*, por un país que concede al más humilde, idéntico privilegio que al más grande. Instintivamente vuelven al ánimo las siguientes líneas:

«¿Dónde está el bribón que osaría
no combatir por semejante país?»

Los ingleses, como republicanos, fueron, desde luego, invencibles. ¿Qué probabilidad de éxito puede tener, en una batalla el realista que grita: «Mi rey» contra el ciudadano cuyo ardiente patriotismo se inflama nada más que murmurando: «Mi país»? El *Good save the king* del monárquico es bien débil ante los acentos más nobles del canto republicano: «Good bless our nature land.»

Un rey, triste señor frívolo, puede ser indigno de nuestra estimación. Nuestro país merece siempre nuestro amor.

Hay frases evocadoras que producen milagros. Entre estas frases hay que colocar las de: «Nuestro país». Otras palabras, habiendo cesado de ser divinas se han convertido en ridículas. «Rey» y «Trono» son de éstas.

Los veinticinco mil ingleses que se han reunido en «Bingley Hall», en Birmingham, para honrar al más firme de todos los ingleses, John Bright, se dispersaron, no á los acentos del mezquino y pueril «Good save the king» sino cantando estas gloriosas palabras adoptadas á la misma música:

Que Dios bendiga nuestra tierra natal,
Que la mano protectora de Dios
Siga guardando sus límites;
Que la paz aumente su gloria,
Que sus enemigos se cambien en amigos,
Y que el poderío de Inglaterra
No dependa más de la guerra.

Estas palabras son dignas de la Inglaterra, madre bendita de las naciones presentes y futuras, y pedían que se hiciera la travesía del Atlántico para escucharlas.

Jamás el cosquilleo del triunfo agitó mi cuerpo con más fuerza que cuando elevaba mi voz y me ponía á cantar con la masa, el futuro himno nacional que vivirá y dará la vuelta al mundo, cuando las familias reales estén tan muertas como los «dodos» (1). Qué Dios adelante ese día! Una familia real es un insulto para cualquiera otra familia del país.

La República no tiene necesidad de ejército, ni de marina de guerra permanente. En eso está su gloria principal y su fuerza.

Reposa aquella con toda seguridad, sobre el amor y la abnegación de sus hijos. A la manera de Cadmus, puede aquella, en caso de necesidad, sacar de su suelo innumerables tropas armadas que no se baten más que para su defensa, y, que, contrariamente á los guerreros del dragón vuelven á las ocupaciones de la paz, cuando ésta se halla fuera del peligro.

El ciudadano americano que rehusara batirse por su país en caso de ataque, sería indigno de dicho título. Lo mismo puede decirse del que quisiera evadirse en una guerra agresiva. Afortunadamente, no existe un hombre tal.

(1) Especie de pájaro que desapareció.

La situación preponderante que la República ocupa entre todas las naciones, desde el punto de vista de la actividad intelectual, tiene todavía más importancia que su fuerza comercial y militar. Por el número de las escuelas y los colegios, por el número y extensión de sus bibliotecas, por el número de diarios y otros periódicos, aquélla supera á todas.

En la aplicación de las ciencias, en las costumbres sociales é industriales, está mucho más adelantada que las otras naciones. Gran número de invenciones prácticas y que son de las que más contribuyeron á los progresos del mundo, nacieron en América.

Ningún otro pueblo ha imaginado tantas máquinas, para reemplazar el trabajo manual. El primer buque de vapor que navegó comercialmente lo hizo por Hudson, y el primer vapor que atravesó el Atlántico, salió de un puerto americano, con el pabellón de la misma nación. América dió al mundo la primera máquina para desgranar el algodón, las primeras máquinas segadoras, sembradoras y de coser, que funcionaron de la manera más práctica. En la rama menos material, la más etérea, es la que ha procurado mayores triunfos al hombre, es decir; la electricidad: América es en este sentido la que con más razón merece ser mencionada. Casi se puede decir que ha hecho de ello su especialidad. A partir del descubrimiento de Franklin, relativo á la identidad del rayo y de la electricidad, un americano fué quien inventó los sistemas de telegrafía más usados y que mejores resultados dieron y también fué un americano quien osó emprender la tarea de unir el antiguo y nuevo mundo por medio de cables submarinos.

En el empleo de la electricidad como alumbrado, América conserva la supremacía, por donde quiera se use este sutil fluido. El nuevo medio de comunicaciones dado al mundo, el teléfono, es también debido á los americanos.

No es necesario el intento de penetrar en el porvenir lejano de esta nación gigante. Pero si dirigimos nuestras miradas hacia adelante, como las hemos dirigido hacia atrás, tan sólo en el espacio de medio siglo, supongámos que, en este corto intervalo de tiempo no se produzca alguno importante, asalta la idea de creer, que en 1935, es decir cuando muchos de los que están ahora en la edad de ser hombres vivirán todavía, existirán bajo la misma bandera ciento ochenta millones de republicanos que hablarán el inglés y que poseerán una riqueza nacional de 250,000,000,000 de dollars.

Hace ochenta años toda Europa y toda América no contenían ese número de habitantes. Si Europa y América continúan desarrollándose normalmente no harán falta más que otros ochenta años, á contar desde hoy, para que la república pueda gloriarse de poseer tantos ciudadanos fieles como todos los gobiernos de Europa juntos. Antes del año 1980, Europa y América, tendrán cada una una población de seiscientos millones de habitantes.

Las causas del desarrollo tan grande de esta nueva nación entrañan uno de los problemas más importantes de la historia social de la humanidad. Los factores principales del problema son tres: el carácter étnico de los habitantes, las condiciones topográficas y la influencia de instituciones políticas que tienen por principio fundamental la igualdad del ciudadano; nuestros escritores del pasado han sostenido que el tipo étnico de un pueblo tiene menos influencia sobre su desarrollo como nación, que las condiciones en que vive.

Los modernos etnologistas van más lejos: para comprender la importancia vital que supone la cuestión de raza no nos hemos de fijar más que en lo que América sería hoy si hubiese caído desde un principio en las manos de cualquier otro pueblo que el colonizador inglés. Desde luego América tuvo una gran fortuna en recibir tan buena

simiente. Exceptuando algunos holandeses y franceses, la simiente fué enteramente inglesa. Como se verá en el próximo capítulo, la América de hoy sigue fiel á esta noble línea, teniendo en su sangre cuatro quintas partes de inglesa. La aptitud especial de esta raza para la colonización, su vigor, su espíritu de empresa, y sus cualidades de gobierno se han manifestado brillantemente en todos los puntos del globo, pero en ninguna parte con la extensión que en América. Libres aquí del peso de las instituciones feudales que no convenían á su desarrollo; y libres así mismo de la dominación de las clases elevadas que en la patria los habrían tenido alejados de la administración de los negocios y que habrían sacrificado los intereses de la nación á los suyos, como acostumbran á hacer tales clases, los ingleses de las clases inferiores llamados á fundar un nuevo estado, han demostrado que poseían un verdadero genio para la administración pública.

El segundo factor, quizá tan importante como el primero, del progreso rápido de esta rama de la raza inglesa es la superioridad del medio en que se ha desarrollado. La tierra que le ha tocado en suerte, la más magnífica que jamás haya servido de cuna á una raza desde el principio del mundo, no ofrece ningún obstáculo á la completa amalgamación de los habitantes del Norte, del Sur, del Este, y del Oeste en una sola masa homogénea. La conformación del continente americano difiere en efecto, por muchas razones importantes de cualquiera otra grande división del globo. En Europa los Alpes ocupan una posición entral; de sus vertientes parten los ríos que corren hacia los mares opuestos. En Asia el Himalaya, el Hindu-Kush y los montes Altraj dividen el continente, y los ríos que salen de sus costados vierten las aguas en océanos muy alejados unos de otros. Por el contrario, en las costas de la América del Norte se elevan montañas cuyas vertientes descienden gradualmente hacia grandes llanuras

centrales y forman un inmenso lago en que los ríos desaguan juntos ofreciendo al comercio una cantidad considerable de millares de *millas* de corrientes navegables. El mapa proclama de este modo la unidad de la América del Norte con esta gran llanura central que tiene una extensión de tres millones de millas cuadradas. Sin ríos infranqueables, sin montañas que formen cordilleras bastante elevadas para que sean un obstáculo á la facilidad de las relaciones, la integridad política es una sinceridad y la consolidación una certidumbre.

Heriberto Spéncer ha citado muchos ejemplos en apoyo del principio de que los pueblos que viven en las montañas y los que viven en los desiertos se unen difícilmente, en tanto que en los pueblos encerrados entre barreras naturales se unen con facilidad más aún: las naciones separadas por dichas barreras se consideran como enemigas naturales. En Europa la ambición y el egoísmo de las dinastías reinantes, han contribuído á hacer de esta idea el símbolo político de los pueblos. Cowper lo ha expresado en los conocidos versos:

«Las montañas interpuestas
hacen enemigas las naciones que, sin ellas,
se hubieran mezclado como gotas de un mismo líquido.»

A causa de las montañas muchas partes de Europa permanecen en estado de guerra ó de preparación de guerra permanente y este estado tiene por resultado muchas desdichas, muchas muertes, pérdidas materiales y retrasos en la civilización.

Los grandes lagos de América que se dice contienen un tercio de agua dulce del mundo entero, son también elemento de unión. Un buque salido de cualquier parte del mundo puede aligerar su cargamento en Chicago, en el Noroeste, á mil millas tierra adentro. El Missisipi

y sus afluyentes atraviesan la gran cuenca del Oeste que tiene una extensión de un millón y cuarto de millas cuadradas y una red de navegación interior de veinte mil millas. Un barco de vapor que saliera de Pittsburgo en Pensilvania, á cuatrocientas cincuenta millas de Nueva York en el interior del territorio, y á dos mil millas en la desembocadura del Mississipi, que siguiese estas vías fluviales y volviese al punto de partida, recorrería una distancia mucho más grande que si hubiese dado la vuelta al mundo. Durante todo este trayecto no se vería detenido por ningún empleado del gobierno ni obligado á pagar derecho alguno. El pabellón bajo el cual navega, asegura el paso libre al buque y su cargamento y no paga derecho de ninguna suerte, ya que los ciudadanos del continente entero disfrutan de los beneficios de una libertad de relaciones absoluta. Cuando se consideran las influencias que concurren á la unión de los pueblos se debe atribuir una grande importancia á esto; cincuenta y seis millones de habitantes que ocupan un territorio, el cual ofrece diferencias tan grandes que encuentran todo lo que es preciso para las necesidades del hombre, cambian sus productos sin investigaciones y sin pagos de derechos. A buen seguro que éste es el ejemplo mejor del libre cambio que haya visto jamás el mundo. Sería difícil poner obstáculos á los efectos beneficiosos de una constitución que garantiza de tal modo á cada miembro de la vasta confederación la absoluta libertad de las relaciones comerciales.

Ya se le considere desde el punto de vista económico ya desde el punto de vista más elevado de su influencia, sobre la unidad y la fraternidad de los pueblos, esta libertad de comercio sin restricción es uno de los elementos más poderosos de conservación de la Unión. Si alguno de los treinta y ocho Estados del continente americano impusiese derechos sobre los productos de los estados vecinos, la Gran República no tardaría en fraccionarse

en treinta y ocho facciones guerreras. Al que dude de que el libre cambio sea una garantía de paz le recomiendo el estudio del sistema del Libre Cambio de América.

Los ferrocarriles, bien que siendo una creación de los hombres, tienen sobre la unión de los habitantes más influencia todavía que las grandes vías de agua naturales. Ciento treinta mil millas de ferrocarril más que existen en toda Europa atraviesan el país en todas direcciones, y unen las diversas partes de la nación con sus nervios de acero. El viajero se traslada del Atlántico al Pacífico, ó sea un recorrido de tres mil millas, ó de Nueva York á Nueva Orleans, en el mismo vagón hotel sin tener que salir de él. Está instalado y alimentado, y encuentra todo lo que necesita.

Setecientas setenta mil millas de telégrafos, suficientes para dar tres veces la vuelta á la tierra — los nervios de la República, — funcionan día y noche transmitiendo los mensajes particulares ó comerciales. El joven de Massachusetts no se halla separado del hogar paterno cuando se encuentra en la hacienda del Colorado; lo mismo puede decirse de la señorita de Nueva York, que ha contraído matrimonio con un plantador de productos agrícolas y se ha ido á crear una familia al Estado de Texas. Una comunicación constante entre las familias y frecuentes visitas, crean entre ellos las simpatías y los mantienen unidos. Los americanos llevan la marca estrellada consigo, donde quiera que se instalen, y conservan la unidad de la nación.

Durante el curso de su breve existencia ha tenido la República que sortear grandes peligros, de los que uno tan sólo habría bastado para destruir la resistencia de cualquier otro sistema político que reposara sobre una base menos amplia que la de la igualdad absoluta de los ciudadanos. El Estado naciente hallóse de manos á boca con la esclavitud; víbora que le roía el corazón y que se

desarrollaba al propio tiempo que se desarrollaba la República, hasta el punto de llegar á ser aquélla un peligro para la existencia de ésta. Enroscada en torno de cada conyuntura y de cada parte del cuerpo político, chupando toda la fuerza moral de la nación, el poder esclavista, en un esfuerzo para estimular su funesta influencia, cometió afortunadamente, cierto día, el pecado que un americano no perdona jamás. Disparó contra la bandera. ¡Bendito sea ese tiro! Era necesario para advertir á la conciencia nacional de que no tan sólo la libertad y la esclavitud eran fuerzas sociales antagonistas que no podían unirse jamás, sino que la esclavitud, considerada como institución política, era incompatible con la idea republicana. El disparo de aquel tiro, una hermosa mañana en que el sol brillaba con todo su esplendor, contra la bandera que ondeaba en las murallas de Fort-Sumter, no dejó á los patriotas recurso alguno. Un temblor general recorrió los Estados Unidos, de un lado á otro, y los hombres de todos los partidos pusieron su vida, su fortuna y su honor al servicio de la unidad de la República, del mismo modo que la habían puesto antes al servicio de su independencia.

El mundo entero sabe cómo salieron aquéllos de esta noble empresa. La espada de la República desenvainada en defensa de la justicia, fué vuelta á la vaina; pero no antes de que todos los esclavos fueran ciudadanos y hubieran obtenido el goze de sus derechos cívicos.

La segunda fuente de peligros, se hallaba en los millares de extranjeros, que de todos los países acudían á las riveras hospitalarias de la República, la mayor parte ignorando la lengua inglesa y todos desacostumbrados al ejercicio de los deberes públicos. Si un número tan considerable de inmigrantes se hubiera desertado de la vida nacional, si hubieran formado círculos aislados, ó si esos inmigrantes no hubiesen venido á América más que para ganar dinero y volverse á su país natal, hubieran con

seguridad causado un gran perjuicio á los Estados Unidos.

La generosidad — puedo decir la inconcebible generosidad — de la República con respecto á estas gentes merecía una recompensa. Ganó su afecto ofreciendo en cambio de su sujeto libre el beneficio de ciudadano libre.

A estos nuevos habitantes á quienes la igualdad de privilegio se les había negado en su patria, la República les ofreció igualdad completa; y no se contentó con decirles: «Quedaros aquí». Si no que les dijo: «Sed de los nuestros.» Cuando llegan aquéllos á las orillas de la República son «sujetos»; la República los transforma en *ciudadanos*. Eran siervos y los convirtió en hombres. A sus hijos cógelos suavemente por la mano y los conduce á las escuelas públicas que ha fundado para sus propios hijos; les ofrece gratuitamente la República una buena educación primaria, el más precioso de los dones que se pueda conferir á seres humanos. Es este el «dón de la bienvenida» que la democracia da á los recién llegados. ¡Cómo no se ha de enamorar el emigrante pobre de esta nueva patria, con pasión, y cómo no ha de sentir recuerdos de amargura por su país natal que le había privado de sus derechos de hombre! Y así es como se ha evitado el peligro. La homogeneidad de la población está asegurada.

La unidad de los habitantes de América está también favorecida por el sistema político que tiene por base la igualdad del ciudadano. En ninguna de las leyes podría hallarse privilegio alguno.

El derecho de un hombre es el derecho de todos los hombres.

La bandera es la garantía y el símbolo de la igualdad. Las gentes no se ven mortificadas por la idea de que su propio país decreta su inferioridad y los considera como indignos de los privilegios concedidos á otros. Nada de privilegios, nada de títulos, nada de dignidades heredi-

tarias, y por consecuencia nada de clases. El sufragio es universal y todos los votos tienen el mismo peso. A los representantes del país se les paga. Cualquiera puede pues, entrar en la vida política y ser útil al país. Todo esto crea una comunidad de intereses, de aspiraciones, que un inglés acostumbrado á las instituciones monárquicas y aristocráticas que dividen á las gentes en clases, que tienen intereses, aspiraciones, pensamientos y sentimientos diferentes, puede difícilmente comprenderlo.

Las escuelas comunes gratuitas, son quizás, bien mirado, el factor que más contribuye á formar la nueva raza americana.

Las diversas razas se funden en el crisol de una buena educación general inglesa, proporcionada gratuitamente por el Estado. Los hijos de irlandeses, alemanes, italianos, españoles y suecos hállanse al lado del americano hijo del país.

Todos estos elementos constituyen una raza que tiene el mismo pensamiento, la misma sensibilidad y el mismo patriotismo. El niño irlandés pierde su dialecto y el niño alemán aprende inglés. Las ideas propias á los sistemas feudales de Europa, y las que los niños han heredado de sus padres, desaparecen como las escorias para no dejar más que el oro puro del símbolo político, que sea digno de la humanidad: «Todos los hombres nacen libres é iguales.» Deben aprender á vivir y trabajar para el bien público, no para el sostenimiento de una familia real y de una aristocracia altanera y para el mantenimiento de una organización social que los coloca por bajo de una clase arrogante de zánganos. Los hijos de siervos rusos ó alemanes, de colonos irlandeses arrojados de sus casas, de *scotchers* escoceses y de otras víctimas de la tiranía feudal, transfórmanse en republicanos. Tienen en su corazón amor por el país que da á todos sus hijos, sin distinción alguna, la igualdad de los derechos y de los privilegios.

No existen seres más ardientemente patrióticos y adictos á la república que los ciudadanos naturalizados y sus hijos. El ciudadano nacido en América ignora el valor de los derechos de que ha disfrutado siempre. Únicamente el hombre nacido en el extranjero, como he nacido yo, puede comprender la verdadera significación de la palabra República.

La educación gratuita ha dado á los americanos la afición á la lectura. Y esta afición, gracias á la prensa, contribuye también á desarrollar entre los millones de americanos, la unidad del pensamiento y de las aspiraciones.

Ocho mil periódicos distribuidos por todo el país, reciben las noticias al mismo tiempo. Todos los americanos leen estas mismas noticias en igual día, y discuten las mismas cuestiones. De este modo, el hombre de San Francisco, hállase tan cercano de su conciudadano de San Pablo, de Nueva York y de Nueva Orleans, como el habitante de Londres lo está del de Birmingham, de Manchester, de Liverpool ó de Edimburgo, ó infinitamente más que el habitante de Belfast y de Dublin. La bala de loco que mató al Presidente Garfield, si hubiera podido viajar tan lejos, habríase visto adelantada en su camino por los mensajeros eléctricos que llevaron la triste noticia á los villorrios más recónditos del continente.

El golpe dado por la mañana, sumió, antes de ponerse el sol, á cincuenta y seis millones de personas en el más profundo dolor.

Todas estas causas han contribuido á la formación de una nación grande y homogénea, de la misma raza, de igual lengua, y que tiene la misma literatura, idénticos intereses, é igual patriotismo. Este imperio es tan poderoso y tan vasto que no tiene necesidad para asegurar su tranquilidad, ni de ejército ni de marina; su pueblo es bastante

instruído y adelantado para comprender el valor de la paz.

El que estudia los negocios de América no ve en parte alguna la obra, de otras influencias que las que concurren á una unión cada vez más estrecha. La República ha encontrado el modo de gobernar numerosas extensiones, en medio del sistema federal, ó sea «home rule», habiendo demostrado al mundo que cuanto más se desarrolla el *self government* de las partes, más fuerte es el gobierno central.

EL PUEBLO AMERICANO

La biología nos enseña que la mezcla de las diversas variedades de la raza ariana, de la que se compone la población americana, producirá un tipo de hombre superior del que ha existido hasta ahora, un tipo más plástico, más adaptable, más capaz de experimentar las modificaciones necesarias para una vida social más completa. Yo pienso que cualesquiera que sean las dificultades y tribulaciones que el porvenir les reserve, llegará un día en que los americanos habrán producido una civilización más completa que todas las que han existido hasta la fecha.

(HERBERT SPENCER.)

El pueblo americano tiene la suerte de ser esencialmente inglés. Yo espero que será eternamente reconocedor de este supremo bien. En la aserción del historiador de la conquista normanda, dice que la principal diferencia entre el bretón y el americano es la de que el primero no ha atravesado más que un oceano y el segundo ha cruzado dos, en lo cual hay algo más que palabras; hay una verdad perfectamente demostrable. Hace dos siglos y medio la población americana era inglesa, con un ligero contingente de franceses y holandeses. En 1776, cuando las colonias revelaron al mundo esta gran novedad de que «todos los hombres nacen libres» y que fundarían una república independiente, sin rey, ni aristocracia, ni ninguno de los males políticos del pasado, su población había llegado á ser de tres millones. En 1840, ésta se había elevado, casi enteramente por aumento natural, á catorce millones de blancos. Existían entonces tres millones de esclavos de color. Esos catorce millones de blancos eran casi exclusivamente de origen inglés, como lo prueba la insignificancia de la emi-

instruído y adelantado para comprender el valor de la paz.

El que estudia los negocios de América no ve en parte alguna la obra, de otras influencias que las que concurren á una unión cada vez más estrecha. La República ha encontrado el modo de gobernar numerosas extensiones, en medio del sistema federal, ó sea «home rule», habiendo demostrado al mundo que cuanto más se desarrolla el *self government* de las partes, más fuerte es el gobierno central.

EL PUEBLO AMERICANO

La biología nos enseña que la mezcla de las diversas variedades de la raza ariana, de la que se compone la población americana, producirá un tipo de hombre superior del que ha existido hasta ahora, un tipo más plástico, más adaptable, más capaz de experimentar las modificaciones necesarias para una vida social más completa. Yo pienso que cualesquiera que sean las dificultades y tribulaciones que el porvenir les reserve, llegará un día en que los americanos habrán producido una civilización más completa que todas las que han existido hasta la fecha.

(HERBERT SPENCER.)

El pueblo americano tiene la suerte de ser esencialmente inglés. Yo espero que será eternamente reconocedor de este supremo bien. En la aserción del historiador de la conquista normanda, dice que la principal diferencia entre el bretón y el americano es la de que el primero no ha atravesado más que un oceano y el segundo ha cruzado dos, en lo cual hay algo más que palabras; hay una verdad perfectamente demostrable. Hace dos siglos y medio la población americana era inglesa, con un ligero contingente de franceses y holandeses. En 1776, cuando las colonias revelaron al mundo esta gran novedad de que «todos los hombres nacen libres» y que fundarían una república independiente, sin rey, ni aristocracia, ni ninguno de los males políticos del pasado, su población había llegado á ser de tres millones. En 1840, ésta se había elevado, casi enteramente por aumento natural, á catorce millones de blancos. Existían entonces tres millones de esclavos de color. Esos catorce millones de blancos eran casi exclusivamente de origen inglés, como lo prueba la insignificancia de la emi-

gración hasta esta época. Antes de 1820, cuando se formaron las primeras estadísticas, estimábase que el número total de los inmigrantes, no excedía de 250,000, casi todos ingleses.

Entre 1820 y 1830, llegaron 144,000 y durante los diez años siguientes, 600,000, ingleses casi todos.

El éxodo de los alemanes y de otros pueblos del continente no había comenzado todavía. Esto no ocurrió hasta después del año 1840, en que la inmigración funcionaba en gran escala.

A contar, pues, de 1840, con una raza casi enteramente inglesa, vamos á buscar los *ingredientes* que han contribuido á formar de él un tipo diferente del inglés, pero inglés con todo y á pesar de esta diferencia.

El número total de los inmigrantes, de 1840 á 1880, fué bastante superior á nueve millones; entre ellos había un 50 por 100 que eran ingleses.

Observen bien esto: De todas las corrientes llegadas del extranjero para engrosar la población americana, la más poderosa procede de las islas británicas. ¡Madre gloriosa! Alimentaba á su hijo con la sangre de sus venas.

La situación puede plantearse en números redondos (1) en las siguientes cifras.

De origen casi puramente inglés, en 1840.	14.196.000
Aumento á razón de un 3 por 100 anual hasta 1880.	11.850.000
Inmigración inglesa desde 1840 á 1880 con un aumento natural evaluado en un 3 por 100 anual, hasta 1880.	9.175.000
Inmigración no inglesa de 1840 á 1880, con un aumento del 3 por 100 también anual.	7.506.000
	<hr/>
	42.727.000

(1) Estas cifras están sacadas contando el número de personas nacidas en el país, y los inmigrantes de cada año, á contar desde 1840, y añadiendo el 50 por 100, que es el tipo aproximadamente del aumento. El número de los nacimientos y de los inmigrantes llegados al año siguiente, aumento en el 3 por 100 y así, de este modo hasta 1880. Las cifras han sido cuidadosamente comprobadas y se supone que por este medio, se ha llegado á la verdad, ya que el censo de 1880, da 43.475.000 de blancos ó sea algo más del 3 por 100 anual.

Así el americano de hoy es inglés en sus cuatro quintas partes. La otra quinta parte es, sobre todo, alemana. Más de tres millones de estos ciudadanos instruidos, económicos, respetuosos de las leyes, llegaron de 1840 á 1880, casi en tan gran número como los irlandeses. La inmigración de los demás países, es decir los que no son de Inglaterra y Alemania, apenas si merece ser tenida en cuenta. Durante los cuarenta años de que acabo de hablar, el número total de los inmigrantes fué de algo más de un millón. Francia, Suecia y Noruega proporcionaron cada una trescientos mil.

Pero esta sangre no inglesa jugó en la formación del carácter nacional un papel hasta inferior á su influencia proporcional, sobre todo en la fase política, ya que la lengua, las leyes y las instituciones fueron inglesas. Ha de reconocerse no obstante que la ligera mezcla de estas clases extranjeras, es una ventaja muy real para la formación de la nueva raza, ya que la raza inglesa misma ha mejorado con este ligero cruce.

Dénme una base inglesa, al comedor de *roastbeef*, al pesado — ó si se quiere — al estúpido espíritu del filisteo, que era la aversión de Mathieu Arnold, apenas sensible al cariño y á la luz de la vida, lento como un elefante, duro como un rinoceronte, tozudo como una mula, pero dotado de buena voluntad y, sobre todo franco. ¡Qué extraña combinación la del león y el cordero, propia para este insular, salvaje y sentimental á la vez! — «Que día más hermoso, si pudiéramos matar algo», grita el salvaje. Esa es su preocupación diaria y su práctica diaria también. Hasta el inglés más instruido (salvo raras excepciones del tipo Spéncer, Balfour y Arnold) no ha podido sustraerse todavía á sus diversiones de tirotear pichones y pajarillos, «por el placer de la cosa». Y no obstante, su héroe típico muriendo sobre el huerto del *Victoria* murmura: «Ábrázame Hardy», tan dulcemente como una mujer y pasa á

la mansión de los héroes con un beso del héroe en los labios. Y el antípoda de Nelson; el enorme Jak Folstafp, para demostrar hasta qué punto se tocan los extremos, ¡cómo nos abandona! Todos esos hombres tienen una sensibilidad muy real. Su carácter distinto es *por excelencia*, aquel de quien la ausencia nos hace decir de una raza ó de un hombre: «Movable como el agua, serás una mediana». El inglés es estable. Hace lo que se propone ó muere en su empeño. Su particularidad es la concentración. Adelanta lentamente, pero, como una rueda de engranaje, conserva cada pulgada que gana. Jamás retrocede, nunca tuerce su camino. John Bull va por derecho. No es amigo de bordear la montaña, ni aun cuando sea este el camino más cómodo; aquél la atraviesa. Un cazador atacado por un oso había encontrado una seguridad temporal cogiéndolo por la cola y dando vueltas con él; es decir: coleándolo. Entre tanto pidió auxilio á un compañero para que «de ayudara á soltar» á aquel animal tan afectuoso. Con este dato nos basta para reconocer que dicho hombre no era un inglés, ya que jamás se le ocurre á un verdadero inglés, la idea de soltar algo, si no se vé obligado á ello. Habría luchado con el oso hasta el fin «obligado como estaba á seguir la lucha, en tales condiciones, aunque hubiera tenido aquélla que durar todo el verano», como decía el general Grant.

La sangre escocesa corría por las venas de este hombre tenaz, dueño de sí mismo y sereno, que no quería ceder jamás, seguro de obtener la victoria final, porque sabía no podría, si quería, sustraerse á la tarea que había emprendido. Toda retirada era contraria á su manera de ser. Este carácter dominante de la raza inglesa brilla en Lincoln, el genio político más grande que se ha conocido en nuestra era. El más grande, ya se le juzgue por sus cualidades morales, ya por los resultados materiales, de su administración. El mismo Bismarck, en su organización

de Alemania, hallóse enfrente de fuerzas infinitamente menos importantes que las que hubo de dirigir Lincoln. Bismarck no llegó á alcanzar el mayor grado de éxito político, ya que no fundió en un todo homogéneo á las gentes que había unido. Su arma era la fuerza, su divisa ¡á sangre y fuego!

Aun en tiempo de paz no dominaba éste más que por la fuerza brutal. Lincoln, en tiempo de paz, era generoso, conciliador, bueno y clemente; en tiempo de guerra inquebrantable. Bismarck suscitaba el odio de las masas. Lincoln se ganaba el querer de éstas. El uno era un rudo conquistador; el otro era el guía de las más altas y de las mejores aspiraciones de su pueblo: Para el monárquico Bismarck, «el derecho era la fuerza». Para el republicano Lincoln «la fuerza, estaba en el derecho». Tal es la diferencia que los separa. Por eso el nombre del uno será efímero y el del otro inmortal.

El Americano ha tenido la probabilidad, de hallar en el Alemán, Francés y las demás razas que han contribuído á formarlos, los elementos que le faltaban á su naturaleza para convertirse en más dulce que su original «Bretón». A esta ligera mezcla de sangre extranjera, y al efecto estimulante de un clima más vivo, (tan estimulante que un inglés amigo mío decía que, la temperancia no es en los americanos una virtud, ya que respiran «champagne») al juego más activo de las fuerzas en un país que goza de instituciones políticas que dan todo su valor á los hombres, hay que atribuir la facultad observada en el americano por Mathieu Arnold, de pensar más justo, de ver más claro, y de observar más rápidamente que el inglés. El signo característico del americano, es la lógica. Busca el fondo de las cosas y va derecho á la conclusión. Desea que cada cosa esté trazada con regla y á compás, que sus instituciones políticas sean «bellas en todo», no

comportando ni ventajas ni desventajas, sino la igualdad para todos.

La tolerancia, entre los ingleses, es verdaderamente admirable. Un jefe radical ó un jefe tory-demócrata se sientan á la misma mesa, y aun quizás algún día se encuentren, en el mismo gabinete. Los americanos tienen tolerancia todavía más grande. La política no los divide jamás. Una vez cada cuatro años, se acaloran y toman partido. Las muchedumbres combaten por sus ideas. Imagináriase un extranjero que de estas luchas no podría salir más que la nota de violencia, cualquiera que fuese el vencedor. La mañana siguiente al día de la elección, los adversarios, se codean placenteramente.

Toda la agitación vuelve á calmarse como se calma el mar en verano. El americano combate á los rebeldes cada cuatro años, y tan pronto como aquéllos han depuesto las armas los invita á sus banquetes. Nunca sacrifica una vida á su venganza. Jefferson Davis, antiguo alumno de la Academia Militar Nacional, que hizo traición á su país, fué autorizado para arrastrar sus tristes días en un olvido y aislamiento merecidos. Ni una sola gota de sangre de martir, excitó la irritación del indócil Sur, ni engendró el espíritu de venganza. «Daremos á la humanidad — dice el secretario Seward — un ejemplo de magnanimidad tal, que no se haya visto nunca.» No había tras él, una monarquía, una aristocracia, ó una clase militar que reclamara sacrificios por desagradar á *Su Magestad* ofendida, sino una democracia cuyos instintos generosos reclamaban el perdón.

El americano no guarda jamás resentimiento; está siempre dispuesto, no tan sólo á perdonar sino á olvidar. Nuestro humorista observa con razón que, «el hombre que perdona, pero que no olvida, busca desquitarse de su deuda con el Señor con un descuento de cincuenta centavos por dollar.» Jonathan paga el dollar por entero.

El amor á la música, muy extendido generalmente en América, ha sido importado por el elemento alemán y continental. En el alemán, además de la flema de Bretón, hay una parte «sensible á las cosas bellas». Ama la música, es actualmente sociable, y no está nunca mejor que en el seno de la familia.

Sobre todo es instruido y está dotado de excelentes costumbres; es paciente, industrioso, pacífico y respetuoso de las leyes. Otra característica importante de esta raza es la afición con que ha adoptado las ideas americanas. La mayoría de los alemanes habían realizado ese cambio antes de embarcarse. Aman á su país natal, pero detestan sus instituciones. El yugo del príncipe Bismark ni es ligero ni cómodo de reportar. El servicio obligatorio para todos, el impuesto de sangre de los monárquicos, está hecho para dar que pensar á lo más selecto de los hombres enérgicos y vigorosos sobre la situación política. ¡Oh, América! con la igualdad de tus leyes, de tus privilegios, y la aureola de paz que rodea tu frente ¡cuán hermosa y cautivadora pareces á las masas oprimidas de Europa! ¡Qué tentación les ofreces aún á los hombres más patriotas de abandonar su propio país para tener parte en una herencia tan bella! El emigrante puede no prosperar en el nuevo país ó prosperar al modo del irlandés, á quien preguntándole un amigo suyo si la República era un país bueno para el hombre pobre contestaba: «Ya lo creo que sí. Mírame á mí; cuando llegué aquí no tenía ni camisa ahora las tengo á docenas».

Algunos de los recién llegados fracasan; muchos habrían hecho mejor carrera en el país que abandonaron. América no conviene más que á las gentes escogidas. Es una colmena en que no hay sitio para los zánganos.

La República no da siempre la riqueza ó la dicha. Tampoco las ha prometido aquélla. La declaración de los Derechos del hombre reivindica para el ciudadano el dere

cho de obstar á sus ventajas y no el derecho de gozarlas. Pero si la República no da al emigrante la dicha y la prosperidad, hace de él un *ciudadano*; es decir: un *hombre*.

El francés no es más que un emigrante. Es un gran honor para América el haberse atraído trescientos mil de esos galos sedentarios. Este número es tan pequeño que la influencia francesa sobre el carácter nacional es insignificante. Los franceses son los cocineros y los Epicuros del mundo. América les es deudora de buena cocina y de los «Del monicos», restaurants franceses que se encuentran en las principales poblaciones. Antaño nuestros cocineros no eran franceses.

Todavía hoy, en el oeste de Chicago, la cocina es detestable. Gracias á los franceses mejorará aquélla rápidamente.

Jamás ha proporcionado la naturaleza á nación alguna una variedad tan grande de comida; pero tampoco ha tenido nunca país alguno cocina tan mala.

En cuanto al traje femenino, (los pocos gomosos del sexo masculino adoptan las modas inglesas) debemos mucho á la influencia francesa. Todos mis amigos de Inglaterra estiman que la mujer americana se viste infinitamente mejor que su hermana la inglesa. El honor de este halagüeño veredicto corresponde á Francia. Ninguna otra raza que la francesa y la alemana (esta última comprende á los suecos y á los noruegos, que son también teutones) se ha instalado entre nosotros, en número suficiente, para ejercer la más ligera influencia sobre nuestro carácter nacional.

Ciertos autores extranjeros han sostenido que la raza americana era incapaz de bastarse á sí misma y que su porvenir depende de la inmigración. Aquellos hombres han sido contradichos por los hechos. De los cincuenta y seis millones de americanos que viven actualmente, las

siete octavas partes ó cuarenta y nueve millones han nacido en América. Un octavo tan solo ó siete millones han visto la luz en país extranjero. La población de color es con corta diferencia igual á esta última. He aquí según el censo, el aumento de la población americana; de 1850 á 1860, 32'33 por ciento; de 1870 á 1880, 31'25 por ciento. En ningún país de Europa se aproxima el aumento á dichas cifras, que son, poco más ó menos, las cifras promedias para la población americana entera, indígena ó extranjera.

¿No es ésta una excelente prueba de que el americano nacido en América es tan prolífico como el extranjero nacido en América, y que ambos son más prolíficos que los habitantes de cualquier otro país extranjero? A pesar del número enorme de emigrantes que anualmente des embarcan en el país, los nacimientos son siete ú ocho veces más numerosos que los arribos de los extranjeros. Y yo agregó que, como ya hemos visto, más de la mitad de los recién llegados son ingleses; de manera que los americanos, bajo el punto de vista de su origen, van siendo cada vez más ingleses. Por lo demás, la emigración extranjera, anual, tiene para América una importancia inestimable. Durante los diez años transcurridos de 1870 á 1880, el número de inmigrantes ha sido en promedio de 280,000 por año. En 1882 cerca de tres veces más (789,000). El sesenta por ciento (473,400) de esta masa se componía de adultos, cuya edad oscilaba entre quince y cuarenta años. Los adultos valían 1,500 dollars cada uno; tal era en otro tiempo el valor de un buen esclavo. Esto suponía una suma de 710,000,000 de dollars á la que se pueden añadir, con toda seguridad 1,000 dollars por cabeza, ó 315,000,000 para los últimos, cuarenta por ciento del total de los emigrantes. Además calculase que cada inmigrante aporta, en promedio, 125 dollars. Partiendo de esta base el valor del dinero traído por los inmigrantes, en 1882, excedió de 1,125,000,000 de dollars. En verdad, el año 1882,

fué excepcional; pero el promedio del aumento anual de la riqueza de la República, por efecto de los inmigrantes, es hoy doble que el producto total de todas las minas de oro y plata del mundo entero. Si los propietarios de estas minas se vieran obligados á enviar al tesoro de Washington, cada onza del precioso metal, producido á sus costas, no se aumentaría la riqueza en la mitad de lo que se aumenta con la inmigración.

El valor de estos invasores pacíficos no radica todo en el número ni en la riqueza que aportan. Para llegar á hacer una evaluación justa hay también que tener en cuenta la superioridad de carácter de los que emigran. Así como los hombres que fundaron la República Americana eran fanáticos si se quiere — hombres que tenían intelectual, moral y políticamente ideas adelantadas; hombres á quienes Europa había repudiado como peligrosos — así la mayor parte de los inmigrantes de hoy son hombres que abandonan su país porque están descontentos de su situación, y que vienen á buscar entre nosotros, en un nuevo ambiente, la ocasión de prosperar que no encuentran en su patria. Los ancianos y los indigentes, los perezosos y los satisfechos no afrontan los peligros de una mar tempestuosa, arrastrando en su casa una vida impotente. El hombre que emigra es un hombre inteligente, enérgico, ambicioso, descontento; un sectario, un refugiado, un perseguido, un enemigo del despotismo, que tiene sed de libertad y que para hallarla, no vacila en abandonar su casa y en encaminarse á la hospitalaria América.

Las clases directoras del Nuevo Mundo conocen bien el valor de los hombres que emigran y no olvidan nada para prevenir su éxodo.

No es que aquéllas teman que se produzca un vacío en la población, ya que está demostrado de una manera concluyente, que la emigración no paraliza el movimiento

de la población, siempre que, por supuesto, las salidas no excedan á la fecundidad natural de la raza humana. Su temor proviene de que saben, de un modo cierto, que tales salidas representan lo selecto de la población. Afortunadamente para América, los esfuerzos hechos para contenerlas no han tenido más que insignificantes resultados.

La corriente no interrumpida de bretones, de teutones y de latinos agrándase de año en año. En tanto que América ofrezca al mundo el espectáculo de un país que posee un gobierno fuerte, aunque libre, donde impera el orden social; donde los impuestos se hallan reducidos á su *minimum*; donde todos los hombres tienen derecho á la instrucción; donde el trabajo y el espíritu de empresa reciben más altas recompensas que en otro país cualquiera; donde la igualdad de los derechos políticos se halla garantida, en tanto que esto subsista, la flor de los trabajadores acudiré allí. Con el tiempo una parte del mundo podrá dirigirse hacia otros países que les ofrezcan ventajas políticas y materiales, pero los Estados Unidos conservarán la ventaja de haber recibido esa corriente durante más de medio siglo y es sabido que los emigrantes tienen predisposición á seguir el camino trazado por los que le precedieron. Los emigrantes ya instalados atraen á sus amigos, á sus parientes, y con frecuencia les proporcionan los medios de atravesar el Océano.

El emigrante, además de la ambición, de la energía y de la actividad, posee la fuerza y la salud.

El cojo, el sordo y el ciego no se hallan inclinados á abandonar sus domicilios de Europa, y es raro que un hombre atacado de enfermedad inveterada, vaya á buscar su tumba á un país extranjero. Este estado de cosas, que no ha cesado de existir desde los primeros emigrantes ha tenido por resultado, el de asegurar á América unaraza de hombres casi enteramente sin defectos físicos. Las estadís-

ticas demuestran que la proporción de los ciegos, de los sordos y de los mudos, es la mitad que en Europa.

Para comprender cómo puede observar América los emigrantes que le llegan á diario y también el gran aumento natural de sus habitantes, hay que recurrir á una comparación.

Bélgica tiene 482 habitantes por kilómetro cuadrado, Inglaterra 290; los Estados Unidos, á excepción del Alaska tiene menos de 14. En los diez años que van de 1870 á 1880, se agregaron á la población americana once millones de habitantes. Pues este aumento, no añade más que tres personas á cada milla cuadrada. Si América prosigue doblando su población cada treinta años, en vez de cada veinticinco, como lo ha realizado hasta el día, transcurrirán todavía setenta años antes de que alcance la densidad de Europa. La población se elevaría entonces á 290 millones de habitantes. Si aquella alcanzaba algún día la densidad de Inglaterra, contaría con más de mil millones de americanos, ya que á la hora presente, cada inglés posee dos acres de terreno y cada americano 44 acres.

Estas suposiciones no son tan sólo posibilidades. Los progresos hechos desde 1880 en la colonización de nuevas regiones, excede á todos los resultados de los períodos precedentes. Son verdaderamente maravillosos, y los que los ven, apenas si saben darse cuenta de la extensión de los mismos. Examinemos el gran Nosth-Wert. Hace diez años apenas, no era conocido más que como una llanura estéril y helada, salvaje, inhospitalaria, casi inhabitable. El ferrocarril la ha transformado, como por encanto de varita mágica. El Minnesota tiene más de un millón de habitantes. La población del Dakota ha cuadruplicado en cinco años, siendo en la actualidad de medio millón. Las poblaciones surgen allí con una rapidez fantástica. La cosecha de cereales, el año último fué de 30 millones de bushels, dos veces igual á la cosecha de Egipto.

En Inglaterra apenas si conocemos el Montana. El año último, en doce meses, su población pasó de 85,000 á 110,000; su rendimiento en ganado de 475,000 á 850,000, y su producción de minerales de menos de 10 millones de dollars á más de 23 millones. Los bienes sometidos á impuestos están calculados en 50 millones de dollars. Los Estados de Wyoming, de Idaho, de Washington y del Oregon se desarrollan casi tan rápidamente también. Otras partes del Oeste han marchado á un paso más rápido también. La población reunida de siete estados tributarios de Kansas City, ha pasado en un año (de 1879 á 1880), de menos de 5 millones y medio á más de 7 millones. Desde 1880, el valor del ganado vacuno en las mismas regiones ha pasado de 9 millones de dollars á 14 millones y medio; la de los carneros de 6 millones de dollars á 9 millones y medio. Con tales aumentos, el desierto occidental conviértese rápidamente en una cosa del pasado, y dentro de algunos años, tendrá una población más densa.

Las cifras son bastante insuficientes para dar á comprender ciertas grandes verdades. Comparad la superficie del Texas á las de otros Estados americanos y países extranjeros. La mayor parte de éstos ¡cuán mezquinos resultan al lado del majestuoso Texas! Y eso que Texas no es más que una de las cuarenta y seis divisiones territoriales de la República. Examinad el Montenegro que, en ocasiones diversas ha puesto en conmoción á Europa, y ha hecho verter tanta sangre. Sobre el mapa de Texas resultaría ser aquel tan grande como una mosca. Les ruego se fijen también en que el Reino Unido, todo entero, podría caber en este simple Estado de la Unión y aún quedaría sitio á su alrededor. Obsérvese, igualmente, que la producción de algodón del mundo entero podría ser recolectada en el solo Estado de Texas, sin perjudicar mucho á sus demás producciones. Pueden, sin exageración, suponer que, dentro de algunas docenas de años, trescientos

millones de republicanos vivirán amistosamente bajo las mismas leyes, en el gran continente americano.

Cuando se piensa en estas seductoras probabilidades, parece que los hombres de Estado del viejo mundo, en vez de consagrar toda su atención á los pequeños Estados de Europa, harían mejor mirando de cuando en cuando hacia el Oeste y en ocuparse de los hechos de sus parientes y amigos que elevaron rápidamente una potencia con la cual no puede ninguna otra rivalizar.

No hemos de olvidar á nuestros compatriotas de origen africano, cuyo número, como hemos dicho, iguala al de la población extranjera entera; un octavo del total. Hace algunos años eran aquéllos esclavos todavía. Fué Abraham Lincoln quien, de una plumada, transformó estos esclavos en hombres libres. Hoy disfrutan del derecho de voto, exactamente lo mismo que los demás ciudadanos. No existe privilegio del que no participen. El poeta inglés dice:

«Los esclavos no pueden vivir en Inglaterra. Desde el instante en que sus pulmones respiran nuestro aire, son aquellos libres. Al poner el pie en nuestro suelo sus cadenas se rompen.»

Los esclavos no pueden vivir tampoco en el país fundado por Inglaterra.

La Declaración de Independencia, que proclama la libertad, la igualdad de los hombres, no es ya una burla.

Cuando se concedió la libertad, de improviso, á esos pobres esclavos se temía que abusasen de la misma.

Los que les conocían mejor, los propietarios de esclavos del Sur, afirmaban que el resultado vendría á ser una pereza universal, la insurrección y la disipación; que el negro no podía trabajar más que bajo la amenaza del látigo del mayoral. Ninguna de esas sombrías predicciones se realizó; todas han salido fallidas. Hay ahora más algodón que antes. Bajo el regimen de la libertad, los recursos materiales del Sud se han acrecentado más rápidamente.

Causaron tan extraordinaria sorpresa en gran número de americanos los resultados del último censo, que pretendían aquéllos que se debían haber sufrido errores. Por si las cifras podían no ser exactas en algunos distritos se procedió á verificar su comprobación. El número de diputados de cada Estado, se señala todos los años según las cifras del nuevo censo.

Cuando se hizo el censo de 1880 todo el mundo creía que los Estados del Norte aumentarían su representación proporcional. Ahora bien; los Estados del Sud, no sólo se mantuvieron en la proporción sino que aumentaron. A los 97 representantes del Sud se les agregaron 13, y á los 195 representantes del Norte, no se les agregaron más que 18; es decir, que el aumento del Norte era la mitad menor que el del Sud. El desarrollo sin precedente de los Estados del Noroeste fué también importante para aumentar el poder legislativo de los Estados del Norte, en las mismas proporciones. Tales son los resultados de la libertad opuestos á los de la esclavitud.

Es opinión unánime, la de que los esclavos libertados adquirieron rápidamente las cualidades de los hombres libres, y administraron sus propios intereses con habilidad sorprendente. Muchos de ellos se ofrecieron inmediatamente á sus antiguos dueños, para encargarse de una parte de la plantación, como medianeros. Otros compraron terrenos. En la actualidad tienen una irreprochable conducta y son bastante más activos que antes.

Me parece que fué ayer cuando me veía obligado á oír á hombres excelentes debatir la causa de la esclavitud, tal como aun estoy condenado de vez en cuando á oír la defensa de la monarquía y de la aristocracia y sostener que era el mejor régimen para la raza negra.

Afirmase en alta voz que los negros eran dichosos con tener amos. Un juez del Ohio se hizo célebre por su defensa de la esclavitud. Pretendía aquél, que los esclavos

eran los mejores jueces de lo que les convenía y que se les debería permitir continuar en una condición que les procuraba un grado de bienestar que raramente alcanzaban los obreros del Norte. El tal juez fué súbitamente convertido á la opinión contraria tras una conversación sostenida con un negro que, procedente del Kentucky, pasó por el pueblo habitado por nuestro amigo.

Este le preguntó al fugitivo:

«— ¿Por qué te has escapado?»

»— Porque quería ser libre.

»— ¿Tú querías ser libre? Entonces es que tendrías un amo malo.

»— ¡Oh, eso no! ¡mi amo era muy bueno!

»— Tenías un trabajo demasiado penoso

»— No, no; mi trabajo era muy llevadero.

»— ¿Entonces es que acaso tu hogar era insuficiente?»

»— Tampoco; hubiera deseado que usted hubiera visto mi bonita cabaña en el Kentucky.

»— ¿Acaso no te daban bastante de comer?»

»— ¡Ah caballero! ¡no dar bastante de comer en el Kentucky! Tenía comida más que suficiente.

El juez comenzó ya á sentirse vacilante.

»— Tenías un buen amo, comida en abundancia, no demasiado trabajo, y una buena habitación. No comprendo, pues, por que te has escapado.

»— Señor juez, he dejado el sitio vacante. Puede usted ir á ocuparlo si quiere».

Al terminar esta conversación dió un billete de cinco dollars al irrazonable esclavo que había dejado el bienestar tras de sí, para convertirse en un hombre. Desde entonces, el juez fué un ardiente abolicionista y reconoció que

«La libertad, encierra mil encantos, que los esclavos, aun satisfechos, no conocieron jamás.»

La proporción del elemento negro al elemento blanco

disminuye necesariamente cada vez más. En 1790, era aquélla de 27 por ciento del total; en 1880 ya no era más que de 30. En tanto que la población blanca total del país ha pasado de diez millones y medio á cuarenta y tres millones y medio, en medio siglo, el número de los negros se ha elevado tan sólo de dos millones y cuarto á seis millones y medio. Este decrecimiento continuo depende de dos causas. Por de pronto, la raza de color no recibe emigrantes; su aumento descansa por entero sobre los nacimientos. Además está probado que, aún cuando el número de sus nacimientos sea más grande que el de los blancos, se halla también compensado por la mortalidad. El aumento de los negros, de 1860 á 1880, no ha sido más que de 48 por ciento contra un aumento de 61 por ciento para los blancos.

Es demasiado pronto todavía para juzgar si, con una instrucción superior y las costumbres de previsión engendradas por la libertad, esta mortalidad excesiva se podrá reducir; pero me parece inevitable que la raza negra permanezca, desde el punto de vista numérico, cada vez más alejada de la blanca. No es de esperar que el clima más caluroso del Sur, en que viven los negros, produzca una raza tan vigorosa como los Estados fríos del Norte.

La república se halla constituida por una raza de origen esencialmente inglés, pero que se transforma de día en día en americana gracias á los nacimientos; los elementos extranjeros son insignificantes, y están destinados á tener pronto, con relación á los americanos nacidos en el país, una importancia tan poco considerable, como la que tienen los habitantes de Inglaterra, nacidos en el extranjero, con relación á los ingleses nacidos en el país.

La República de América, por su sangre y su naturaleza, es, pues, un verdadero «Inglés» un «pedazo de la vieja piedra» una nueva edición de la obra original corregida y aumentada como lo son todas las ediciones.

CIUDADES Y VILLAS

América no es una excepción de la regla, según la cual, en los países civilizados la población se encamina hacia los grandes centros. Podíase esperar que el inmenso desarrollo de su agricultura contendría tal movimiento y retendría á sus habitantes en los distritos rurales; pero no fué así á pesar de las ventajas ofrecidas por la vida rural dada la fertilidad de las tierras. Las poblaciones, durante la primera mitad del siglo XIX, se han desarrollado mucho más deprisa que las campiñas. La vida de calma y monotonía que se hace en el campo, parecíale insoponible al hombre joven cuyas facultades intelectuales víéronse despertadas por la instrucción. El espíritu activo buscó el contacto de otros espíritus activos y los placeres de las ciudades. Sin duda alguna la mayor parte de los hombres ha sido nacida y criada en el campo; pero son muy pocos los que al llegar á los veinte años se han quedado allí. El campo conviene á los extremos de la vida: al niño, cuyo cuerpo tiene necesidad de fortificarse, y al anciano que se retira de la lucha:

Para reflexionar, en la calma,
sobre lo que ha visto, oído y hecho.

En 1830, sólo el seis y medio por ciento de la población vivía en las ciudades de 8,000 y más habitantes; en 1880, la proporción se había elevado al veintiuno por ciento,

y en la actualidad, una persona por cada cuatro, reside en poblaciones de más de 8,000 habitantes. Hace cincuenta años la proporción no era más que de uno por cada quince. Catorce personas por quince, vivían en el campo ó en los pueblos pequeños.

Este cambio prodigioso demuestra cómo ha pasado la República, de las ocupaciones pastoriles de su primera etapa, á las ocupaciones variadas de un estado de civilización avanzada. Hoy la nación forma un todo completo; hállase preparada para una acción independiente. Su genio inventivo puede abrirse paso libre entre los millares de trabajos, necesarios á una nación civilizada, y que necesitan el concurso de muchos hombres.

A pesar de todo, el americano no tiene que temer el desarrollo insano y anormal de las poblaciones. No es para nada necesario que siga el ejemplo de los que reclaman medidas legislativas, encaminadas á impedir el desarrollo de Londres, del que decía Colbett que era, una verruga en la mano de Inglaterra. El libre juego de las leyes económicas, arregla las cosas lo mejor posible; la población de las ciudades, en la última década (1870 á 1880) ha aumentado sobre la población de los campos, sólo un cuarto más que en la década precedente.

¡Ah! esas leyes naturales, grandes, inmutables y tan sabias, con qué perfección obran cuando los legisladores no se quieren ocupar de ello. Pero no es preciso que aquellos intervengan. Un día en Europa, quisieron aquéllos establecer el equilibrio de las potencias, proclamando la independencia de territorios débiles y pequeños; una tarea imposible, porque los Estados pequeños han de fundirse en los grandes. Las leyes de la gravitación política, son tan absolutas como las de la gravitación física.

Si la campaña sostiene tan ventajosamente la concurrencia de las ciudades durante la última década, esto obedece, en parte, á los enormes provechos obtenidos por la pobla-

ción rural, gracias al perfeccionamiento de los métodos agrícolas.

La depresión general de la industria, pone también un freno á la emigración hacia las ciudades y obliga á la gente á permanecer en el campo. El pánico comercial de 1873 arrojó á centenares de miles de personas de las poblaciones demasiado pobladas del Este, hacia las llanuras desocupadas del Oeste. Sin interrupción veíanse pasar trenes llenos de emigrantes americanos que iban al Oeste para convertirse en agricultores. Con la vuelta á las condiciones normales, es de esperar que lleguen á las ciudades más habitantes de los que convendría.

En América, los períodos de depresión comercial des- embarazan á las ciudades, del excedente de población que en los países más viejos viven y engruesan las filas de los miserables sin trabajo.

El consejo de Horacio Greeley: «Id al Oeste, joven» se sigue. Para completar el consejo, es necesario añadir: «Y permaneced allí». De este modo se restablece el equilibrio entre productores y consumidores procurando á ambos la prosperidad.

Si hay demasiada comida, no se saca provecho alguno de recolectar más cereales y son menos los que se hacen agricultores. Si el mercado está sobran- te de productos manufacturados, la industria no da más provechos y son menos los que se dedican á ella. Durante este tiempo la población aumenta á razón de casi dos millones por año; pronto consume aquélla el sobrante ya se trate de artículos de alimentación ya de productos manufacturados. América posee centenares de miles de acres de suelo virgen que esperan la sembradora. Como al Anteo de la fábula, le basta con tocar la tierra para que su potencia de gigante le sea devuelta. Y así será hasta que su población sea tan densa como la de Europa.

Según el doctor Swaiuson Fisher, no había en 1835

más de cinco mil blancos en todo el vasto territorio que se extiende entre el lago Michigan y el Océano Pacífico; una región tan grande como la mitad de Europa. Hoy se halla cubierta por una población agrícola, y contiene numerosas ciudades bien pobladas, entre las que figuran Chicago, Milwaukee y San Pablo, sin nombrar las poblaciones de las costas del Pacífico. A propósito del Estado de Wisconsin, que ocupa una parte de este territorio, un miembro de «Wisconsin Historical Society» escribía hace treinta años:

«Durante el verano de 1836, acampé con mi compañero á seis millas del lugar en que se eleva hoy (1856) el Capitolio. En dicha época no había á veinte millas de este punto, ni en los límites actuales de Dane County, ó sea en una extensión de doscientas cuarenta millas cuadradas, ni un solo habitante blanco.»

Dane County, que era entonces un país inhabitado, contaba en 1880 con más de 70.000 habitantes. El Wisconsin tenía más de millón y medio. En 1880, la densidad de población de ese Estado naciente superaba á la del Maine y casi igualaba á la de los Estados colonizados hacía mucho tiempo, tales como los de Georgia, Alabama y West Virginia.

Los Estados-Unidos no tenían en 1830 más que una sola población que pudiera alabarse de poseer más de un cuarto de millón de habitantes. La misma Nueva-York no tenía más que doscientos dos mil. En dicho año, únicamente catorce ciudades poseían más de doce mil habitantes. A decir verdad, hace cincuenta años la República no contaba más que con algunas villas. En 1880 ya tenía ciento setenta y seis, y al tiempo de escribir estas líneas su número excede de doscientas.

La ciudad de Nueva-York era en 1880 la única que contaba con un millón de habitantes, aunque Filadelfia pretendiese también haber alcanzado esta distinción. El

censo de 1880 atribuye á la capital del Imperio menos de 1.200.000; pero si se cuenta la población comprendida en un radio de ocho millas, desde City-Hall habría que atribuirle 2.250.000 habitantes. Brooklyn, Jersey City y otros barrios, separados de la ciudad por el río, tienen administraciones municipales separadas, pero en realidad no son más que ramificaciones del árbol central.

Nueva-York sigue después del monstruoso Londres como agitada colmena de seres humanos. Cada una de estas dos grandes agrupaciones de hombres aumenta en medio millón por década. El aumento de Nueva-York es, en cifras redondas, igual al de Londres; lo que quiere decir que aquella aumenta dos veces más deprisa. Londres ha doblado su población desde 1840; Nueva York, incluyendo sus alrededores, ha doblado la suya en la mitad de tiempo. De esta manera, si la población sigue aumentando en las proporciones actuales, Londres, en cuarenta años, habrá doblado su población una vez y Nueva-York dos. Ambas serán entonces, con poca diferencia, iguales. El año 1920 verá efectuarse una carrera entre ambas poblaciones, y las probabilidades estarán ligeramente en favor de Nueva-York. Es más fácil para esta doblar sus dos millones que para Londres doblar los cuatro de que consta. Además, la diosa *Fortuna*, fiel á las costumbres de su sexo, no dejará de ser favorable al más joven de los competidores. Ama aquélla á la juventud, y es veleta. Parece hallarse dispuesta á abandonar el objeto de sus antiguos amores, el viejo Londres ahumado, para seguir al joven, brillante y vigoroso Nueva-York. Esperemos, sin embargo, que ella escoja una actitud intermedia, que esto tampoco es incompatible con su sexo, y que siga otorgando sus favores á los dos pretendientes. Ya que Jack tiene una favorita en cada puerto, bien puede permitirse nuestra diosa tener uno en el Este y otro en el Oeste.

De las cincuenta ciudades más grandes de la Unión, de las que la menor contaba en 1880 una población de 36.000 habitantes, quince de ellas no habían nacido aún en 1830. En el emplazamiento que aquellas ocupan hallábase inmensas praderas, ó un campamento indio con un fuerte y algunas chozas hechas con troncos de árboles. Chicago es el ejemplo más famoso. Hace cincuenta años era una estación comercial, á la que los cazadores y los indios acudían para cambiar pieles por «agua de fuego» y municiones. Yo he conocido á uno de los primeros colonos de Chicago, y con frecuencia le he oído hablar del pequeño fuerte y de las barracas ó chozas diseminadas que ocupaban el emplazamiento de la población hará unos sesenta años. En 1833 estaban trazadas las calles de la ciudad proyectada, pero no se había hecho nivelación alguna. El desarrollo de este «pequeño átomo de pueblo», como un antiguo escritor la llama, fué tal que en 1846 se hacía observar que: «ocho años antes, en 1838, el terreno sobre el cual la ciudad de Chicago entera se ha elevado, se habría podido comprar por la suma pedida hoy (1846) por una fachada de seis pies en una de las calles.» La tradición habla de uno de los primeros colonos, que afirmaba haber conocido los tiempos en que él habría podido comprar «todo el sagrado pantano» por un par de zapatos viejos. Como se le preguntara por qué no lo había comprado, dió el hombre la siguiente atinada respuesta: «¡Ah, amigo mío! ¡es que no tenía los zapatos!» ¡Cuántas ocasiones nos dejamos escapar en la vida porque no tenemos los zapatos! Moral: *tengamos los zapatos*. En 1840 la población de Chicago era de 4,500 habitantes; diez años después, de 50,000; y después de otros diez años de 112,000. Actualmente pasa de 700,000. Esta magnífica ciudad es «la reina del Oeste»; es la primera del mundo en tres ramas de la industria; para la moderna

construcción, para los aprovisionamientos y — antítesis extraña, — para la fabricación de los rails de acero.

A buen seguro el mundo no ha visto jamás una reunión de tales superioridades. Las estadísticas indican que ha recibido aquella cerca de dos mil millones de pies de madera, para carpintería, y novecientos millones de tablas. Cada año recibe unos doscientos millones de «bushels» de trigo. Un aprovisionamiento, al lado del que, los famosos graneros de los antiguos Faraones resultarían una insignificancia. El año último recibió dos millones de cabezas de ganado vacuno, un millón de carneros, y cinco millones de cerdos, ó sea más de veinticinco mil animales por día. Cada día del año entra en Chicago, incluso sábados y domingos, una procesión de víctimas, que colocándola de diez en fondo ocuparían una extensión de dos millas y media. El ganado vacuno y el de cerda, en su mayor parte, es transformado en conservas antes de salir de Chicago. El año 1880 fué un año excepcionalmente bueno para los *locineros* pero malo para los cerdos. Cinco millones setecientos cincuenta mil perecieron nada más que en Chicago; un promedio de diez y nueve mil por día.

El lugar más á propósito para que un cerdo muera, es evidentemente Chicago; ya que á cada minuto del día y de la noche, durante todo el año, treinta de ellos mueren por el hombre en este lugar de degollina.

Además Chicago posee tres fábricas de railes de acero en su recinto y cuatro en un radio de treinta millas. Su producción anual reunida es de 900.000 toneladas. Esto bastaría para colocar una ligera faja de acero alrededor de la Tierra. Probablemente el año próximo se fabricará en Chicago la mitad de la producción de la Gran Bretaña en railes.

San Francisco es otro «champignon». En 1844 cincuenta colonos se hallaban instalados en las cabañas de

madera, levantadas en las tierras estériles de las costas del Pacífico. Algunos pescadores de ballenas y traficantes del Nordeste, se detenían, de cuando en cuando y cambiaban los víveres y los vestidos por grasa, pieles y cuernos. La ciudad en embrión agrandóse poco á poco, y en 1847, algunos trozos de terreno de la costa se vendieron á precios que oscilaban entre 10 y 20 libras esterlinas. Seis años después, el alza del valor de los terrenos fué tan rápida, que trozos bien inferiores á aquellos subieron de 1.600 á 3.200 libras esterlinas; y en catorce años, de 20 á 20.000 libras. Cuatro manzanas pequeñas para edificar produjeron 240.000 libras esterlinas, ó sea 60.000 libras por lote. Esto ocurría en los deliciosos días descritos por el coronel Mulberry Sellers, en que no había más que dividir el emplazamiento de una población en lotes, del que cada cual era un «corner lot». Treinta y siete años bastaron para transformar el campamento de cincuenta personas en una magnífica ciudad de doscientos cincuenta mil habitantes. El tráfico de algunas pieles se había convertido en comercio que pasaba de 20.000.000 de libras esterlinas anualmente.

Jersey-City, en frente de Nueva-York, proporciona otro ejemplo del rápido desarrollo de una población. En 1840, la población era tan sólo de 3.072 habitantes; en 1880, alcanzaba al número de 120.722. Pero, Brooklyn, situada al otro lado del puerto de Nueva-York, es la que ha superado á todas las ciudades, excepto á Chicago. En 1830 tenía aquella 12.000 habitantes, en 1880 contaba con 566.000. El desarrollo de Cleveland, en el Ohio, ha sido también muy rápido. En 1830, no tenía más que 1.000 habitantes; hoy cuenta con 160.000. Las más hermosas calles de palacios, se hallan en esta población. Después de haber visto todo lo que en el mundo se puede ver sobre este particular, declaro que «Enclide and Prospect Avenues», en Cleveland, la ciudad de los lagos,

son las más grandiosas y las más bellas. «Prospect Avenue» en Milwaukee y «Delaware Avenue» en Buffalo, aunque más pequeñas son también muy hermosas. Pueden aspirar al segundo ó tercer lugar. La villa de Milwaukee, cuya población actual es de 125.000 habitantes, se componía, en 1834, de dos chozas de madera. En 1835, se trazó la población y al año siguiente contaba con doscientos habitantes. En esta época, los únicos caminos que conducían á la población eran algunos senderos indios. Pero aun en edad tan corta, ya había dado Milwaukee pruebas del espíritu emprendedor por el que no ha cesado de distinguirse. En 1840, la población no contaba más que con una casa de ladrillo; una pequeña casita de un piso. No habría en toda la ciudad más que siete almacenes. Durante los diez años siguientes la población pasó de 1.712 á 20.671 habitantes. En 1841, comenzaron las expediciones de cereales; un comercio que después ha alcanzado un enorme desarrollo: dicho año se exportaron cuatro mil *bushels* de trigo—el primero que se exportó del Wisconsin;—pero el material empleado era tan imperfecto que se necesitaban tres días para poner á bordo de un buque tan pequeño cargamento. El comercio que principió de ese modo se desarrolló en un abrir y cerrar de ojos. Tres años más tarde, M. Hibgy, un comerciante de los primeros días, importó de Sheboygan, un almacén para cereales. El carácter de esta construcción está indicado por el hecho de que fué en seguida adquirida por otras varias plazas. La cantidad de cereales recibida por dicho señor allí, en Milwaukee, para ser embarcada, no igualó á la cantidad recibida en un solo día, quince años después, ni á la recibida hoy en una hora. Milwaukee recibe alrededor de cuarenta millones de *bushels* al año. Este grano es retirado de los vagones y de los buques, transportado á lo alto de los elevadores pesado y colocado así en sacos y cajas á razón de siete

bushels por hora, sin trabajo manual alguno. Las máquinas automáticas son los gigantes que realizan esa labor.

En Milwaukee reside un hombre tan completamente identificado con el maravilloso desarrollo de esta población, que se piensa en él cada vez que se trata de aquella. Es un escocés, Alexandre Mitchell, que desde muy joven salió de Aberdeen, hará unos cincuenta años. Goza de una distinción de la que puede estar orgulloso, y de la que no será desposeído jamás. En efecto, pareceme imposible que en la historia del mundo, el desarrollo de los recursos materiales, de cualquier clase que sean, puedan jamás igualarse al de los ferrocarriles americanos. Alexandre Mitchell ha construido más millas de camino de hierro, que ha construido ni construirá ningún otro hombre. Debutó en Milwaukee como director del «Milwaukee et Saint-Paul Railway», cargo que desempeña todavía. Apenas si es necesario añadir que el susodicho Mitchell ha conservado para sí una importante parte de esa gigantesca fortuna. ¿No he dicho ya que dicho señor era escocés? Cuando llegamos á Chicago con nuestros huéspedes escoceses, hace de esto dos años, nos hallamos con un wagon especial—hotel infinitamente más magnífico que cualquier otro coche-salón— á nuestras órdenes. El conductor tenía encargo de ir donde nosotros quisiéramos, de pararse y volver á andar cuando se lo dijéramos y de conducir nuevamente el carruaje, á Milwaukee cuando ya no lo necesitáramos. Pasamos días en dicho carruaje. Visitamos San Pablo, en el Norte, y Davenport, en el Oeste, sin atravesar una milla de ferrocarril que ese hijo de Escocia no hubiese construido, y del que no fuera dueño absoluto. «Scotland for ever». M. Mitchell forma parte de la docena de hombres más ricos del mundo—lo que es un honor para Aberdeen, para Escocia, su patria nativa, y para América, su patria adoptiva. Dicho

señor es un *gran* republicano, tan sólido como el granito de Aberdeen. No reconoce ni familia real, ni jefes hereditarios. No es hombre del que se pueda hacer el «deal súbdito» de otro hombre. Se considera como igual á cualquier monarca. Y goza de la estimación general.

El Estado contiguo de Minnesota contenía en 1880, alrededor de 800.000 habitantes, de los que 88.000 residían en la capital de San Pablo, y su hermana gemela, Minneapolis. En 1885, la población del Estado habíase elevado á 1.100.000 habitantes, ó sea un aumento del cuarenta y tres por ciento, en cinco años. Pero lo más maravilloso es el desarrollo de la ciudad de Minneapolis en el espacio de cinco años. En 1880 su población era de 47.000 habitantes y en 1885 de 130.000; es decir, que aumentó en 176 por 100. San Pablo pasó de 41.000 á 111.000, ó sea un aumento de 168 por ciento. En 1848, esta región no era más que un desierto; el territorio entero, (cerca de dos veces la dimensión del Estado actual), no tenía más que 3.000 habitantes. En 1842 y en el lugar donde se hallaba emplazado San Pablo, no existía más que un factoría, en torno del cual se formó una pequeña comunidad de blancos y de mestizos que traficaban con los indios y los cazadores. En 1850 la población se elevaba á 1.135 habitantes. He aquí las palabras de un escritor de este período: «San Pablo está en el desierto. Por doquiera donde alcanza la mirada, los rasgos ó trazos primitivos del país que le rodea no han variado. Los animales salvajes y los indios ocupan todavía los terrenos, sobre los que los siglos de ocupación les han dado derechos imprescriptibles.» Algunas millas más lejos se habían podido ver algunas casas agrupadas en torno de las cascadas de San Antonio. En 1848, se estableció allí una aserradora mecánica por medio de un dique que cerraba el lecho oeste del río. A medida que, al impulso del hacha del leñador, iban, cayendo los bosques, y que los

emigrantes acudían con auxilio de carretas á sacar los árboles de los mismos, establecieron factorías de harinas y Minneapolis se transformó. Detenidas en su desarrollo por la guerra de 1861 y más seriamente aun por el degüello de los Sioux en 1862, Minneapolis y San Pablo recobraron su prosperidad en 1864 y 1865. Desde entonces ambas poblaciones no han cesado de avanzar una hacia la otra á través de los bosques que las separaban. Sus barrios acabarán por juntarse para formar una ciudad de doce millas de largo, con una población de un millón de habitantes. El niño que ha de ver esto y otras muchas cosas más, ha nacido ya.

Así como hemos visto á Alexandre Mitchell dominando en Milwaukee, tampoco se puede pensar en Minneapolis sin acordarse de una familia notable: los «Washburn Brothers». Su carrera es bien americana. Ciertamente, es esta una verdadera familia! Componíase de siete hijos que todos fueron hombres notables, de los que varios se distinguieron lo bastante para figurar en la historia del país. Hubo en dicha familia un ministro de Estado, dos gobernadores, cuatro diputados, un general del Ejército y segundo jefe de la Armada. Dos sirvieron á su país como representantes en el extranjero, dos fueron legisladores del Estado y otro inspector general. Como todos ocupaban estos cargos durante la guerra civil, resultaba que había algún Washburn en casi todos los servicios del Estado. A costa y con gran detrimento de sus intereses particulares, servían aquellos donde convenía; así en el campo de batalla como donde fuera. Todos ellos abandonaron ocupaciones tranquilas para ponerse al servicio de su país.

Cumplido este deber, volvieron de nuevo á sus ocupaciones industriales. No teniendo ya su patria enemigos que vencer, consagraronse con toda su energía á alimen-

tarla. ¿No es esto convertir su espada en reja de arado y su lanza en podadera?

Que corra peligro la nación, que se presente una circunstancia que haga creer á estos hombres que serán más útiles en la vida pública que en la vida privada y una vez más se les hallará sobre el teatro de la lucha. La República cuenta con ciudadanos tales por millares. Y eso que las clases privilegiadas de Europa se esfuerzan en difundir la idea de que América carece de hombres honrados y distinguidos para dirigirla. Creedme, compatriotas míos, no hay nación alguna sobre la tierra que posea una tal riqueza de patriotismo, de hombres tan hábiles, así en la concepción cuanto en la ejecución, como la democrática República. Los hombres que se entregan á ocupaciones apacibles le constituyen una reserva dispuesta á entrar siempre en acción. Esta reserva es la que ha permitido á la República el poderse desarrollar sin interrupción. Esos hombres votan ó combaten, según se necesite y jamás esquivan el deber. Cuando la barca del Estado navega en aguas tranquilas, los que la gobiernan consagran su atención á más importantes negocios; pero cuando sopla fuerte el viento, el capitán va á ocupar su sitio en el puente. La República no se ha separado aún mucho del buen camino ni se separará jamás del mismo. Tiene demasiada ciencia á bordo, demasiadas observaciones independientes tomadas y comparadas á la plena luz del sol para que no se llegue á hacer cálculos exactos y para que no se sigan, sin desviarse, hasta llegar al puerto deseado. Vióse esta precaución al obrar de una manera esplendente, durante los cuatro años de peligros que la Unión hubo de atravesar. Cuando se tuvo necesidad de un Jefe, se le encontró en un despacho de procurador en el Illinois. Se llamó Lincoln; este fué un grande y divino jefe. En los momentos en que nuestras relaciones con el extranjero eran extrema-

damente peligrosas, y en que hasta nuestro país natal nos amenazaba, Seward se reveló ser un diplomático de primer orden. El ministro de la Guerra, que era un hombre de genio, ejerció el oficio de hombre de ley, en Pittsburgo. Desde los tiempos de Carnot, ningún hombre ha hecho la guerra como Stanton. Lo conocí bien. Era una especie de Cromwell. Iba derecho á su objeto, ya fuese este la victoria ó la muerte. Hallábase dispuesto á dar la vida por la patria, pues que ese era su deber. Cuando había necesidad de generales para dirigir al ejército, el gran Jefe vino de una tenería de Galena; el segundo jefe, del colegio en que estaba ejerciendo de profesor. Todos esos hombres ejercían ocupaciones pacíficas; se retiraban del poder pobres. Las familias de muchos de ellos fueron auxiliadas por medio de suscripciones particulares entre los amigos. La política no es más que un medio de alcanzar un fin. Cuando las leyes de un país son perfectas, cuando todos los ciudadanos son iguales, tienen estos mejor ocupación en su casa que en los establecimientos legislativos.

Hoy los mejores y los más capaces de entre los hombres de la República no pierden el tiempo en asuntos pequeños. Pero que se produzcan acontecimientos graves, y entonces veréis surgir en primera fila hombres superiores á los que se pudieran hallar en cualquier otro país.

Minneapolis es ya el mercado más grande del Oeste para el trigo; las cuatro quintas partes de ese trigo se transforman en harina antes de ser embarcadas. El año último á menudo recibía aquella en la misma semana un millón setecientos cincuenta mil *bushels*. El total de los arribos de 1884 era casi tres veces más importante que el de 1880; alcanzaba á 28 millones de *bushels*; la industria de la harinería aumenta también en proporciones prodigiosas. La quinta parte de toda la harina exportada por los Estados-Unidos se expidió directamente de Minneapo-

lis, por medio de conocimientos. Las fábricas podrían producir más de treinta mil barriles de harina por día y una de las fábricas Washburn, por sí sola, elaboró siete mil barriles de harina en un día solo. El año último se fabricaron cinco millones y cuarto de barriles, es decir, cinco veces la producción de 1876. A buen seguro que nada parecido se ha registrado en otro punto. Y eso que la molinería no es la única industria ejercida por este joven.

Tres millones de pies de madera para carpintería entraron el año último en las fábricas de aserrar, sin contar ciento treinta y seis millones de duelas y tablones. Minneapolis tiene razón para pretender ser una ciudad de mecánicos; sus manufacturas excedieron de doce millones de libras esterlinas en 1884 y su comercio, con exclusión de la harina y la madera, alcanzó casi á una suma igual. El conjunto de los arribos y de los cargamentos de Minneapolis, en 1884, daba ocupación á 246.986 wago-nes. Un estadístico local ha contado que si se formaban trenes de veinte wago-nes, se tendrían 12.347 trenes pidiendo otras tantas locomotoras para arrastrarlos; que si todas las locomotoras y wago-nes se enganchaban juntos, se tendría un tren de una longitud de mil setecientas millas; que si se formaban cuatro trenes, cada uno de ellos se extendería desde Minneapolis á Chicago; y también que la línea de wago-nes sería suficiente para circundar á Inglaterra y Escocia, y asimismo, para formar un muro que dividiera el país en su parte más extensa.

Puédese tener una idea de la enorme cantidad de harina elaborada por las fábricas de Minneapolis, calculando que un barril da doscientos cincuenta panes, lo que daría veinticinco panes para cada uno de los cincuenta y seis millones de habitantes de los Estados-Unidos. Si la harina fabricada cada año en Minneapolis se colocara en barriles, si estos se unían uno á otro coloca-

dos en fila, resultaría que formarían un pontón de Nueva York á Irlanda.

Un desarrollo fenomenal del mismo género está en vías de realizarse en otra región. En 1870, hace tan sólo quince años, exceptuando Superior y Duluth, el primero un «pequeño bohío de casas diseminadas» y el otro «trazado por la especulación en los bosques al borde del lago», no había ni una ciudad, ni una aldea, ni un bohío en el Oeste ó cerca de la línea elegida por el «Northern Pacific Railroad» en una extensión de más de mil millas. Entre lo alto del lago y los campamentos de mineros en medio de las Montañas Rocosas, en la Montana, no existía morada alguna de gentes civilizadas, á excepción de dos ó tres estaciones militares, de los puestos de indios y de algunas factorías aisladas. El norte de Minnesota era un bosque en el que nadie había penetrado si se exceptúan algunas millas de la parte de atrás del Lago Superior. A estas horas en el tendido de toda la línea del ferrocarril se levantan poblaciones florecientes.

Duluth, aun en su estado embrionario, dió pruebas de una precocidad que le valió algunas bromitas de un orador famoso. En 1884 había recibido cerca de catorce millones de *bushels*. Las fábricas de aserrar íbanse haciendo también numerosas. Tanto que en un sólo año entregaron aquellas doscientos cinco millones de pies de madera de carpintería, sin contar otros ochenta y cinco millones de duelas y tablonés. Las estadísticas demostraban que setecientos motores y seiscientos buques de vela llegaron en 1884 á Duluth. Las operaciones de banca subieron á treinta y cuatro millones de dollars al año. Duluth puede almacenar unos diez millones de *bushels*. En fin, la población de esta ciudad mágica ha pasado de 10.500 habitantes que tenía el año 1875 á 18.000 en 1884. «Se ha visto algo semejante en población alguna situada fuera de la República Triunfante».

Indianópolis con su población actual de noventa mil habitantes tiene también una historia que el más anciano habitante puede relatar, por experiencia propia. Esta historia como población comienza con la apertura del «Madison Mailway» en 1874. Antes de esta época aquello no era más que un pueblo de provincia, tan aislado que se comparaba su comercio al que suelen hacer los niños encerrados en su casa cambiándose los juguetes. La lentitud de su desarrollo, antes de instalarse el ferrocarril resalta de los siguientes hechos entresacados de la «Historia local» de Holloway. La ciudad fué trazada en 1821. Diez años más tarde, las tres cuartas partes del emplazamiento estaban aún por vender. La legislatura consiguió desembarazarse de la mayor parte de lotes adjudicándolos á un precio mínimo de diez dollars. En 1842, cuando las ventas hubieron terminado, se encontró que por todo Indianópolis no se había pagado más que 125,000 dollars. La ciudad que se vendió de este modo no era más que un bosque aquí y allá; algún claro dejaba pasar la luz del sol hasta el suelo. Para despejar las calles se propuso regalar la madera á quien quisiera cortarla. Un hombre llamado Lismund Basye, aceptó la oferta para Washington Street, esperando sacar un buen provecho de tal número de hermosos árboles. Luego púsose á reflexionar. No existían las fábricas y sin ellas los árboles no le eran de ninguna utilidad. Entonces puso dichos magníficos árboles en montón y los quemó. Esta calle, que hoy tiene ciento veinte pies de ancho, hállase formada por magníficos edificios. Un solo grupo de casas alcanza sobradamente al precio que alcanzó al principio la ciudad entera. Indianópolis puede aspirar á ser considerada como uno de los más grandes centros de ferrocarril del mundo. Catorce líneas van á parar á ella y entran y salen diariamente de la misma unos 120 trenes de pasajeros.

Kansas-City, es otro ejemplo de los aumentos fenomenales del Oeste. Hace treinta años (1855) su población era de trescientos habitantes. En quince años (1870) alcanzó aquella á 32.000, ó sea un aumento de más de cien veces. En 1880 la población había doblado, y en el momento en que escribo estas líneas tiene aquella una población de 125.000 habitantes. En 1884 entraron en Kansas-City veinticuatro millones de *bushels* de cereales, contra un millón tan sólo entrado en 1871. Alrededor de un millón doscientos cincuenta mil cerdos son convertidos en conservas — lo que viene aproximadamente á ser la cuarta parte del monstruoso rebaño de Chicago. Cada semana se embarcan mil quinientas cabezas de ganado. El comercio de ganado vivo es también muy importante, alrededor de dos millones y medio de bueyes, de cerdos, de carneros, de caballos y de mulos pasan por sus mercados, una proporción que colocando cinco animales en fila de frente, llegarían de Inverness á Londres.

Podría citar muchos otros ejemplos. Alleghany-City, un arrabal de Pittsburg, el pueblecito que tenía en 1830, 2.800 habitantes, era en 1880 una ciudad de 79.000 almas. Durante el mismo período, la población de Pittsburg ha pasado de 80.000 á 150.000 habitantes; Filadelfia, de 80.000 á 850.000; Cincinnati, de 24.000 á 250.000; Detroit, de 2.000 á 116.000; Rochester, de 15.000, en 1812, á 89.000 en 1880; Tabela, de 1.252, en 1840, á 50.000 en 1880; y Scranton, de 363, en 1840, á 46.000 en 1880.

Los capítulos siguientes nos proporcionan excelentes estados del desarrollo de estas poblaciones. El primero es debido al capitán Basil Hall, el inglés más detestado en América hace cincuenta años; el segundo al noruego Arfedson. Trátase de Columhus, en Georgia:

«Lo primero que atrajo nuestra atención fué una gran línea cortada á través de una plantación de castaños. Nuestro guía nos hizo observar que dicha vía había sido

la calle principal. Las ramas habían sido cortadas de manera que quedara un camino de cuatro pies de ancho, habiendo de trecho en trecho unos mojones que nos permitían avanzar fácilmente. Al llegar al centro, girando nuestro amigo sus ojos en torno suyo, se entusiasmó al pensar en el futuro engrandecimiento de Columhus, exclamando: «¡Hétenos en el centro de la población!» Después de recorrer el camino á través de los árboles, vimos diseminadas acá y acullá, chozas, mitad de madera, de broza, y por fin, llegamos al punto principal de casas, entre las que había bien pocas que datasen de más de dos ó tres semanas. Como ninguna de las parcelas de la población se había vendido aún, nadie estaba seguro de si el sitio en que había levantado su casa le pertenecería definitivamente. Por esta razón muchas casas se edificaron sobre ruedas bajas, semejantes á las de las cureñas de los cañones, á fin de poderlas trasladar en caso de venta del terreno. En algunos puntos de este lugar extraño surgía el bosque más espeso que nunca. Aun en las calles mejor abiertas y deslindadas había algún que otro árbol que cortar. No se había tenido aún tiempo para arrancar los troncos de los árboles derribados y algunos de estos se hallaban en el terreno mismo en que habían caído al talarlos, por lo que resultaba interrumpido el tránsito. Oíanse resonar los yunques alegremente, en tanto que en medio del bosque se veían brillar las sierras, las hachas y los martillos.»

He aquí á Columhus diez años después:

«Merecía ser ya calificada de una población floreciente. El vecindario excedía ya de dos mil habitantes. Entre ellos muchos podían pasar por ricos. El número de habitantes aumentó cada mes, y se me asegura que el comercio aumentaba en las mismas proporciones. Los carpinteros, los albañiles, los obreros de todas clases no carecían jamás de trabajo y levantaban casas con bastante

rapidez. Las calles que en 1828 no se hallaban más que trazadas, estaban en la actualidad tan llenas de carruajes, que era casi imposible atravesarlas. La calle principal que cruza la población siguiendo el curso del río, está, como todas las demás, no empedrada, pero sí tan cuajada de tiendas atestadas de géneros, tiene tal número de casas de buena construcción y se ve por la mañana una animación tan grande de cristianos é indios, que con dificultad puede creerse que sea aquella la misma población trazada en 1828. Muchas casas son de madera, otras de ladrillo, algunas á la inglesa y otras de gusto griego.»

Si comparamos los relatos precedentes sobre el nacimiento y los progresos de las poblaciones recientemente fundadas, con el lento desarrollo del viejo Boston, el contraste es sin duda muy grande. Boston se empezó á colonizar en 1630. Cincuenta años después se vió allí la primera bomba de incendios y la primera compañía de bomberos. Una población moderna organiza tales servicios en el intervalo de algunas semanas.

En 1704 apareció el *Boston Hews Letter*, primer periódico publicado en las colonias inglesas de Norte-América. Hoy se instala una máquina de imprimir casi en la primera casa de madera que se levanta, y una aldea de mineros no puede pasar sin tener su periódico. En 1710, ochenta años después de la fundación de la ciudad, se instaló una Administración de Correos; los correos eran expedidos una vez cada mes á Plymouth y al Maine y una vez cada quince días á Nueva-York. En 1786 emprendieron los ciudadanos su primera obra grande construyendo un puente sobre «Charles River».

Los nombres de las poblaciones del Nuevo Mundo son un magnífico tributo rendido á la madre patria. Así como sobre el minúsculo y encumbrado *May-Flower*, el austero Puritano, halla un sitio para cultivar con ternura la margarita de su país natal, así el ciudadano piensa

en su querida antigua patria y no cesa jamás de exclamar: «Inglaterra, yo te amo á pesar de todos tus defectos.» Y ¿por qué no? Por cada defecto tiene mil virtudes. Teniendo una nueva patria que bautizar, el inglés, con el corazón conmovido y humedecidos los ojos, con el pensamiento en el amor á su país que no acabará hasta que lance el último suspiro, evoca el objeto de su más caro afecto y denomina á dicha residencia Boston, York, Brighton, Hartford, Stratford, Glasgow, Edimburgo, Durham, Perth, Aberdeen, Dundee, Cambridge, Oxford, Cauterbury, Rochester, London, Newcastle, Manchester, Birmingham, Chester, Coventry, Plimouth ó cualquier otro nombre amado; el nombre del lugar en que en su juventud creció en las montañas alumbradas por el sol; donde oyó cantar la alondra en el cielo y el tordo en la linde del camino. Yo no sé si existe lugar del viejo país que no tenga su homónimo en el nuevo. Pittsburgo llena el nombre del gran Pitt. En un radio de algunas millas el visitante inglés puede pasearse por las calles de Soho, Birmingham y Manchester. Hace algunos años todas estas calles estaban situadas en los barrios extremos, hoy se encuentran tan encumbradas como sus homónimos. Brighton, Rochester, Newport, Middlesex, New-castle no se hallan más que á algunas millas de Pittsburg. Esta inclinación hacia los nombres de la patria es llevada todavía más lejos. El inglés, cuando viaja por América, se hospeda en una serie de hoteles que se llaman Victoria, Clarendon, Windsor, Westminster, Ahernale, etc.

Pudiera hacerse la ilusión de que se hallaba en su patria á cada momento si no fuera porque observa cuán superiores son dichos hoteles á los de su país. Así no sólo nuestros patrios lares son semejantes en la nueva y en la antigua patria, sino que nuestro amor les da los mismos nombres. El corazón del expatriado está siempre triste, cuando piensa en el único punto sobre la tierra

que puede ser su patria, en el verdadero sentido de la palabra. En estas condiciones, ¿quién hará, pues, distinción entre el país de esta patria y el país de su domicilio? ¿Cuál es el americano, digno de este nombre, que se contentará con venerar la tierra de sus padres y con decirle: «¡Que Dios te ayude!» Cuando el pueblo en la antigua patria sea soberano, como lo es en la nueva, las dos naciones no formarán más que un pueblo, y todo el resto del universo, unido, no podrá romper los lazos que las unirán. El republicano de este lado del Atlántico, tiende su mano al hermano que está en el otro lado. Estas manos se estrechan. La democracia dice á la aristocracia: «Queremos los derechos del hombre; los días de los reyes y de los pares han acabado. ¡Abajo los privilegios! Los días de la soberanía del pueblo y de la igualdad de los ciudadanos han llegado.» No puede haber llamamiento más grande que este. No hago excepción fuera de sustituir la guerra por un arbitraje pacífico en toda la superficie del globo. De todos modos, esto también se halla comprendido en el republicanismo.

En la República todos los partidos se han adherido á esta doctrina. Paciencia, compatriotas míos, paciencia. La democracia está en marcha. El reinado de las másas conduce á la paz universal. Los tronos y las familias reales y las influencias que forzosamente les rodean—la prole vil que ellos nutren—hacen veinte guerras por cada una que hace la *Democracia triunfante*.

LAS CONDICIONES DE LA VIDA

La más sorprendente de las numerosas maravillas que se encuentran en la historia de América es el rápido mejoramiento de las condiciones de vida. Hace un siglo América no era más que un desierto. Sobre una extensa faja de terreno, á lo largo del Atlántico se hallaba una población diseminada y algunos pueblos; pero fuera de este territorio, el país era tan salvaje como cuando, hace siglo y medio desembarcaron en él los primeros emigrantes. Eran raros los caminos á través de los bosques vírgenes, y los habitantes del Massachussets se hallaban tan apartados de los de Virginia como de los de su patria; pues todas las comunicaciones de las colonias entre sí se hacían por medio de la navegación costera. Después de la guerra de la Independencia, la joven nacionalidad, llena de entusiasmo y de ardor, se entregó con fe al desarrollo del país. Construyéronse caminos y canales. En 1830 ya se habían abierto 115.000 millas de caminos y 2.000 de canales; estas últimas con un coste de más de 65.000.000 de dollars. Los canales y caminos eran entonces los poderosos factores de la civilización; los mejores medios de locomoción.

A pesar de estos progresos, el país estaba muy atrasado. Cuando se compara la vida que entonces se llevaba con nuestra vida moderna, tan llena de comodidades, se pregunta uno cómo la podían soportar. Los periódicos de aquel tiempo y los libros de los viajeros no nos dan más

que puede ser su patria, en el verdadero sentido de la palabra. En estas condiciones, ¿quién hará, pues, distinción entre el país de esta patria y el país de su domicilio? ¿Cuál es el americano, digno de este nombre, que se contentará con venerar la tierra de sus padres y con decirle: «¡Que Dios te ayude!» Cuando el pueblo en la antigua patria sea soberano, como lo es en la nueva, las dos naciones no formarán más que un pueblo, y todo el resto del universo, unido, no podrá romper los lazos que las unirán. El republicano de este lado del Atlántico, tiende su mano al hermano que está en el otro lado. Estas manos se estrechan. La democracia dice á la aristocracia: «Queremos los derechos del hombre; los días de los reyes y de los pares han acabado. ¡Abajo los privilegios! Los días de la soberanía del pueblo y de la igualdad de los ciudadanos han llegado.» No puede haber llamamiento más grande que este. No hago excepción fuera de sustituir la guerra por un arbitraje pacífico en toda la superficie del globo. De todos modos, esto también se halla comprendido en el republicanismo.

En la República todos los partidos se han adherido á esta doctrina. Paciencia, compatriotas míos, paciencia. La democracia está en marcha. El reinado de las másas conduce á la paz universal. Los tronos y las familias reales y las influencias que forzosamente les rodean—la prole vil que ellos nutren—hacen veinte guerras por cada una que hace la *Democracia triunfante*.

LAS CONDICIONES DE LA VIDA

La más sorprendente de las numerosas maravillas que se encuentran en la historia de América es el rápido mejoramiento de las condiciones de vida. Hace un siglo América no era más que un desierto. Sobre una extensa faja de terreno, á lo largo del Atlántico se hallaba una población diseminada y algunos pueblos; pero fuera de este territorio, el país era tan salvaje como cuando, hace siglo y medio desembarcaron en él los primeros emigrantes. Eran raros los caminos á través de los bosques vírgenes, y los habitantes del Massachussets se hallaban tan apartados de los de Virginia como de los de su patria; pues todas las comunicaciones de las colonias entre sí se hacían por medio de la navegación costera. Después de la guerra de la Independencia, la joven nacionalidad, llena de entusiasmo y de ardor, se entregó con fe al desarrollo del país. Construyéronse caminos y canales. En 1830 ya se habían abierto 115.000 millas de caminos y 2.000 de canales; estas últimas con un coste de más de 65.000.000 de dollars. Los canales y caminos eran entonces los poderosos factores de la civilización; los mejores medios de locomoción.

A pesar de estos progresos, el país estaba muy atrasado. Cuando se compara la vida que entonces se llevaba con nuestra vida moderna, tan llena de comodidades, se pregunta uno cómo la podían soportar. Los periódicos de aquel tiempo y los libros de los viajeros no nos dan más

que una idea muy vaga de las miserias sufridas por la generación pasada. La significación completa de muchos relatos escritos hace cincuenta años, no puede ser comprendida en nuestra época de refinamiento y elegancia.

He aquí un extracto del *Nile, s Register* del 20 de Marzo de 1830:

«La contestación á una carta expedida desde Baltimore, ha empleado cuarenta y una horas para venir de Norfolk. La distancia, que es de cuatrocientas millas, ha sido franqueada por el vapor!»

El punto admirativo que termina esta información nos parecerá inocente, y hasta gracioso, á nosotros que poseemos el telégrafo, el teléfono y el sello de diez céntimos. Las dificultades para la comunicación resaltan asimismo de estas líneas del *American Quaterly Observer* de Julio de 1834.

«Un paquete de libros puede ser enviado más rápidamente de Boston á Londres que de Boston á Cincinnati. Un libro publicado en Boston ha sido reimpresso en Edimburgo antes de ser conocido en Cincinnati.»

He aquí también algunos párrafos de la *Society in América*, por Miss Martineau, escritos en 1834 y 1835:

«Las grandes poblaciones se hallan hoy, todavía, muy mal abastecidas por la gente del campo. Las provisiones son muy caras... La carne es en todo el país muy inferior á lo que será cuando un aumento de mano de obra y de los medios de transporte permitan mejorar los pastos y los medios de cuidar el ganado. La volatería, la manteca y los huevos son enviados de Vermont á Boston; pero es completamente imposible tener un pedazo de carne fresca. En Boston, en casa de una familia muy numerosa y que vive lujosamente, y en torno de cuya mesa he hallado con frecuencia gran número de invitados, no he visto nunca otra carne que jamón, hallándose en cambio bien provista de aves de diversas especies. La única carne

tierna y jugosa que he visto en el país fué un lomo de buey, en Charleston. En el Sur el viajero no halla más que carne de cerdo, bajo todas las formas posibles, y volatería.»

Miss Martineau, escribiendo de Filadelfia, hace esta otra observación:

«Todas las señoras de una capital de provincia vecina llevaban los guantes en tan mal estado que ya no cabía ni arreglarlos y otras no llevaban. Por el canal no había llegado ni un sólo par desde hacía varias semanas. En Washington quise comprar cintas para mi sombrero de paja y en toda la ciudad, en plena temporada, no pude hallar para elegir más que seis piezas de cinta. (Hoy Miss Martineau encontraría sesenta tiendas llenas de cintas).

»En todo el país, fuera de las ciudades, me ví sorprendida por el gran número de cristales rotos. Grandes fincas urbanas, magníficas por todos conceptos, tenían ventanas de aspecto lúgubre. Las personas que vivían en la proximidad de un canal recibían de la ciudad cristales de grandes dimensiones y los colocaban ellas mismas en sus ventanas; pero ¿cómo transportar vidrio por un camino hecho de troncos de árboles, de tierra y de guijarros? Los que no tenían otro medio de comunicación se habían de contentar con las ventanas que el viento y los chiquillos querían dejarles sanas.

»Aun en 1845, todos los que se hallaban alejados de la costa se encontraban en igual aislamiento. Sir Charles Lyell, visitando en dicho año Milledgeville, en Georgia, cuenta que el propietario del hotel miraba á lady Lyell como una excepción ó curiosidad porque no sabía fabricar jabón. La excelente señora le contó que los criados de la casa fabricaban casi todos los objetos de uso de la casa, incluso sus sombreros. Bastantes años después el jabón y las velas de sebo eran todavía de manufactura casera y

también la tela de los vestidos. En los distritos rurales de New-England muchas casas han conservado en un rincón del desván el huso y el telar de familia.»

Las dificultades experimentadas por los habitantes de los distritos colonizados, eran poco numerosas y de escasa importancia comparadas con las de los inmigrantes del distrito del Oeste. A propósito de estos últimos, la *De Bow's Review* escribía en 1825:

«No se ponían en camino más que después de grandes preparativos. El viaje era caro, largo y penoso. Veíanse obligados á transportar sus pesados útiles y los voluminosos instrumentos agrícolas; sus utensilios de cocina y su frágil mobiliario, en malos barquichuelos ó por pésimos caminos. Eran precisos muchos años para obtener un pequeño respiro, alguna mejora penosa ó aprovisionamientos bastantes con que ocurrir á las necesidades de la casa.»

Después de muchos esfuerzos se llegaba á vivir en condiciones que, á lo mejor, se parecían á las que pinta el siguiente diálogo:

«— A quién pertenecía el terreno que ha comprado usted?

— A Moggs.

— ¿De qué naturaleza es el suelo?

— Bogs (marisma).

— ¿Y el clima?

— Fogs (niebla).

— ¿Qué tiene usted para comer?

— Hogs (tocino).

— ¿Con qué ha construído usted su casa?

— Logs (troncos de árboles).

— ¿Tiene usted vecinos?

— Frogs (ranas).»

Esto es evidentemente una exageración burlesca; pero la suerte de muchos inmigrantes no era, á veces, más

envidiable que la del hombre que vivía en los *Bogs* que le había vendido *Moggs*. El trabajador del Oeste, alejado de todo medio de comunicación, estaba absolutamente separado del mundo. No disponía de sistema postal que le permitiese comunicarse con sus amigos del Oeste ó con el «viejo país». Los periódicos llegaban raras veces á aquellas regiones salvajes, y el que deseaba hacer una visita al vecino más inmediato, tenía que recorrer á caballo una porción de millas á través de un país abrupto é inseguro. El viajero de los ríos del Oeste encontraba á menudo á un hombre solo; á veces á una mujer que remontaba la corriente á fuerza de remos para ir á ver á un vecino que vivía veinte ó treinta millas distanciado. Las cartas destinadas á los colonos eran enviadas á la ciudad más próxima, quizá á cien millas de su destino, permaneciendo allí meses enteros, hasta que los destinatarios ó uno de sus vecinos encontraban medio de ir á recoger. El franqueo de las cartas era muy costoso. Una carta de una sola hoja era transportada á cualquier distancia que no excediera de treinta millas, por seis centavos; y esta cantidad se doblaba ó triplicaba si la carta tenía dos ó tres hojas. Para toda distancia que pasase de cuatrocientas millas, el precio era de veinticinco centavos (un chelin) por hoja; suma que tenía entonces un valor doble del que tiene hoy.

La más primitiva sencillez reinaba en los servicios municipales; esto cuando existían. El siguiente aviso colocado en la pared de una posada de pueblo, en Sandisfield, 1833, lo prueba suficientemente:

«A todas las personas que han dejado de pagar sus impuestos ó sus billetes confiados á Josiah H. Sage, recaudador, se les advierte que, á causa de hallarse enfermo dicho recaudador, los billetes están en mi casa, donde los que gusten pueden pagar los impuestos. Los que no

tengan en cuenta este aviso habrán de abonar los recargos consiguientes.»

La limpieza de las calles estaba confiada á los cerdos que circulaban en completa libertad. Sir Charles Lyell cuenta que dichos animales se paseaban en Cincinnati en piaras inmensas. En Nueva-York mismo se toleró durante mucho tiempo que anduviesen por las calles: se creía en su utilidad. No era raro ver, hace treinta y cinco años, que cualquier transeunte fuese asustado por el villano gruñido de un cerdo municipal.

Las calles de las poblaciones no estaban generalmente alumbradas por la noche; así es que en 1836, Nueva-York consumió 35,000 galones de aceite, para 299 faroles de alumbrado público, además del gas. En 1837 veíase Nueva York privada de agua potable y sana. En todos los barrios de la ciudad había numerosos pozos con bombas; pero el agua de los mismos era considerada como peligrosa é insalubre y se empleaba, sobre todo, el agua de lluvia, para lo cual la mayor parte de las casas se hallaban provistas de buenas cisternas.

En tales condiciones no es de extrañar que Nueva-York, hoy una de las poblaciones del mundo mejor provisionadas, haya experimentado varias epidemias de cólera. En 1832 se cebó de tal manera que aniquiló casi por completo la población. El consumo de agua en Nueva-York es igual al del monstruoso Londres; de tal manera, que un newyorkino consume doble cantidad de agua que un londinense.

El carácter prodigioso de los trabajos emprendidos en América se manifiesta en esta cuestión de las aguas de Nueva-York. Un subterráneo cruzado á una profundidad media de 250 pies, lo suficientemente ancho para poder transitar por él un ferro-carril de doble vía, que tiene treinta millas de largo y está destinado á llevar el agua á Nueva-York, hállase actualmente en construcción, ha-

biéndose terminado ya cinco millas. Los trabajos han de ser terminados en tres años, á contar desde el día de la firma del contrato. De modo que, dentro de poco, la provisión de agua de Nueva-York será de 400.000,000 de galones por día; es decir: cuatro veces lo que se consume actualmente en Londres. Háblase, desde hace mucho tiempo, de un proyecto de túnel entre Douvres y Calais. El túnel para las aguas de Nueva-York, que es más largo y de una anchura aproximada, se construye sin que casi se haya hablado de él.

Había otras poblaciones que también estaban mal provisionadas de agua, lo cual era un grave inconveniente, teniendo en cuenta los grandes incendios que frecuentemente destruían barrios enteros de las poblaciones de la Unión. A estos desastres contribuía también la deficiencia de las bombas de incendios empleadas entonces. Dichas bombas funcionaban tan mal, que en el informe de un incendio, en Nueva-Orleans, el *Nile's Register* de 8 de Mayo de 1830 cuenta que aún cuando el Mississippi se hallaba á cien metros, no se pudo obtener una cantidad de agua suficiente. En 1893 fué cuando se perfeccionó la bomba de vapor, y no fué, sino hasta mucho más tarde, cuando su uso se generalizó. Hoy el material de incendios en América es el más perfeccionado del mundo. Todos los barrios de la población y muchas casas tienen comunicaciones eléctricas con los retenes de bomberos. Un minuto después de haber sido anunciado un incendio por la presión de un botón eléctrico, media docena de bombas de vapor, salidas de diferentes puntos de la población, acuden al lugar del siniestro. En muchas poblaciones, esta presión del llamador eléctrico hace resonar el timbre de alarma en doce retenes á la vez. Uno de los mecanismos que funcionan descuelga los arcos de los caballos, los coloca sobre éstos y abre las puertas de la caballeriza.

En los tiempos primitivos, esta tarea se veía aumentada por la imperfección de las máquinas, y el negocio de la vida era el trabajo—el trabajo en su sentido más amplio de labor intensa é incesante.—No se tenía tiempo que consagrar á las frivolidades de la moda y como no fuera en las más antiguas poblaciones del Este, nadie se entregaba á las distracciones. A este propósito, Mme. Trollops escribía:

«Yo no he visto nunca gente que pensara tan poco en distracciones como los habitantes de Cincinnati. El billar y la baraja están prohibidos por la ley. La venta de un juego de naipes en el Ohío lleva consigo una multa de 50 dollars. No hay bailes públicos, exceptuando, según creo, seis durante las fiestas de Navidad. No hay conciertos ni siquiera banquetes.»

En vez de *nunca* probablemente habrá que leer *casi nunca*. Decir que los habitantes de Cincinnati hace cincuenta años no iban *nunca* al baile, no oían *nunca* un concierto, no comían *nunca* fuera de su casa, es seguramente exagerado; pero no cabe duda alguna en cuanto á que las diversiones mundanas fuesen raras en dicha época. Aún cuando los hechos prueban que el confort, en la época que examinamos fué muy inferior al de hoy, existía en aquellos tiempos un bienestar general, desconocido en Europa. Arfedson, un viajero sueco que visitó el país en 1832-34, relataba así sus impresiones:

«Un europeo que viaje en esta dirección—Estado de Nueva-York—no puede dejar de admirar una apariencia general de confort y de prosperidad bien imprevista. Un habitante de la Península Escandinava, acostumbrado á diferentes escenas, encántase al ver, en lugar de magníficos palacios lindantes con miserables cabañas, una hilera de hermosas casas de campo habitadas por agricultores independientes.»

Un criado sueco, recientemente llegado á América por

aquellos tiempos, observando el agradable aspecto de las casas que veía á su alrededor, dijo: «Señor, ¿quiere usted hacerme el favor de decirme dónde habitan los campesinos de este país?»

En los libros escritos acerca de la América de esta época, sorprende sobre manera á los autores la ausencia de mendigos. Sir Charles Lyell, en su «primera visita», en 1840, se pregunta «á qué conjunto de causas ha de atribuirse el éxito de la instrucción nacional» y se da él mismo, á su propia pregunta, una respuesta que debe figurar aquí:

«Por de pronto, no existen seres necesitados ó muy pobres. Esto es debido, en parte, á la gran facilidad de emigrar que tienen los que carecen de trabajo, y en parte, á la ausencia de matrimonios imprevisores. Los habitantes, aún de la clase inferior, aspiran á vivir con el bienestar posible y la instrucción desarrolla todavía su gusto.»

Esta prosperidad general tenía también por resultado una criminalidad inferior á la de los demás países donde la vida resulta más difícil.

«El número de personas detenidas por la policía de Londres en 1832 ascendió á 72.824. La población de Londres era veinte veces mayor que la de Boston; en consecuencia, la proporción daría á esta población la cifra de 3.641 detenidos, en lugar de 1.904 que es la real.»

Pero, probablemente, el contraste mayor de todos se hallaba entre la condición inferior del obrero de fábrica en Inglaterra y la condición elevada de la misma clase en América. En Inglaterra, hace cuarenta años, el obrero era una simple máquina; un mártir, mal alimentado, entregado á bajas distracciones, sin esperanza de dicha en este mundo y casi ignorante de que existiese otro. En América, las obreras eran generalmente hijas de labradores, é iban á la fábrica con el fin de ganar un poco de dinero para cuando se casaran. Su estado intelectual

lo revela el hecho de que en Lowell, Massachussetts, se publicaba un periódico donde todos los artículos y poesías estaban escritos por ellas. Se cuidaba mucho de su moralidad. Ninguna de ellas podía vivir en casas no autorizadas. Así es que las obreras empleadas en las fábricas de Lowell, eran célebres, tanto por su virtud como por su superioridad intelectual. Desgraciadamente todo esto ha cambiado. Los inmigrantes suplantaron á los obreros del país. La condición del obrero de fábrica en América, actualmente, es con seguridad superior á la del obrero europeo; pero se asegura que es inferior á la que tenía hace cuarenta años.

Las miradas que podemos dirigir hacia ese pueblo, á través de un período de tantos años, nos lo presentan con su mayor parte extendida en la actualidad á lo largo del Atlántico. Algunas aglomeraciones de familias en Boston, Nueva-York, Filadelfia y Baltimore merecían el título de ciudades á las que aquellas se parecían. Las calles de América, aún hoy, con raras excepciones, las más malas del mundo, eran entonces sucios senderos, intransitables en la época de lluvias, aunque excelentes en verano y durante las fuertes heladas del invierno. Las diligencias circulaban entre las poblaciones á intervalos que nos parecen de una rareza absurda. Los vapores y los *paquebots-express*, en los canales, tirados por caballos se repartían los viajeros con las diligencias, Hombres emprendedores habían avanzado más allá de los Alleyhanis, en el valle de Ohio, y aún en las llanuras del Illinois. Los emigrantes se dirigían hacia su nueva residencia, en la parte de América que era entonces el «Far (alejado) West» en los carruajes de su propiedad. Durante este largo y azaroso viaje vivían como bohemios errantes.

Los trajes eran extremadamente sencillos y baratos. Un paño burdo era el empleado para los mejores vestidos de hombre. Sólo algunas mujeres, en las prin-

cipales poblaciones, gastaban traje de seda. En 1830, la mayor parte de las mujeres, aún de la clase rica, llevaban vestidos de indiana ó percal. El servicio doméstico era mucho mejor que en nuestros días. Se empleaban las mujeres americanas, pues las extranjeras eran raras, y no se les llamaba criadas sino «helps» (ayudantas). Además se sentaban á la mesa con los dueños de la casa, y por todos los demás conceptos eran tratadas como verdaderos miembros de la familia. En un sitio en que la sencillez de la vida era tan grande, semejantes costumbres no ofrecían inconveniente alguno. Hasta existía entonces una gran prevención contra las diferencias del traje. Los cocheros no llevaban librea, y los criados no tenían nada en sus vestidos que permitiera reconocerlos como tales. Sobre este particular, Miss Martineau escribía:

«Una particularidad divertida de la legación inglesa (en Wáshington), es la confusión de lenguas, entre los criados; los cuales os ofrecen pescado, carne, pollo, etcétera, etc., en italiano, holandés, francés, alemán, español ó irlandés. Los embajadores extranjeros tienen grandes enojos con sus criados. Ningún americano quiere llevar la librea, y no existe razón alguna para que la lleve. Pero el embajador de Inglaterra ha de tener criado con librea, para lo cual se arregla como puede. Permite á sus domésticos presentarse en la calle sin librea, excepción hecha de las grandes circunstancias. A veces se ve obligado á elegir sus criados entre los extranjeros que se hallan momentáneamente sin recursos, y que se van en cuanto hallan un empleo en que no se exija llevar librea.»

La repugnancia por la librea era tal, que los agentes de policía se vestían como los demás ciudadanos. La misma ciudad de Nueva-York no dotó á sus policías de un traje especial hasta el año 1845, y las demás poblaciones siguieron este ejemplo. Hoy es difícil distinguir á los

policías de cualquier población americana de los de Londres. Las libreas de los cocheros son menos fastuosas en América que en Europa. América no ha adoptado todavía los cocheros con peluca empolvada ni los lacayos con pantorrillas postizas.

Yo recuerdo muy bien que cuando la «Pennsylvania Railroad Company» decidió imponer á los conductores y demás empleados de los trenes de pasajeros un traje especial que permitiese distinguirlos de éstos, se tuvieron temores de que tal medida provocase una negativa general. En este caso, como en el de la policía, los empleados comprendieron la ventaja que tiene, para los hombres que ejercen una autoridad, el ser reconocidos fácilmente.

Apenas si existía un coche particular en aquella época en las poblaciones del Oeste. Se viajaba á caballo ó en carretas primitivas; los más favorecidos viajaban en cabriolet de un caballo. Una señora anciana, muerta recientemente, á quien conocí y estimé mucho, fué dueña del primer coche de Pittsburgo. La señora que tuvo el primer cocheró con librea (un negro, orgulloso de llamar la atención) se halla todavía en la flor de su edad. Si los trajes, las comodidades y las casas de las personas eran sencillos, otro tanto puede decirse de su alimentación. Esta era muy barata. Los huevos costaban quince céntimos la docena y una pierna de carnero cinco reales. Los vinos extranjeros eran tan raros y tan costosos, que casi no se conocían. Las importaciones de vino, en 1871, ascendieron tan sólo á un millón y medio de dollars. El cambio de géneros ó trueque se empleaba como medio de pago. Los obreros, aun en las ciudades, cobraban su trabajo en bonos sobre los almacenes. Los salarios eran generalmente bajos. Los obreros recibían sesenta y dos cents (3'10 pesetas) por día. Dos dollars (diez pesetas diarias) eran considerados como un salario muy elevado que sólo se daba á obreros muy hábiles. Los sueldos de

los jefes eran todavía proporcionalmente más bajos. El del llorado director del «Great Pennsylvania Railway» era solamente de 1,500 dollars (7,500 pesetas) por año, hasta 1855 en que fué nombrado director de la red Oeste de la línea.

Yo me quedé muy sorprendido cuando, en calidad de su sucesor, recibí 50 libras esterlinas más por año. A despecho de la flojedad de los salarios, la regularidad del trabajo y la sencillez de la vida, permitían á las gentes economizar, cada año, sumas considerables.

La moda, si es que había alguna, consistía en vivir de la manera más sencilla, en contrarrestar la ostentación, en la residencia, en el mobiliario, en la alimentación y en los coches.

¿Un republicano no debía ser sin rebuscamiento, sin afectación, semejante á la gente del pueblo? Los guantes de piel y los trajes de seda eran casi desconocidos en el oeste de los Alleghanys. Los millonarios no existían todavía en esta época. Se hablaba en todo el país de los hombres que poseían cincuenta ó cien mil dollars como se habla hoy de los millonarios, de los que hay hoy más en Nueva York que entonces capitalistas de cien mil dollars. La primera fábrica de pianos fué fundada en 1822; era aquélla tan insignificante que en 1853, no fabricaba más que 15 pianos por semana.

Pocos coches se construyeron antes de 1840. Las obras de arte eran muy raras. La primera galería de cuadros de alguna importancia, fué la de la «Pennsylvania Academy» de Filadelfia.

Se inauguró en 1811. Otras poblaciones no han tenido colecciones de arte importantes hasta hace poco.

Existían bibliotecas en las universidades y en los edificios de la capital del Estado, pero pocas colecciones de libros eran accesibles al público.

Antes de 1830, sólo tres ó cuatro poblaciones tenían bibliotecas, y aun éstas, sin importancia.

En esa época cada pueblo y cada distrito rural, tenía su *genio* universal que servía para todo, lo mismo para arrancar una prueba que para componer un reloj. El doctor en teología ejercía generalmente las funciones de doctor en medicina. El hombre de ley era á la vez abogado, procurador, concejal, diputado, banquero. Los oficios y las profesiones se especializaron, á medida que fué en aumento la población. Hoy, no hay aldeas, por pequeña que sea, que no posea en número suficientes representantes de cada oficio.

Una nación de trabajadores, teniendo ante ella un continente al que dar valor, privado de todos los refinamientos y de todas las delicadezas de la vida, tal era el cuadro ofrecido por la República, hace 50 años. El contraste entre esta situación y la situación actual es tan grande, que podría creerse que se trata de otro planeta sometido á otras condiciones primarias.

Si los caminos de América son todavía inferiores á los de Europa, es debido á que los ferrocarriles han hecho menos imperiosa la necesidad de buenas carreteras.

La superioridad de los ferrocarriles es la que ha hecho descuidar los caminos ordinarios. A la época del vapor, hay que agregar la de los ferrocarriles. Las comunicaciones en América han venido á ser más baratas y más cómodas que en cualquiera otro país. En las principales líneas, los wagones-salones lujosos, de día, y habitaciones de dormir, por la noche, son ventilados por el aire, caliente en invierno y fresco en verano. Los vapores son de dimensiones gigantescas y modelos de elegancia. La cantidad y la variedad de la alimentación son una continua sorpresa por los viajeros que recorren los Estados. Las personas, clase por clase, se visten infinitamente mejor que en los demás países. Las comodidades de la casa ame-

ricana, de la clase media, sostienen ventajosamente la comparación con las de los otros países. En cuanto á las residencias de las clases ricas, no hay nada semejante en ninguna parte. Excitan estas, en sus menores detalles, la envidia de los extranjeros. Una presión de un botón eléctrico hace venir un mensajero; dos, es señal para que venga un ordenanza de telégrafos; tres, reclamando un policía; y cuatro, dando señal de alarma para un incendio. Hácese del telégrafo un uso del que no se tiene idea en Europa. Las cuadras, la habitación del jardinero y todas las demás dependencias, están unidas por un hilo á la parte principal de la casa. Las casas de personas amigas están asimismo unidas por teléfono, casi con tanta frecuencia como las casas de comercio. Los tubos acústicos van del salón á la cocina; la comida se sube caliente desde la cocina por medio de un ascensor. El aire caliente y tubos de agua caliente circulan por toda la casa. Para arreglar la temperatura de una habitación á su gusto, basta con dar la vuelta á una manivela. La luz eléctrica se usa en todas partes. A buen seguro, que no existe un sólo palacio, una gran casa de Europa, que posea ni la mitad de las comodidades y de los recursos científicos que se encuentran en las principales casas americanas.

«Nueva York Central Park», con sus magníficos equipos, es un digno rival de Hyde-Park y del Bois de Boulogne. En invierno centenares de elegantes trineos, que se deslizan en las avenidas, forman un cuadro más delicioso que todos los de que se puede Londres vanagloriar.

Las óperas, los teatros, los cafés de provincias superan en magnificencia á los de los demás países, excepción hecha de las últimas construcciones de París y de Viena, con las cuales, sin embargo, los teatros de la opera de Nueva York y Filadelfia pueden rivalizar. Las bolsas de comercio, los palacios imponentes de las com-

pañías de seguros sobre la vida, los edificios de los periódicos, los hoteles, los numerosos establecimientos construidos por casas de comercio, no sólo en Nueva York, si que también en las provincias del Oeste, no dejan nunca de excitar la admiración del europeo. El régimen postal, desde todos los puntos de vista, vale tanto como el de Europa. Los correos van en los trenes expresos, se escogen en ruta, y se depositan en todos los puntos sin parar el tren. En todas las poblaciones grandes, se reparan las cartas varias veces al día. El franqueo para todas las distancias, que exceden á veces de 3.000 millas, es tan sólo de dos centavos por treinta gramos.

En resumen; puede decirse que las condiciones de la vida en América se han aproximado á las de Inglaterra durante los 50 años en que nos ocupamos. Año por año, á medida que la población aumenta, el nivel general de las comodidades en las más pequeñas poblaciones del Oeste, se aproxima al de las ciudades del este.

Heriberto Spéncer, se quedó sorprendido en grado sumo de cuanto vió en las poblaciones americanas: «Los libros que he leído—dice—no me habían dado idea exacta de los inmensos desarrollos de la civilización material que he encontrado con frecuencia. Las dimensiones, la riqueza y la magnificencia de vuestras ciudades, sobre todo el esplendor de Nueva York, me han sorprendido bastante. No he visitado la maravilla del Oeste, (Chicago), pero algunas de vuestras ciudades modernas de menor importancia me han sorprendido no poco, por los maravillosos resultados de la actividad de una sola generación. En diversas ocasiones, hallándome en poblaciones de 10,000 almas, donde todos se servían del teléfono, he sentido cierta vergüenza, pensando en nuestras atrasadas ciudades de las que muchas cuentan con 50,000 habitantes é ignoran completamente su uso».

La diferencia es mínima entre las instituciones muni-

cipales del nuevo y del viejo país; pero no hay contraste más grande que el que existe entre sus distritos rurales.

Entre todas las razones que los desgraciados pueblos de los monárquicos tienen para envidiar á América, ninguna es tan grande como la perfección de su organización municipal y del Condado. Si mis lectores americanos conocieran el caos que reina, en todos los distritos de Inglaterra, no podrían comprender, como un pueblo de lengua inglesa, lo ha tolerado por tanto tiempo. La Iglesia tiene una cierta intervención en los asuntos locales, sobre todo en la instrucción. Los clérigos, vicarios, rectores y curas forman parte de los consejos de las corporaciones municipales. Los señores propietarios territoriales, forman también parte de las mismas. El caballero y el párroco, son los poderes que se ocupan de todo y lo administran todo, según su leal saber y entender. El palacio del duque paga menos impuestos que la casa de dimensión modesta del hombre nuevo que no pertenece al partido dominante. El menor distrito de provincia tiene su bando que lo explota. Por cada cacique que hay en la República se cuentan veinte en la Monarquía.

Los empleos son distribuidos entre los favoritos de los amos y de los párrocos. Los habitantes del distrito no tienen voz en el capítulo, ya que no votan por los funcionarios. Unicamente los que tienen una cierta fortuna, que viven en grandes casas ó pagan crecidos alquileres, y que, por consiguiente, pertenecen á la clase dominante, tienen el derecho de votar. En estas condiciones, la mayor parte de las gentes no se toma ningún interés por la comunidad, en tanto que se trata de cuestiones municipales. El terreno es malo para el desarrollo del patriotismo local. A este triste cuadro, puede oponerse, un agradable contraste, en las ciudades inglesas. Allí, existe el sufragio universal, y, en muchos casos, las mujeres que poseen una cierta fortuna tienen también el derecho de voto.

Gracias á este sistema, los mejores ciudadanos de las poblaciones prestan á los asuntos municipales una atención que con dificultad se encuentra (si se encuentra), en América, más allá de las fronteras de los viejos Estados. Los procesos verbales del Consejo municipal, é incluso los discursos de cada edil, se publican, regularmente, con extensión, en los periódicos locales. A veces, ocupa cuatro columnas el extracto de la sesión municipal. No hay lectura por la que más se interese la comunidad, que ésta. Indudablemente, los hombres forasteros en la localidad, se sonreirán, leyendo que los hombres de gran valer, los fabricantes y comerciantes, han discutido sobre una suma de cinco libras esterlinas, seis chelines y ocho peniques, para reparaciones en el reloj de la Casa Ayuntamiento, ó sobre un aumento de salario de dos libras esterlinas para el secretario. Pero, el mismo Parlamento ¿no se ocupa con frecuencia de negocios insignificantes? Esta atención prestada á los detalles asegura un prudente empleo de los fondos públicos, y una excelente administración.

Los magistrados y los consejeros municipales gozan de la más grande estima... La nación elige entre ellos á sus principales jefes. M. Chamberlain y el Alderman Kenrick comenzaron su educación en el Consejo municipal de Birmingham, M. Storey, en el Sunderland; y el difunto Jorge Harrison, en el de Edimburgo. Mi experiencia de la administración de las poblaciones, en Inglaterra, me da la mayor confianza posible, en la facultad que tienen las masas de administrar sabiamente, gracias á la selección de los hombres mejor dotados para este caso.

No ha llegado todavía el tiempo, para la República, de tener por doquiera administraciones municipales tan completas y tan eficaces como los de Inglaterra. Pero en algunas partes adelantadas, encontramos ya resultados parecidos. Si, de una parte, las municipalidades del viejo

país no han sido superadas por las del nuevo, si hasta generalmente le son aquellos superiores, los distritos de provincia en Inglaterra tienen, instituciones que son una vergüenza para los habitantes. La pesada ignorancia de las masas, su aparente satisfacción de una vida buena para guardianes de tocinos de los comienzos de la época sajona, su resignación á la dominación de aquéllos á quienes llaman sus *mejores*, la baja hipocresía que el gobierno aristocrático produce entre los pobres, causan un verdadero disgusto á los americanos que comparan esta situación á la suya; que, sobre todo, comparan los hombres y las mujeres producidas por los dos sistemas.

«Véase — dice el señor Tory, — en el espíritu estrecho é ignorante, cuando él muestra á sus visitantes americanos el estado de las gentes del pueblo, en torno de él, cuán poco apropiadas son dichas gentes á lo que se llama el *self-government* y á la igualdad. A buen seguro que si nosotros no nos ocupáramos de ellos no podrían vivir». Es raro que se dé al señor Tory la respuesta que se merece, aunque espero que quizás llegue el día en que se le dé; «dar á esas gentes todos los derechos y privilegios de que usted goza en ese distrito, y antes de que muera usted, á no ser que desaparezca usted en seguida, se verá sorprendido por los resultados. Jamás saldrán aquéllos de su estado de verdadera esclavitud, si usted no les impone los derechos de los ciudadanos y si no les enseña el ejercicio de estos derechos. Sois como aquella loca madre que no quería dejar acercar á su hijo al agua hasta que éste hubiera aprendido á nadar. Tiradlo al agua. Poneos á su lado para impedir que se ahogue, pero no le prestéis demasiado auxilio. No se lo prestéis hasta que esté completamente agotado y á punto de irse á fondo.» Este mismo señor discursará en la mesa sobre la misión encomendada á Inglaterra de elevar el nivel de las razas inferiores en toda la superficie de la tierra, olvidando to-

talmente que sería difícil hallar, seres más ignorantes, más envilecidos, más pobres que los que el sistema autocrático de su clase ha producido á algunas *millas* de su puerta. Nadie ve más claramente la paja en el ojo del vecino que el *magnate* de Inglaterra que no quiere ver la viga que tiene en el suyo. Tiene éste —ó cuando menos pretende tener— simpatía, por todas las gentes de la tierra, menos por sus compatriotas.

Una breve descripción de la organización republicana del país, quizá interese á los ingleses, y aun á los americanos que tienen sobrada tendencia á gozar de los placeres, sin inquietarse de sus recursos. La subdivisión de los Estados en condados, y de los condados en municipalidades (*township*) para asegurar el self-government local, no se ha hecho sobre un plan uniforme. Los primeros estados presentan para estas divisiones, diferencias notables, pero los estados más nuevos del Oeste, y del Noroeste, que constituyen la más grande extensión del país, se hallan sometidos á un mismo sistema general. Creo, que éste es el único que merece ser descrito, ya que es el más reciente y es claramente americano.

Iowa, es una de las comunidades mejor organizadas de la Unión. Voy á dar una idea de su gobierno local. La génesis de estos *parlamentos familiares* es muy sencilla. Llega un primer colono, con el hacha en la mano, que construye una cabaña con troncos de árboles, labra la tierra, y planta las siembras que tiene. Llega otro, y luego otro que proceden á hacer exactamente lo mismo que aquél, en todas las tierras vecinas, hasta que una docena ó un número mayor de familias se hallan reunidas en una misma comarca. Dos cosas se hacen indispensables: caminos ó senderos para unir las casas entre sí, y con el mercado más próximo, así como con la estación de ferrocarril, y una escuela para los niños. No existe autoridad central que pueda proporcionarlos. En

virtud de esto, los colonos deciden reunirse para tratar de estos asuntos. Se imponen aquéllos una cuota ó contribución y ponen manos á la obra. Se designa á uno para señalar la tasa, á otro para hacerla efectiva, á otro para vigilar los trabajos, á otro para llevar las cuentas, etcétera, etc. Tales son los comienzos del repartidor, del cobrador, del inspector del condado, del secretario de la población, á los que se agrega algún tiempo después, un jefe de policía y un juez de paz,

Muchas municipalidades nacen como la de Burling en el condado de Calhome, Michigan.

Organizada en 1837, celebró su primera reunión el 3 de abril del mismo año. Nombró á Justus Goodwin inspector, Gibesia Sanders y Moses S. Gleason, jueces de paz; León Hanghtailing, policía y perceptor; estableció seis caminos vecinales, votó un crédito de 100 dollars para tender un puente sobre el río San José y otros 50 dollars para tender otro sobre Motlawa Creek; 50 dollars para las escuelas comunales y una prima de 5 dollars por cada cabeza de lobo.

¡Ah! Esos 50 dollars para las escuelas comunales. ¡Ahí estaba el voto de los votos!

Cuando se examinan las primeras fuentes de la vida nacional vese arrancar á la que es la verdadera panacea de todos los males del cuerpo político: ¡la instrucción, la instrucción, la instrucción! A través de toda la historia del país, se va encontrando el mismo cuidado por esos hilillos de oro de la instrucción, á los que van á unirse los bienes y los éxitos de una democracia instruída y triunfante.

Ruego se observe también que ninguna mención se ha hecho del nacimiento ó del rango de esas reuniones de pueblo. Púedese inferir que en ese mitin democrático nadie sueña.

Se eligió á los que eran más apropiados para desempeñar los cargos que se les confiaban, según esta máxima:

«Los más útiles son los que sirven mejor.»

El territorio de una ciudad es, generalmente, de seis millas cuadradas. Es la dimensión que los inspectores del gobierno dan á todos los territorios. Cuando la población aumenta entonces se unen doce ó quince ciudades y forman el condado, la más grande división política.

Los funcionarios del condado son generalmente nombrados por dos años, aunque en muchos Estados, hay elecciones anuales.

Se emplea siempre el sufragio universal y los distritos electorales son iguales. Todos los funcionarios cobran, pero sus sueldos son muy moderados. El cabeza de partido—Connty town—del Condado, se elige, como es de suponer al estilo democrático; por votación irreprochable. A cortos intervalos, por medio de votación, se nombran todos los funcionarios políticos del Condado, incluso los magistrados que ejercen autoridad, el inspector de enseñanza, los inspectores de caminos, los administradores del impuesto para los pobres, y hasta á los jueces mismos. ¿Y por qué no? ¿Quién, pues, más que las masas, tiene necesidad de que la justicia se practique con igualdad? Puédesse contar con las clases más pobres, para elegir á los hombres que tienen las menores probabilidades de verse codeando al lado de los ricos, de los poderosos y de los fuertes. Si los jueces, que no son más que hombres, hubiesen de tener preferencias, ó de ser influidos aún inconscientemente por los que los rodean, cuando menos inclinen su preferencia al lado de la virtud, que con raras excepciones, se halla siempre del lado del pobre y del débil.

Un gran número de Condados constituyen el tercero y más extenso de los círculos, el Estado; el que á su vez, con otros Estados, forma el sistema federal de

la República. Condados y Estados forman centros que gozan del *Home Rule*. La experiencia ha demostrado que su influencia, en todos los asuntos políticos, era muy afortunada. Así es que se ha adoptado, como regla general, la de que el estado central no debía hacer nada de lo que pudiera el Estado hacer por sí mismo, y que el Condado no debe hacer nada por la ciudad de lo que pueda hacerse ésta por sí misma.

Jefferson, que seguramente era un hombre de Estado que veía claramente, dijo:

«Las divisiones denominadas municipalidades en la Nueva Inglaterra, son el principio vital de su gobierno. Han demostrado aquéllas ser las más sabias invenciones que hayan salido del cerebro humano, por el perfecto funcionamiento del *self-government* y por su duración».

El americano cree en el *Home Rule*, aun para las pequeñas agrupaciones, y ha manifestado aversión más grande por la centralización. No reclama jamás el auxilio de autoridad alguna, en tanto puede prescindir de él. Divide la sociedad en partes tan numerosas y tan pequeñas como queráis; la más diminuta será un *építome*, un *microcosmo* del todo. El consejo de la ciudad es una reducción perfecta de la Asamblea imperial. El observador reconoce en ello sus ediciones de bolsillo de los Cleveland, Gladstone, Blaine y Salisbury. La ciudad posee á los Boecher, Spurgen, Spéncer, Fiskes Huxley, Marth, sus doctores Fuit, Dennis, Mackencie, Black y sus Howels. Tiene también aquélla sus Amold, Holmés, Lowell, Browing y Whitmann.

Evidentemente, todos esos hombres son miniaturas de sus prototipos, como conviene al pequeño teatro, sobre el que actúan. Los hombres y las mujeres se dividían en clases; en cada pueblo, existen estas clases. Cuanto más pequeña sea la comunidad más clara es la línea de separación entre ellas. Cierta, que, aun en los más pequeños

villorrios, se encuentran gentes de mundo y guías de la moda. Las cosas absurdas es tan fácil verlas allí como las cosas buenas. No falta ni una.

Al modo como una parte de un bloc de marmol tiene en sí misma todo lo que constituye el mármol, así toda agrupación de hombres ó de mujeres, por pequeña que sea, tiene en ella todo lo que constituye un imperio. Para que todas esas fuerzas trabajen armónicamente, no tienen los hombres de Estado otra cosa que hacer que dejarlas libres. Y esto es lo que el americano ha hecho, tanto en la ciudad como en el campo. El inglés tiene otra manera de proceder. Hago una excepción en cuanto á las ciudades donde se ha cambiado recientemente el sistema. La exclusión de las gentes, de la administración de los asuntos locales, ha producido por su carácter, efecto desfavorable en todos los distritos del país. No son aún hombres, tienen el alma de siervos. El año último se les concedió el derecho de votar á los individuos del Parlamento, y votaron en masa contra la clase directora. Por fin, ha cambiado la corriente y pronto nacerá entre ellos, un irresistible movimiento, en favor del *Home Rule*, hasta en los asuntos más triviales.

El profesor Fiske en un excelente librito, «American Political Ideas» ha hecho de la condición de las masas americanas, que viven en las poblaciones pequeñas y en los pueblos, comparadas á las de las poblaciones y aldeas rurales, el más exacto relato. He aquí ese relato del que mi propia experiencia me permite garantizar la veracidad.

«Generalmente, el jefe de cada familia es propietario de la casa que habita y del terreno sobre que está edificada. Las relaciones entre propietario é inquilino, aun cuando no sean enteramente desconocidas, son raras. Ninguna clase de distinción social ó de privilegio político afecta á la propiedad de la tierra, y las diferencias legales entre el propietario real y el personal, principalmente por

lo que respecta á las necesidades de traspaso, han sido reducidas á la menor expresión.

«Cada dueño de casa es propietario absoluto. Así es que se le puede considerar como un señor en su señorío en miniatura ya que no existe clase alguna que sea «vasallo» de una manera permanente, como tal palabra indica.

«Todo gran propietario se ocupa, en persona, de la explotación de sus tierras. En esta tarea vése secundado por sus hijos ó por sus vecinos á quienes la explotación de las fincas más pequeñas deja beneficios. En el interior de la casa, cuida de las atenciones de la misma la madre de familia y sus hijas. Con todo, á pesar de la universalidad del trabajo manual las gentes distan mucho de ofrecer aspecto de campesinos. Es raro hallar gentes pobres mal vestidas. No hay un solo hombre en el pueblo, en pro del cual pudiera tomarse una actitud protectora, ó que no considerase como una grave injuria el ofrecimiento de un chelín. La embriaguez y el crimen, son allí tan desconocidos como la pobreza. En cualquier villa de mil habitantes, se halla una casa de refugio, donde cinco ó seis ancianos decrepitos, se ven asistidos por cuenta de la comunidad; se encuentran también tabernas donde no es fácil hallar bebida más fuerte que cerveza ligera ó sidra. Los peligros de robos son tan pequeños, que no siempre se considera necesario cerrar las puertas exteriores, ni aun durante la noche.

La universalidad de la cultura literaria es tan notable como la facilidad con que todo el mundo se entrega al trabajo manual. Es muy fácil hallar una población de mil habitantes que tenga biblioteca pública *circulante*, en la que se hallará los *Lays Sermons* del profesor Huxley, ó el *Ancient Lau* de Sir Henry Maine. Tendrá seguramente una escuela superior y otra media docena de escuelas para párvulos. Hallar una persona que no sepa leer y es-

cribir es tan raro como encontrar un albino ó una persona con seis dedos. El labrador que trilla su trigo y corta la leña del bosque, es posible que tenga un piano en el salón de su casa; el *Atlantie Monthly* sobre su mesa, y las obras de Milton, de Tennepon, Gibbon y Macaulay en su biblioteca. Su hija que ha cocido el pan, por la madrugada, quizá se ocupe á mediodía en pintar sobre porcelana. En otro tiempo las cuestiones teológicas, preocupaban mucho á las gentes. Probablemente no hay parte alguna del mundo en que se haya leído con mayor atención la Biblia, y en que los misterios de la doctrina cristiana, hayan sido objeto de tan ardientes discusiones, en cada familia. He ahí porque se encuentra en la Nueva Inglaterra un profundo sentimiento religioso, unido á una singular flexibilidad de espíritu y libertad de pensamiento.»

Tal es la democracia, tales sus condiciones de existencia. Ante un espectáculo tal, ¿puede sostenerse que el poder del pueblo sea dañino para el Estado y la Religión? ¿En qué lugar del mundo, han creádo las instituciones monárquicas una comunidad tan perfecta, tan inteligente, tan exenta de crímenes y de pauperismo; una comunidad en la que el mayor bien para el mayor número sea objeto de tantá solicitud; en la que todo esté tan bien calculado para animar el aumento del respeto mutuo que es el fin mismo que la civilización persigue?

«Antes que el hombre haya hecho de nosotros ciudadanos, Dios había hecho de nosotros hombres.»

El republicano tiene necesariamente el respeto á las leyes de su país y á las leyes de Dios que hacen de aquél un hombre igual á todos los hombres.

Creedme, lectores: el hombre que se respeta más á sí mismo es también el que más respeta los derechos y los sentimientos de los demás.

Sería tan difícil inducir á la democracia rural de América á sancionar la confiscación de los bienes de sus

más ricos vecinos, ó á votar una medida violenta ó poco honrosa, como cambiar á su presidente por un rey. Nuestras instituciones libres, desarrollan los mejores y más nobles rasgos, y éstos, siempre, conducen á los gobiernos excelentes. Verdaderamente estos hombres honrados, puros, satisfechos, trabajadores, patriotas, pregúntanse como obrarían otros en su lugar. Ellos buscan lo que es equitativo. No existe, ni en Inglaterra, hombres tan conservadores; pero lo que quieren aquellos conservar, á toda costa, es la igualdad de los ciudadanos y leyes justas é iguales para todos; en una palabra; el republicanism. Para conservar todo esto, hállanse siempre dispuestos á combatir, y, en caso necesario, á perder la vida, ya que para los hombres que han probado una vez el elixir de la igualdad política, no tendría la vida con la *desigualdad* encanto alguno.

A cada hombre está, en cierta medida, confiada como un depósito sagrado la dignidad humana. No puedo tocarlo ni permitir que los demás la toquen. Las dignidades hereditarias y las desigualdades políticas, atentan contra los derechos del hombre. No deben, pues, ser toleradas. La verdadera democracia debe vivir de la igualdad de todos los hombres, ó morir para conseguirlo.

OCUPACIONES

Hay pocos zánganos en la colmena republicana; no se les quiere. El hombre que quiere comer ha de trabajar. Una vida de elegantes holganzas, no es digna de un ciudadano. La República no le debe los medios de existencia. Es él quien debe á la República toda una vida de trabajo. Tal es la idea republicana.

Durante el período colonial, las industrias de América veíanse entorpecidas y molestadas por la política mezquina del gobierno imperial. Las ocupaciones de las gentes estaban necesariamente limitadas á la explotación del suelo. Las diversas carreras que en la actualidad son un honor para la República eran desconocidas. Uno de los principales hombres de Estado, inglés, tenía la costumbre de decir: «Las colonias no tienen el derecho de fabricar ni un clavo de herradura.» En virtud de esta doctrina, los primeros colonos fueron víctimas de restricciones que, si se olvidasen sus desastrosas consecuencias para las industrias americanas, nos parecerían muy divertidas.

La fabricación de sombreros estaba prohibida; la del vel promovía la cólera. El tejido del lienzo en casa para usar los mismos tejedores, era considerado indicación de un espíritu rebelde. Apenas si se oía el derecho de «devantar los ojos»; y únicamente los ingleses podían establecer comercio con los

», no seamos excesivamente severos con nuestra

madre patria. Obrando así, estaba en su tiempo. ¿Para qué las colonias, si éstas carecían de utilidad directa para el país que las fundaba y protegía? ¿Por qué Inglaterra hubiera buscado nuevos mercados para sus habitantes y su comercio, si las colonias no hubieran dado por resultado la ingratitud, frustrando el resultado que se perseguía creándolas? Tales eran los puntos de vista del tiempo en materia colonizadora. Precisa hacer justicia á Inglaterra, pues hoy reconoce cuán fútil es querer desarrollar su comercio, por medio de la colonización, ó de mezclarse en los asuntos interiores de los colonos. Aquella les permite crear lo que quieran, comerciar libremente con todas las naciones y en las condiciones que ellos fijen á las mismas. En verdad, estos hijos no se muestran siempre reconocidos. Se revuelven contra su madre, con una audacia increíble. Cuando la necesidad les aprieta, nuestros amigos los canadienses eligen á la querida y vieja madre para que aquélla abra su bolsillo al niño mimado. En tales circunstancias, el Canadá es sumamente respetuoso, pero esto no obsta para gravar los productos de su madre patria, con el fin de crear manufacturas en su propio suelo.

La República no vacila en crear un arancel y en declarar que entiende asegurar de este modo, en su casa, á sus industrias, las facilidades de fabricación de que gozan las industrias inglesas, y derrotarlas si es posible. Y de este modo es como se ha convertido en la grande nación manufacturera que jamás se ha visto. La República que se ha creado por sí misma, que es un Estado libre é independiente, tiene el derecho de hacer cuanto le plazca. La conducta ingrata é hipócrita del Canadá no merece más que desprecio. No tiene el derecho de gravar las industrias de su *buena madre* para favorecer las propias. Si quiere obrar así, que cese cuando menos en sus «deales» gazmoñerías, y que declare leal-

mente, que asume las responsabilidades de su existencia nacional sin contar para nada con el auxilio de su madre.

Pero ¿para qué hablar del Canadá ó de cualquier otra colonia?

¿Qué libro, qué invento, qué estatua, qué cuadro, qué cualquier cosa haya producido una colonia, qué hombre, sea en la colonia que sea, se ha dado á conocer nunca más allá de las fronteras de su distrito? Una colonia no puede proveer á la humanidad más que de lana, madera, trigo y bueyes. Si el Canadá y las colonias australianas fuesen repúblicas libres é independientes, el mundo pronto vería á la democracia producir abundante cosecha de nobles trabajos y grandes hombres. Y para la nación que amamantó aquellas naciones, el resultado sería infinitamente preferible, hasta bajo el punto de vista comercial. A esto agrego que aquella estaría doblemente más orgullosa de sus hijos, lo cual no es recompensa despreciable para una madre afectuosa.

Si Lord Roseberry consiguiese llevar á cabo su divertida quimera de Federación Imperial (lo cual es imposible, afortunadamente) esos embriones de naciones se verían asfixiados en su cuna.

¿Es posible concebir ver al gran continente australiano verdaderamente sometido á la diminuta isla inglesa, á su ridícula monarquía y á su etiqueta anticuada? Los continentes de lengua inglesa de América y de Australia, é Inglaterra su madre, serán comunidades políticas distintas, pero llegará día en que estas comunidades formarán una liga de paz, uno de cuyos fines será el de solventar pacíficamente todas las disputas internacionales.

La independencia de la República trajo consigo de un modo natural la supresión de las ocupaciones de que acabamos de hablar. La reacción persiste todavía; ¡tan tenaz es la animosidad nacional engendrada por la opre-

sión! Con una sorprendente energía, el pueblo cambió su vasallaje colonial por su independencia nacional, tanto en el dominio industrial como en el político. Las prolongadas guerras europeas que siguieron, desarrollaron las industrias embrionarias de la República, entorpeciendo la importación de las manufacturas europeas. Un arancel de aduanas coadyuvó á ese resultado. Este sistema de producción, fué seguido indudablemente, de un desastre, pero los resultados conseguidos, por el momento, fueron de lo más satisfactorio. Desde 1830, muchas industrias hallábanse sólidamente establecidas, y desde esa época su desarrollo prosiguió con una regularidad que, ni aun la terrible guerra civil, pudo paralizar.

Las ocupaciones de las gentes de hace medio siglo, nos parecen extrañamente primitivas, cuando se las compara á las de hoy. A buen seguro que esta diferencia parece ser la obra de diez siglos, más bien que la de diez décadas.

Tomemos como ejemplo la manufactura de calzado de Lynn, en Massachusetts. Hace cincuenta años el visitante de esa población, percibía el ruido de numerosos martillos que salía de los pequeños cobertizos de madera apoyados contra las casas. Era producido aquel por los discípulos de San Crispín que aplanaban la suela sobre sus rodillas. Quizás fabricaban un par de zapatos por día. Al llegar el verano, cesaba el martilleo, convirtiéndose aquellos zapateros en pescadores ó labradores. Lynn cuenta hoy día con una población de cuarenta y cinco mil habitantes y un gran número de magníficos edificios en substitución de los antiguos cobertizos de madera. Las botas y zapatos salen de aquellos edificios á millones, sin que la mano intervenga. Dichos zapatos son cortados, clavados y cosidos por las máquinas. El Massachusetts es el *Estado zapatero* por excelencia. En

1835, según Mulhall, había en dicho Estado treinta y cinco mil zapateros más que en 1880, y sin embargo, en este último año las fábricas produjeron calzado por valor de 70 millones de dollars más que en 1835.

Cambios no menos grandes se produjeron en la naturaleza del trabajo de las industrias textiles. En 1830, los objetos de lana, de hilo y de algodón se fabricaban principalmente, en casa. En la «Topography of the United States» de Hinton, léese que «millares de familias hilan, se confeccionan sus vestidos, sus paños, su lencería de mesa, etc. Compran algodón hilado y frecuentemente lo mezclan con hilo y lana propios. Los cubrecamas, tapetes, cortinas, en una palatra, casi todos los artículos de uso doméstico, son fabricados por la familia. Calcúlase que los dos tercios de los vestidos, lencería, cubrecamas, etc., empleados por los habitantes del interior, están fabricados así. Otro tanto acontece con el jabón y las velas. Pero gran número de progresos hallábanse en camino de revolucionar los métodos industriales del día. La máquina de vapor reemplaza gradualmente á la «rueda de agua» ó la suple, cuando los ríos están helados, asegurando así la regularidad del trabajo y desembarazando á las fábricas de la pesadilla de un capital que dormía durante la mitad del año. Los ferrocarriles y los canales aumentaban rápidamente las facilidades para la circulación de los productos manufacturados. Los grandes progresos realizados en la mecánica disminuían progresivamente la importancia del trabajo manual. Así, en 1834, un huso hilaba en promedio, de un sexto á un tercio más de lo que hilaba algunos años antes.

Decíase en 1834 «que una persona hilaba en un tiempo dado un peso de hilo doble del peso que hilaba en 1829.» De ello resulta un cambio completo en la manera de vivir de las gentes. En vez de trabajar con

la rueca antigua, en las haciendas ó con el telar á mano en el villorrio rural, los hiladores y tejedores se replegaron en las grandes poblaciones. Esta es una de las causas que motivaron el gran desarrollo de las poblaciones.

Hace cincuenta años, un gran número de gentes se dedicaban á la agricultura, otro oficio que las máquinas han metamorfoseado por completo. Esta transformación está expresada, con extraordinaria elocuencia, en los siguientes extractos:

«Entre las nuevas invenciones destinadas á aumentar el pauperismo en Inglaterra, observamos una máquina trilladora, á vapor, portátil.»—*New York Evening Star* Agosto 1834.

«El llamado Glin tiene cuarenta y cinco mil *acres* sembradas de trigo. En esta finca, se emplean máquinas perfeccionadas. Cada máquina puede segar, trillar, aventar y meter en sacos, sesenta *acres* de trigo diarios.» *Mulhall's Progress of the World*, p. 449 (fecha, 1880).

Ante tal contraste, apenas si tenemos necesidad de las declaraciones de M. Murray, quien en 1834 escribía: «La agricultura en los Estados Unidos se halla en su infancia.» La siguiente declaración no deja de ser interesante: «El país se halla poblado por espesos bosques. El Estado de New-York mismo hállase todavía cubierto de bosque en sus tres cuartas partes.» Desde esta época, el desarrollo de la agricultura ha sido fenomenal.

Las haciendas de América igualan en superficie al territorio de Inglaterra, Francia, Bélgica, Alemania, Austria-Hungría y Portugal. Los campos de trigo tienen una superficie igual á Inglaterra, Escocia y Bélgica reunidas, y los campos de cereales cubrirían el territorio de España. Los campos de algodón cubren una extensión mayor que la de Holanda y dos veces también más grande que la de Bélgica. Los campos de arroz, las planta-

ciones de caña de azúcar y de tabaco, formarían también reinos de dimensiones respetables. La Agricultura en América se halla tan perfeccionada, que Mulhall estima que un agricultor como Glin ó Dalrymple, con un campo de trigo que cubra *cient millas cuadradas*, y con cuatrocientos mozos de labranza, puede producir tantos cereales como cinco mil pequeños propietarios de Francia.

No obstante estos resultados tan brillantes, sábase afortunadamente que aun con ventajas tan considerables, estas explotaciones gigantescas no pueden luchar, con éxito, contra las haciendas más pequeñas, poseídas y cultivadas por familias.

La República es hoy, como lo fué siempre, una nación de trabajadores. Los ociosos son en ella muy raros—mucho más que en cualquier otra nación.—El trabajo es espléndidamente remunerado; en todos los oficios se puede prosperar. La familia que se pone atrevidamente en viaje para el Oeste, se instala sobre el terreno y lo fructifica con su trabajo, puede tener la seguridad de conseguir el bienestar bastante antes de que llegue la vejez.

El obrero hábil y enérgico empieza por convertirse en contraamaestre; después se asocia ó establece un negocio. Evidentemente, á medida que el país se puebla, el éxito se va haciendo más ó menos difícil, pero esta dificultad no tiene otro resultado que el de aumentar el ánimo de las gentes y obligarlas á «hacer el paquete mientras el sol brilla.»

El americano trabaja más que el inglés. Su constancia es mayor, sus horas más largas; su descanso más corto. Hasta estos últimos tiempos, no existía la clase ociosa. Aun hoy, todo hombre que no se dedica á alguna ocupación útil no tiene derecho alguno al respeto de sus compatriotas. El americano, aun siendo inclinado á la pereza, ha de tener alguna ocupación. Está obligado á

mezclarse entre el ejército de trabajadores, por razón de la imposibilidad absoluta de hallar compañero en su vagancia. Los que conocen á la *madre* y al *hijo*, vense notablemente sorprendidos por la diferencia, entre americanos é ingleses, bajo este punto de vista. Cuando en Inglaterra se necesitan para una diversión algunos *gentlemen* bien educados y agradables, se encuentran veinte por cada uno que se podría hallar en América. ¡El americano está siempre tan ocupado! Hasta en verano, cuando la familia habita en el campo, el hombre se traslada frecuentemente á la ciudad para ocuparse en sus negocios.

El *gentleman* inglés, por el contrario, parece tener siempre á su disposición algunos días de solaz. Las señoras de ambos lados del mar, están por igual dispuestas al placer. La mujer americana parece tener tantos deseos de divertirse como su hermana la inglesa. Sin embargo, he de hacer presente que se observan algunos signos diferenciales. Un pequeño número de los mejores hombres de esta generación, principalmente en las ciudades del Este, habiendo heredado grandes fortunas, se consagran á los negocios públicos, no precisamente á los negocios políticos, como pudiera creer un inglés, y desdennan añadir «más á lo que es suficiente». El trabajo más penoso y el más apremiante, el de desmontar y de dar valor al país, hállase en gran parte terminado, y hoy, esto es visible por doquiera, las gentes se afinan y elevan su nivel moral. Así es como se desarrolla una sociedad libre á la cual le están reservados los más altos destinos.

El censo de 1880, ha demostrado que el número de personas que se dedican á ocupaciones lucrativas y honorosas excede de 17.250,000, lo que hacía el 34 por 100 de la población total. Esta proporción es mayor que la indicada por el censo de 1870. Cada censo, es indudable,

está hecho de modo más perfecto que el precedente. Pero aun concediendo esto, es evidente que en razón del desarrollo de las fábricas, de la división del trabajo, cada vez mayor, y sobre todo del número más importante de ocupaciones accesibles á las mujeres, en la época actual, un número de americanos, más considerable que nunca, lleva el camino de necesitar trabajo.

El aumento del trabajo de las mujeres es muy notable. En 1880, la proporción de las mujeres que trabajaban se elevó á 1.190, en vez de 1.000 que eran en 1870, ó sea un aumento de cerca de 12 por 100, en tanto que el número de hombres había aumentado tan sólo de 1.000 á 1.067, lo que da un aumento de menos de 7 por 100. Es evidente que la mujer americana está en camino de conquistar, con perseverancia, el derecho de compartir con el hombre las numerosas ocupaciones de que hasta ahora se había hallado excluida.

Lowthian Bell, estando en América, hacía notar que había oído hablar siempre de los grandes inventos hechos por los americanos y de las sorprendentes aptitudes, en esta rama de actividad, pero que bien examinado todo, la mayor parte de dichos inventos habían sido realizados por los ingleses. Esta opinión está corroborada por los ejemplos de M. Burden, un escocés, que inventó la máquina para fabricar herraduras, de M. Thomas, que fué el primero que fundió el hierro con antracita, de M. Chilsome, de Dumferline, escocés, que creó las enormes fábricas de rieles de acero y de alambre, en Cleveland; de Isaac Stead, un inglés emprendedor que montó los primeros telares de tapicería en Filadelfia; de M. Wallace, fundador de las famosas fábricas de cobre en Ansonia; y de muchos otros señores.

Es un hecho muy digno de observarse el de que muchas fábricas americanas están dirigidas por ingleses de nacimiento. El 49 por 100 de los escoceses é ingleses

que residen en los Estados Unidos trabajan en las manufacturas, lo que es una proporción mucho más elevada que las demás. Los americanos indígenas se entregan sobre todo á la agricultura, no trabajando en las fábricas más que el 19 por 100 de los mismos. El 43 por 100 de los irlandeses se dedican á profesiones serviles ó liberales.

Puédese, pues, pretender todavía con razón que los ingleses son los manufactureros del mundo. Rindamos homenaje á nuestra raza, no sólo por la producción de nuestro país natal, que hasta entonces no había sido igualada, como no sea, y en gran escala, por la producción más grande todavía de la República. El 19 por 100 de los americanos nacidos en América, contra el 49 por 100 de esos obstinados insulares, se dedican á la industria. Al parecer, esta proporción tres veces superior será sostenida por sus hijos. No debemos nosotros dejar al *Yankee* que se atribuya todo el honor de la supremacía industrial de este país. ¿Qué habría sido de él sin la cuna de dónde salió? Juzgad, compatriotas míos, de qué es capaz nuestra raza cuando está desembarazada de leyes injustas, y cuando goza de una libertad absoluta, bajo las instituciones republicanas.

La fuerza del hombre está en su alma. El occidental, que pesaba doscientas libras cuando estaba aletargado y más de una tonelada cuando despierto, se halla exactamente en la misma situación que el hombre nacido bajo el dominio de un rey y privado de la igualdad, en su nacimiento, comparado ese mismo hombre cuando la República lo cubre con los pliegues del manto de la fraternidad. El inglés aletargado en su país se transforma en una fuerza aquí.

El coste de la vida ha sido más elevado en la República. Cierta que el obrero podría vivir en ella tan barato como en Inglaterra, pero es que aquel no quiere.

Los salarios elevados y la seguridad de un trabajo regular engendran necesidades más grandes. Los obreros quieren casas más confortables, una alimentación más escogida, trajes más perfectos y un mayor número de libros y periódicos. Y para obtener todo esto, gastan más dinero. Fabricanse, en América, ciento setenta y cinco mil pianos, órganos y armoniums, de los que tres cuartas partes se quedan en el país. Nada hay tan sugestivo como este hecho. En otros países, las gentes de la misma situación no soñarían jamás en comprar un piano.

De un modo general, el obrero americano tiene costumbres más regulares que el obrero inglés; es mucho más sóbrio y se halla dotado de gustos más elevados. En sus placeres, apenas se hallan trazas de las rudas distracciones de los distritos manufactureros de Inglaterra, tales como peleas de gallos, de perros ó asaltos de boxeo. Jamás se oye hablar de que un hombre pegue á su mujer; la embriaguez es muy rara. El manufacturero ó fabricante la consideran como sobrado motivo para despachar de su casa á cualquiera inmediatamente. Toda mi vida la he pasado entre obreros y contadísimas veces he visto á un americano en estado ebrio, y nunca ha llegado á mis oídos que la embriaguez haya sido jamás en la fábrica causa de disturbios ó una pérdida de tiempo. Hasta el mismo día 4 de Julio los altos hornos funcionan con la misma regularidad que los otros días. Si la fecha gloriosa transcurre así, todas las demás tentaciones no pueden más que resultar inofensivas. Ya que si hay un día en el calendario que pueda inducir al obrero á las demostraciones de alegría irrepreensible, es á buen seguro el día en que se conmemora la Independencia.

Esto me recuerda la historia, antigua ya, de uno de los principales maestros de forja de la «Western Pennsylvania». El 4 de Julio pasaba cerca de su fábrica, diri-

giéndose á la iglesia (en aquella época se celebraban funciones religiosas en todos los templos, y los predicadores tenían la costumbre de torturar el águila americana hasta hacerla gritar). De pronto el sonido de los martillos hiere sus oídos. Detiene su coche, escucha un instante y se dirige al sitio en que algunos hombres trabajan de firme en la reparación de una caldera. ¡Trabajando el 4 de Julio! ¡Republicanos degenerados! ¡Y en el mismo momento en que se encaminaba á la iglesia para dar gracias á Dios por haber establecido los derechos inalienables del hombre! Era aquel el hijo de un inglés que había abandonado su patria, en razón de su republicanismo. No podía soportar el hombre semejante sacrilegio. Hizo salir á todos los obreros de la fábrica jurando que no permitiría jamás que un hombre que se hallara á su servicio diera un solo martillazo en tan sagrado día. No fueron poco enérgicos los reproches que dirigió al encargado: «¿Qué hace usted?, le dijo. ¡Reparar las calderas en semejante día! No tiene usted bastante noches de sábados y aun de *domingos* para esa clase de trabajos?» El encargado falleció sin haber podido recobrar la estimación y confianza de mi antiguo amigo tan patriota. Su profanación fué perdonada, pero no olvidada. Todos los elogios que hacía mi amigo de la competencia del director de su fábrica se terminaban por «pero». Y todos sabíamos que aquel «pero» hacía alusión á aquella imperdonable falta.

Las abejas humanas de la colmena americana, hállanse repartidas en cuatro grandes clases. La primera abarca 7.750,000 agricultores que acarician nuestra madre tierra con el azadón, á fin de que se digne proporcionar una rica cosecha, nutrir al ganado en los millares de colinas y á los corderos en las praderas que los riachuelos convierten en frescas y verdosas. ¡Oh, qué vida tan sana y placentera es esa, todo perfumado por los más

suaves aromas de la naturaleza, todo repleto del reposo y de la calma de los dioses primitivos! Esos trabajadores recolectan las rosas de la vida, y merecen que les tengamos envidia. Su existencia se halla muy ocupada, pero con ello no se encuentran mal. Al hombre inactivo es al que hay que compadecer.

Después de estos trabajadores al aire libre, tan dignos de ser envidiados, vienen los de la segunda clase que trabajan en las fábricas. Son en número de 3.800,000. Esos vigorosos hijos de Vulcano son la mitad menos numerosos que los hijos de Ceres. El genio inventivo y la habilidad mecánica, bajo todas sus formas, hallan su empleo en este ejército. La variedad de los esfuerzos es de vital importancia para una nación. La encontramos aquí. Encerrados en almacenes y fábricas, desde la mañana a la noche, negros de humo y de polvo, en medio del continuo rechinar de las máquinas, esos hábiles obreros, elaboran los objetos concebidos por la idea del hombre, desde los alfileres hasta las áncoras. Esta clase abarca á todos los que, con el sentido literal de la palabra, viven en las entrañas de la tierra, que en el fondo de minas insondables, arrancan á la tierra sus tesoros y los ponen al servicio del hombre.

Es digno de notarse que si en la agricultura el 7 por 100 de los trabajadores son mujeres, en las minas la proporción se eleva hasta el 16 por 100. Más de 600.000 mujeres se dedican á las más fáciles labores de la industria. Su tarea es, en verdad, poco agradable. Privadas de la vista del espacio, encerradas en las galerías de las minas ó en las fábricas, parecen ser extrañas á la presencia de la naturaleza. Esta es la clase á la cual debemos prestar verdadera atención, especialmente en los reglamentos dominicales. Que ese día, cuando menos, puedan las obreras contemplar á Dios en la naturaleza. Encerrar entre muros el séptimo día á los que han estado

seis sin esparcimiento alguno, es una crueldad. ¿No habrá algún reformista que quiera admitir que los bosques sean los primeros templos de Dios y no envíe á los trabajadores á pasar en ellos su único día de libertad? La asamblea religiosa que tenía lugar anualmente, está en camino de desaparecer; tenía aquella sus ventajas. Hombres y mujeres de la clase obrera podían de ese modo contemplar la naturaleza.

La tercera clase es algo más numerosa que la precedente; alcanza á unos cuatro millones. Las profesiones liberales, las de ministros, doctores, letrados, autores, son muy codiciadas. América tiene el honor de poseer pocos representantes de la noble profesión de las armas, profesión que consiste en matar á sus semejantes. Los criados constituyen un ejército. El irlandés elige una profesión mucho más fácilmente que cualquier otro. Desde luego, la proporción de los hombres es en esta clase mucho mayor que en las otras. Su número se eleva á un millón trescientos sesenta mil ó sea un tercio del número total.

La cuarta clase abarca á los dedicados al comercio y transportes. Forman un contingente de 1.800,000, y de ellos la mujer se halla representada únicamente por 60.000. De manera que tenemos 17.000,000 de abejas que trabajan en la colmena nacional, donde no hay sitio para los que «no trabajan, ni hilan.» En esta colmena no se matan los zánganos de tiempo en tiempo, pero no se les permite vivir. Si uno de ellos, por casualidad, escapa á la vigilancia y vive sin dedicarse á ningún trabajo que justifique su existencia, se le mira, como el campesino miraba al gomoso que, por primera vez en su vida, veía en Broadway: «Qué caza tan hermosa se ve cuando uno sale de casa sin escopeta.» En el corazón de todo americano respira la idea de que las herencias son la única cosa que alcanza á llevar al hombre por el camino

de la inutilidad, y ya que á los inútiles no puede exterminárseles, por lo menos, burlémonos de ellos. El último viajero importuno que hizo á América el honor de visitarla, respondiendo á una pregunta que una joven americana le hizo sobre á qué dedicaban el tiempo las clases aristocráticas y desocupadas, respondió: «Van de visita en visita, y esto las distrae mucho. Nunca se entregan á trabajo alguno.»—A lo cual contestó la señorita: «También nosotros tenemos gentes de esa especie, á los que denominamos *tramps* (vagamundos).»

AGRICULTURA

«Fundirán sus espadas para hacer
carretas y sus lanzas para arados.
Las naciones no levantarán ya las
espadas las unas contra las otras, y
no aprenderán el arte de la guerra».

ISAIAH.

Ceres es la más principal divinidad de la República. Ante ella, se postran reverentemente los americanos. En cambio aquélla les prodiga sus más amables sonrisas.

He aquí cuál era la importancia de las naciones bajo el punto de vista del valor de los productos agrícolas, en 1880: La República figura en primer lugar con 3,020 millones de dollars. En el transcurso de un poco menos de un siglo, ha pasado de la cola á la cabeza de la columna. Rusia, con su inmensa extensión y sus cien millones de habitantes, sigue, á una respetable distancia, con 2,545 millones. La *Hermosa Francia* le anda cerca. Su producción alcanza á 2220 millones de dollars, en los cuales, el vino entra por 225,000.000. La producción de los enormes campos de trigo de Austria y de las llanuras de Hungría, asciende á 322,000.000 de dollars. El sexto lugar corresponde á la magnífica *Isle of the Sea* pequeña, pero poderosa, con 1,280 millones, suma prodigiosa, dada su limitada extensión. Italia, España, Australia y el Canadá reunidos, ocupan el último lugar, con un valor aproximado de la mitad del de la República. ¿Qué es lo que nos reserva la próxima década? Quizás ningún cambio en el orden de las naciones, pero

á buen seguro que la República adelantará cada día más al resto de las demás naciones.

Ninguna conquista pacífica ha sido por tanto tiempo diferida, ni tan completa, cuando se produjo, como la conquista del suelo. Hace cien años, en toda la superficie de la tierra, la agricultura poco había adelantado á la existente mil años antes. ¿No es aventurado afirmar que los griegos, los romanos, los egipcios y los asirios, cultivaban su suelo mejor que ninguna otra nación de hace tan sólo un siglo? El sistema de los abonos apenas era conocido. Los campos agotados por una sucesión de cosechas de la misma especie, precisábales reposo como un campo del tiempo de Moisés. Cuando se efectuaba la labranza, practicábase de una manera más sencilla. En un suelo destemplado, las siembras eran una mezcla de mala calidad é insanas. Los instrumentos de cultivo eran de los tipos más primitivos. El arado, se empleaba generalmente y apenas si aventajaba al de los tiempos de Virgilio; no hacía otra cosa que arañar la tierra. El sembrador, con un capazo suspendido del cuello por una cuerda, iba recorriendo el campo y sembraba puñados de grano, á derecha é izquierda, según se halla escrito en la parábola, ó como, todavía se ve en los dibujos ó láminas de los almanaques campestres. La hoz, cuya antigüedad se eleva casi á la misma que la de los campos, era el único medio conocido para segar las espigas, y el uso del pesado rodillo era también el único conocido para separar el grano de la paja.

La cría de ganado no había, tampoco, hecho más que progresos insignificantes. La calidad de la alimentación dada al ganado, era tan deficiente que privaba el mejoramiento de la raza.

El peso de los bueyes y carneros vendidos en el mercado ha progresado en el doble, con exceso, desde mediados del pasado siglo. Este resultado proviene

de la mejor calidad de la alimentación, tanto como de los perfectos cuidados en la cría del ganado.

La condición primitiva de la agricultura, en América, hace un siglo y medio, se retrata claramente en las siguientes líneas extraídas del libro de un viajero sueco, Kalm. Hablando de los colonos de *James River*, escribe:

«No hacen casi abono para sus campos. Cuando una pieza de tierra ha sido agotada por las cosechas continuas, labran y cultivan un nuevo terreno. Y cuando éste se halla igualmente agotado, abandonanlo de igual modo. Sus ganados erran en completa libertad, medio hambrientos, por bosques y terrenos incultos. Desde hace tiempo, han destruído casi todas las hierbas, pastando prematuramente, al comenzar la primavera, y antes de que el pasto tenga tiempo de florecer ó de ser sembrado.»

Por resultas de la mala alimentación, la talla del ganado disminuía de generación en generación, hasta el punto de merecer el calificativo de *runts* (enanos).

Los progresos hechos en la agricultura y en la cría de ganado, durante la última mitad del siglo, han sido prodigiosos; la mayor parte son debidos á máquinas concebidas por el genio inventor americano, y también al de los europeos estimulados por la competencia de América. Desde el principio, los hombres de Estado han consagrado la mayor parte de su energía á la agricultura. Wáshington, abrumado bajo el peso de las necesidades tanto como pocos hombres lo han estado, halló tiempo para vigilar las operaciones agrícolas y los experimentos. La importancia de la agricultura para la civilización, forma el texto de su último mensaje anual al Congreso, y su postrer trabajo importante, escrito ocho días tan sólo antes de su muerte, era una extensa carta destinada á su ministro de Agricultura. Las 32 hojas de esta carta contienen instrucciones para varios años.

La mayor parte de los sucesores de Washington en la Presidencia, se ocuparon personalmente en la agricultura. Uno de los más distinguidos entre ellos, Jefferson, inventó el arado para labrar en las vertientes de las colinas. Adams, Calhoun, Clay y Webster olvidaban las ansiedades del poder, en las pacíficas ocupaciones de los campos. El perfeccionamiento de la agricultura no ha cesado de ser el principal interés de los hombres de Estado y de los demás ciudadanos americanos. Hoy la República es la primera del mundo, no sólo bajo el punto de vista de la cifra de sus productos agrícolas, sí que también bajo el punto de vista de la perfección de los métodos.

Una cuarta parte de la total riqueza de América, está empleada en el cultivo del suelo; esa es aproximadamente la proporción que la agricultura facilita á la industria. No se puede uno fiar de las estadísticas de 1830. Las cifras del censo de 1850 que fué muy completo, indican que, en ese corto espacio de 30 años, el total de las tierras mejoradas se duplicó con exceso.

El estado siguiente indica la extensión y la regularidad de los progresos realizados.

	1.850	1.860	1.870	1.880
Total de acres (1) en fincas.	293.560.614	407.242.538	407.735.041	536.081.835
Acres mejorados.	113.032.614	163.110.720	188.921.099	284.771.942
Núm. de fincas.	1.449.073	2.044.077	2.659.985	1.008.907
Dimensión media de las fincas.	203	199	153	134

(1) Acre: 40 áreas, 46 centiáreas.

Puede verse que á pesar de las gigantescas empresas que han estado de moda, durante estos últimos años, en algunos Estados del Noroeste, hay una marcada tendencia hacia las pequeñas explotaciones. La dimensión del promedio de las fincas ha descendido de 203 acres, en 1850, á 135 acres, en 1880. Este resultado se ha con-

seguido, bajo un régimen de absoluta libertad. Tenemos, pues, el derecho de decir que la explotación de pequeñas fincas, para que puedan ser cultivadas por una sola familia, es el sistema que conviene más á América. Cuando yo estaba en el Noroeste, en las inmensas propiedades que se hallan allí, los agricultores sagaces de la región, predijeron que los pequeños cultivadores, con fincas que no excedían de 160 acres, eliminarían á los grandes capitalistas que se han propuesto cultivar millares de acres con el trabajo de otros. Esa es una oportuna perspectiva. La centralización que parece ser indispensable en la industria, no invadirá el dominio agrícola. El Estado puede descansar con toda seguridad, en millones de habitantes que poseen el suelo dividido en pequeñas explotaciones. De tales ciudadanos está formada la mejor sangre de la República.

Las tierras mejoradas en 1880, no formaban más que un 15 por ciento de la extensión total, pero, aun en esa época, según Mulhall, producían aquéllas el 30 por ciento de los cereales del mundo. El capital empleado en fincas y en la agricultura era de 10.600.000.000 de dollars; es decir: que era tres veces más considerable que el capital comprometido en la industria. La diferencia entre los terrenos en arriendo y los mejorados es la siguiente: los primeros abarcan las partes montañosas y bosques que son propiedad del hacendado, pero que no ha preparado aún para sembrar en ellos. Generalmente las haciendas se componen, por mitad, de dos categorías de tierras, de manera que la producción del país puede ser notablemente aumentada, por los hacendados ó arrendatarios actuales, sin que el número de fincas aumente en mucho. El número de acres en plena explotación es de 284.771.042 de los que 71.703.898 están empleados en pastos, frutales y viñedos.

La mayoría de las haciendas de América se cultivan

por sus propietarios. Alrededor de tres millones sobre cuatro pertenecen á esa clase. El 8 por ciento del número total estaba tomado por parceros. Las haciendas de alquiler son las más pequeñas y su número decrece continuamente. En el Sur tan sólo es donde el sistema de arrendamiento, con una participación en los beneficios, ha logrado adquirir cierto desarrollo. Este sistema ha tenido impulso, después de la guerra, por consecuencia de la división de las grandes plantaciones. La mayoría de los parceros son negros. El régimen marca una etapa temporal subsiguiente á la esclavitud, que desaparecerá á medida que los arrendatarios puedan comprar las tierras á sus propietarios y antiguos amos. No existe hoy ley de primogenitura ni sucesión en América y la transferencia apenas si es más difícil que la compra ó la venta de un caballo.

América ha marchado á pasos agigantados. En 1850 producía aquella, tan sólo, 867 millones de *bushels* diez años después produjo 1.200 millones y otros diez años más tarde mil cuatrocientos millones. Transcurridos otros diez años, en 1880, salieron 2.700 millones de *bushels* del seno de la tierra, nuestra madre generosa. En ese total, el maíz figura por 1.750 millones, el trigo por 460 millones y la avena por 407 millones. La producción del maíz es, pues, doble que la del trigo y la de la avena. El maíz se consume en América. Constituye la alimentación de los cerdos, de los caballos, y también, en gran escala, la del ganado, en todo el país...

La producción de cebada aumenta rápidamente. En 1850, según el censo, se recolectaron 5 millones de *bushels*. En diez años la producción pasó á 16 millones. En 1880, era ya de 44 millones.

En 1880, no había más que 1.840,000 acres de plantaciones de centeno; produciendo 20 millones de *bushels*.

No es ni el maíz, ni el trigo, ni el algodón, ni la

cebada, ni la avena, ni el centeno las que ocupan el primer lugar en la agricultura, sino una hierba más modesta. El heno es la más preciosa de las cosechas americanas. La cantidad segada en 1880 pasa de 36 millones de toneladas, cubriendo una extensión de más de 30 millones de acres.

El sorgo es una planta de importación reciente. Aun cuando extranjero, parece prosperar en su nueva patria. Su cultivo se extiende rápidamente.

Llegamos ahora al principal cultivo del Sur, el algodón que verdaderamente, es un antiguo y venerable producto. ¿Herodoto, 450 años antes de Jesucristo, no nos dice que los indios hicieran telas y el César no cubría el Forum y la Vía Sacra con toldos de algodón, para amortiguar los rayos del sol á los dignatarios de la ciudad imperial? En 1621, fué cuando se plantó el primer árbol algodouero en América. El clima no fué muy favorable.

Numerosos ensayos fracasaron y á pesar de ellos, fueron renovándose en diferentes épocas y en diversos puntos. Mas de 157 transcurrieron, antes de que se consiguiera exportar una libra de algodón. En 1774, exportóse una pequeña cantidad de este textil á Liverpool. Se la consideró, por de pronto, como una transacción ilegal, ya que no se creía procediese de América. Cuando hacia la misma época se propuso en el Congreso de los Estados Unidos, la imposición de un derecho á los algodones extranjeros, uno de los representantes de la Carolina del Sur declaró que los plantadores de Carolina y de Georgia tenían el propósito de cultivar el algodón «y que este cultivo podría prosperar si se les proporcionaba buenas simientes.»

No deberíamos jamás decidimos á abandonar una cosa nueva, ya fuese esta una planta ya una idea; con frecuencia el último fracaso, es el precursor del éxito.

Durante los seis años siguientes las exportaciones á Inglaterra fueron 109, 389 y 844 *bags* (sacos). Después de la guerra de la Independencia (1776), empezó el algodón á llamar la atención. La máquina de Whitney, para separar el grano de la fibra, suprimió el último obstáculo á una producción casi ilimitada. Un derecho sobre la importación de los artículos de algodón hizo nacer la fabricación de los tejidos en América.

El cultivo del algodón recibió un nuevo impulso, y América convirtiéndose pronto en la principal fuente de aprovisionamiento del mundo. Sin remontarnos más allá de un medio siglo, en 1830 se recolectaron 976.845 balas.

En 1880, la cosecha se elevó á 5.757.397 balas evaluadas en 275.000.000 de dollars. De la cosecha de 1830, se exportó por valor de 30.000.000 de dollars, de la cosecha de 1880 por 220.000.000 de los que Inglaterra pagó las dos terceras partes. Las últimas exportaciones comprendían algodón manufacturado, que en 1830, no existía todavía. Así es que el valor de la exportación de algodón superaba en 30 millones de dollars á la del trigo.

El cultivo del tabaco sigue prosperando en América. Pero seguramente el hombre del porvenir no fumará.

Mascar tabaco es una costumbre del pasado. La pipa y el puro están condenados también. En las generaciones venideras el fumador parecerá tan desagradable como el mascador parece serlo á la generación actual. La cosecha de tabaco de 1870 á 1880 aumentó en un veinticinco por ciento. En la actualidad empléanse en ese cultivo 638.000 *acres* de terreno. El valor del tabaco en 1880, era de 3,500,000 libras esterlinas. El tío Jonathan se reparte equitativamente el tabaco, con el resto del mundo; expide un 50 por 100 al extranjero y se fuma la otra mitad: «Tome usted un cigarro» les dice á las

naciones menos favorecidas y él reserva uno para sí. ¡Generoso Jonathan!

No hemos de echar en olvido al pretendido producto de la vieja Irlanda, la patata, cuyo origen es muy americano. América ocupa buen lugar en este cultivo. En 1880 recolectó 203 millones de *bushels*, un poco más de 4 *bushels* por cada habitante. Yo no creo haber alcanzado mi parte que, para un adulto es de 6 *bushels*. Tampoco creo que un solo americano consienta en confesar que ha devorado semejante parte. Cuando menos, pondrá en duda la exactitud de las estadísticas.

Pero, como no se exportó ni un sólo *bushel*, no nos queda más que resignarnos á pasar por comedores de patatas, ó bien sospechar que nuestros compatriotas los Irlandeses, comieron, lo que es muy probable, más parte de la que les correspondía.

La enorme cantidad de frutas consumidas y recolectadas en América, sorprende al extranjero. A pesar de su baratura, los productos de las huertas, en 1880, se evaluaban en 52.500.000 dollars. Se importaba un promedio de seis libras de frutas por persona, lo que representa un valor de 20 millones de dollars.

El valor total de los productos agrícolas recolectados por el tío Sam, en 1880, era de 2,235.000,000 de dollars. Mulhall evalúa el total de los productos agrícolas, para 1884, en 2.751.500.000 dollars.

Examinemos ahora los animales que habitan esta gigantesca hacienda y los productos que de los mismos se sacan.

Empecemos por los cerdos, destinados á engordar y morir, 56.750,000 de dichos animales desfilan ante nosotros. ¡Imagínese el lector semejante procesión! Todo hombre, mujer ó niño, posee su pedazo más de un cerdo. Viene á continuación el ganado vacuno, Cuéntase con 46.000,000 de cabezas; entre las que 18.500,000

son vacas. Estas son las más numerosas y las más igualmente repartidas. En toda la superficie de América, cada familia de tres personas tiene su vaca de leche y una fracción de otra. Los carneros no bajan de 45.000.000, lo que da casi un carnero por habitante.

¿Les gustaría á mis lectores echar un vistazo sobre los caballos del tío Sam? Pues les presento 12.500.000 de esos nobles animales, desde los más rápidos trotadores del mundo, desde «Maud S.» con su record de una milla en dos minutos, ocho segundos, hasta el «tackey» semi-salvaje de la Florida. Más de dos millones de mulas y asnos les siguen y terminan la larga procesión.

El censo nos demuestra, que en promedio, cada familia del país posee un caballo, una vaca, cuatro cerdos y tres carneros lo cual no es una mala base para una familia campesina.

Permítanme que les lleve ahora á la lechería, y examinemos la manteca y los quesos. En 1880, se hicieron 400.000 toneladas de manteca, un promedio de 16 libras, por cada habitante. En 1870, se hicieron 80.000 toneladas de quesos; en 1880, ya se hicieron 120.000 toneladas. Desde el perfeccionamiento de fabricación, la producción ha aumentado considerablemente. Al americano le gusta menos el queso que al inglés. La mayor parte de su producción es exportada á Inglaterra bajo los nombres de Stilton, Cheshire ó Cheddar. Se fabrican todas las marcas y es sumamente difícil distinguir el producto americano de su prototipo el monárquico. Los quesos exportados en 1881, representaban un valor de 3.250.000 libras esterlinas. Las estadísticas presentadas á la *National Butter, Cheese and Egg Association*, cuando la última reunión en Chicago, indican que el valor real de los productos de la lechería, era de 100 millones de dollars y que el capital representado por las vacas era

superior en 40 millones de dollars al de los valores de Banco.

¿Qué hace el americano del producto de sus ganados y de las leches? Comienza por aumentar su consumo, que es considerable. 56.000.000 de personas, las más ricas del mundo, de la que cada una entiende tener lo mejor de lo que puede procurarse, y está acostumbrada á la alimentación más selecta, consumen enormemente. El resto, es exportado. Inglaterra, es, con mucho, la mayor consumidora, de gran número de esos artículos; adquiere la mitad de lo que no consume América.

En 1870, empezó un nuevo tráfico, la exportación del ganado vivo. Inglaterra, compra por valor de 400.000 dollars. En 1880, excedió, este comercio, de 12 millones de dollars. La exportación de bueyes vivos, dió comienzo en 1875, y, en 1880, representaba ya 7.500.000 dollars.

El cerdo americano era, durante los 20 últimos años, muy solicitado en Europa. En 1860, el valor de los jamones y de la manteca exportada, no sobrepasaba de 20.500.000 dollars; en 1880, la demanda excedió de 50.000.000 de dollars. Inglaterra adquiere la mayor parte. Ciertos prejuicios contra los jamones y la manteca americanos existían entonces.

Acuérdome haber visitado en Inglaterra, el establecimiento de un médico al que se le consideraba como matador de cerdos ingleses únicamente. Sin duda alguna, era el proveedor de esa manteca exquisita que mis amigos tenían por tan diferente de la manteca extranjera. Una estiva de cajas, algunas medio vacías, en las que se leía «Chicago» llamó mi atención. Llamé aparte al propietario y le pregunté si el contenido de dichas cajas era inferior á los productos del país. Sonrióse y me dijo «Algunas veces, sí, otras no». El género americano tiene actualmente una reputación bien sentada,

á pesar de lo cual ¡cuántas toneladas se venden todavía como legítima inglesa! El tío Sam, saca de sus cerdos una renta anual de 85.000.000 de dollars.

Envía pocos carneros al extranjero. El valor de la exportación en 1884 era inferior á 300.000 dollars. Pero, gracias á las rápidas y continuas mejoras introducidas en la cría del ganado, puédesse preveer, que, en época no lejana, América exportará buen número de carneros, los cuales tan gran rendimiento dan á Australia. Hace 20 años, el carnero de América no era comestible. Aun hoy, todavía es inferior al de Inglaterra, pero, de año en año va mejorando. Dudo que pueda alguna vez alcanzar la calidad del mejor carnero de Escocia, pero que mejora, resalta claramente del aumento de la lana, que es superior al aumento de los carneros. Entre 1850 y 1860, el aumento de la producción de la lana era de 14 por 100. Durante la década siguiente, alcanzó al 66 por 100, y entre 1870 y 1880 ya fué de 147 por 100. El promedio del esquila en 1850 era tan sólo de dos libras tres décimas, en 1880, había casi doblado (4 libras 4 décimas). El esquila del Norte pesa en promedio más de 5 libras. En el Sur, el carnero no precisa un vestido tan caluroso, si Dios atempera el viento en el carnero esquilado, adapta también la lana al clima y vela para que el carnero del Sur no se halle demasiado recubierto.

La producción de la lana, en América, aumenta como todo lo restante. En 1830, el esquila no alcanzaba más que á 18.000.000 de libras; en 1850, ascendió á 52.000.000; en 1860, á 60.000.000 y, en 1870 á 100.000.000.

En los 10 últimos años, esas cifras han llegado á más del doble. En 1860, el peso de la lana esquilada era de 240.000.000 de libras. ¡Quién habría de creer que América produce dos veces más lana que la que da Inglaterra! Esta fué para mí una gran sorpresa. En

1880, la producción inglesa era de 112.000.000 de libras.

La enorme exportación de víveres, sugiere serias reflexiones. Las poblaciones del viejo mundo aumentan rápidamente sin que su suelo, ó su capacidad de producción aumente en las mismas proporciones. Desde el principio del siglo XIX dicha población se ha elevado de 172 á 312.000.000 de habitantes. Este es un progreso sin precedentes en la historia del Viejo Mundo. Sin las enormes expediciones de víveres de América y de otros países, hubiera sido probablemente imposible. El consumo actual de víveres por Europa es infinitamente más grande que su producción... Para su futuro desarrollo, Europa, parece ha de verse obligada á contar con las provisiones extranjeras, especialmente las de América. Inglaterra depende más del extranjero que los demás países. Giffen estima que 12.000.000 de ingleses, es decir un tercio de la población, se alimentan ya de víveres extranjeros.

Sería difícil exagerar las consecuencias de este hecho, cuya importancia crece de día en día. Evidentemente, Mr. Caird y otras eminentes autoridades tienen razón al pretender que un cultivo más intenso al suelo de Europa, y sobre todo al de Inglaterra, podría aumentar la producción, pero, á mi entender, los resultados serían muy costosos y limitados. El número de europeos obligados á pedir el sustento al Nuevo Mundo, aumentará cada año. Afortunadamente, éste posee recursos, todavía no explotados que pueden cumplir todas las demandas durante muchos años... Millones y millones de acres fértiles en un país soleado y regado por beneficiosas lluvias, no esperan más que el arado para proporcionar alimento á otros hombres.

Cultivar esa heredad, levantar poblaciones, y construir caminos, ferrocarriles y telégrafos, y edificar escuelas é iglesias tal es la mejor tarea á que el ameri-

cano puede dedicarse. Para él, el transporte de mercancías por mar es una ficción; no sabría emprenderlo en condiciones ventajosas.

Todavía menos debe lanzarse á la construcción de buques de guerra. Construir algunos pequeños barcos, adornarlos con el título de escuadra, se verá la comparación y resultará ridícula. Debe tener la flota más poderosa del mundo, ó carecer de ella. En este momento se quiere asustarla, sacando á relucir que tiene sus costas sin defensas. Afírmase que la más pequeña potencia extranjera podría atacarla y vencerla.

Claro está que cualquiera que se pasee por Broadway puede verse atacado por un granuja. ¿Es esta una razón para que salgamos á la calle recubiertos de una cota de malla?

No hay un solo puerto en América que no pueda ser cerrado de una manera eficaz, si llegara el caso, antes de que el enemigo se hallara á la vista. Pero es poco probable que América se vea nunca atacada, si no se arma esta. Cuando las naciones adquieren armamentos bajo pretexto de defensa, no está muy lejos la ofensa. Shakespeare nos dice:

«Cuán á menudo la facultad de hacer el mal
Hace cometer el mal».

Ruego á mis compatriotas que dejen á las monarquías del Viejo Mundo, la locura y el crimen de construir y de sostener esas enormes máquinas de guerra de las naciones que, sin ellas, habrían estado en paz.

INDUSTRIA

Puede decirse de una manera general, sin temor de equivocarse, que la nación que tiene su industria más variada, siendo las demás condiciones iguales; es probablemente la más próspera, la más poderosa, la más afortunada. La agricultura es la primera y más esencial de las profesiones, pero se halla lejos de proporcionar los resultados mejores bajo el punto de vista comercial é industrial.

«England's Supremacy» JEANS.

Channing escribe: «Se ha descubierto que el trabajo era el más poderoso de los conquistadores, y que daba á las naciones la riqueza y la fuerza con mayor seguridad que las batallas».

La República proporciona á esas líneas, una elocuente demostración. Se ha convertido en la primera nación industrial del mundo, y debe esa supremacía al trabajo, no al azar.

Desde el principio de su historia, los americanos concedieron preferente atención á su industria, y manifestaron por ella aptitudes particulares.

Los primeros colonos se entregaron á ella con tal ahinco que, en 1670, cuando no llegaban aquéllos á 200.000, sus progresos habían ya empezado á excitar los celos de la madre patria. A pesar de las restricciones de Inglaterra, la industria y el comercio de América aumentaron rápidamente. Púedese formar idea por la siguiente cita, de á qué precio moral llegó á alcanzarse

ese resultado: «Las nueve décimas de los comerciantes de las colonias eran contrabandistas. Una cuarta parte del número total de los que firmaron la Declaración de Independencia se entregaban al contrabando. John Hancock, era el rey de los contrabandistas. En el instante en que corría la sangre en Lexington, comparecía aquél ante el almirantazgo, en Boston, para responder á medio millón, como multas, que por el delito de contrabando le habían sido impuestas». La política estrecha de Inglaterra ha causado males y sufrimientos de los que no se puede formar idea, ni aun cuando es conocida esta desmoralización en masa de un pueblo generoso, y, bajo todos conceptos, respetuoso de las leyes. Los esfuerzos de los ingleses para detener el desarrollo de la industria, no tuvieron fin, como se podría suponer, con el triunfo de la revolución. Las industrias inglesas, mucho tiempo después de ser un hecho la Independencia, siguieron buscando el medio de continuar sus medidas de represión, y con frecuencia de singular manera.

Bishop, el historiador de la industria inglesa escribe:

«Los industriales ingleses, para deshacerse de la rivalidad de las manufacturas, en vías de desarrollo pero todavía imperfectas, no vacilaban en hacer grandes sacrificios; enviaban consignaciones considerables de mercancías que eran vendidas en subasta, dando para el pago largos plazos. Este sistema contaba con el apoyo de eminentes hombres de Estado. Mr. Brougham, poco después de la paz (1855), decía con respecto á las pérdidas experimentadas por los industriales ingleses, en tales transacciones, que debían aquellos resignarse á perder en su primera exportación, á fin de aplastar en la cuna, por la abundancia, esas industrias nacientes, que la guerra había creado, en contra del orden natural de las cosas.»

Todo esto atañe al pasado, pero, para inteligencia del asunto, es necesario recordarlo. Inglaterra tomó esa actitud, porque, como he explicado en el capítulo sobre las ocupaciones, en esa época «nadie sabía más allá».

Es digno de notarse que la importancia de las manufacturas con relación á la agricultura, aumenta á medida que va siendo más densa la población. En 1880, el capital empleado en la industria, no alcanzaba más que al 8 por 100 del comprometido en la agricultura. En 1860, era de 13 por 100; en 1870, de 19 por 100; en 1880, de 23 por 100, ó sea una cuarta parte del de la agricultura. En 1870 el valor de los productos industriales, deducción hecha de las primeras materias, era de 72 por 100 del valor de los productos agrícolas; en 1880, la proporción se elevó á 89 por 100. Así, aun cuando el desarrollo de la agricultura, en América, haya sido, sin precedente, el desarrollo de la industria fué mayor todavía.

La mayor sorpresa que puedo causar á mis lectores es, probablemente, la de decirles que la mayor nación manufacturera, así como agrícola del mundo, es la joven República y no la Gran Bretaña.

La industria harinera, durante los 50 años que examinamos, ha alcanzado proporciones gigantescas. A juzgar por el valor de sus productos, es la más importante de los Estados Unidos. En 1880, dicho valor excedía de 500.000.000 de dollars.

El capital empleado en tal industria, era entonces de 177.400.000 dollars.

La producción 5.000.000 de *bushels* al día.

La industria que le sigue, por orden de importancia, es la de la carne. Aunque de fecha reciente, ha adquirido enormes proporciones. El capital de esta industria era, en 1880, de 10.000.000 de dollars. Se mataban

1.070,000 bueyes; 2.200,000 carneros y 16.000,000 de cerdos.

En Chicago es donde la matanza se practica en mayor escala. En 1880, 5.750,000 cerdos fueron transformados en embutidos y jamones y medio millón de bueyes, fueron puestos en conserva. Como ejemplo de la perfección de las máquinas empleadas, los «Chicagoanos» tienen á gala decir que el espectador ve el cerdo vivo introducido, en un rincón de la máquina, y ven salir los jamones por el otro extremo antes de que los gritos del animal hayan salido del oído de aquel. Cuando se solicitó de Matheu Arnold, que comprobase lo dicho, escribió: «¿Para qué he de asistir á la matanza de cerdos? ¿Para oírlos gritar?» Y se negó.

Siguen á continuación las industrias del hierro y del acero. Sus productos en 1883, se evaluaban en 400.000,000 de dollars. La producción de la fundición ha aumentado de una manera prodigiosa. En 1883, era aquélla de 5.250,000 toneladas, es decir, más de 30 veces la cantidad producida en 1840. Este aumento sin precedente de cantidad, vióse acompañado de una mejora de calidad que ha colocado al hierro y al acero americanos, al mismo nivel que las mejores clases de Inglaterra, la reina del hierro.

En 1870, los Estados Unidos estaban á bastante menor nivel que Francia y Alemania en cuanto á la fabricación del hierro se refiere; 10 años más tarde, producían los Estados Unidos más que los dos países juntos. América fabrica actualmente algo más de una quinta parte del acero del mundo. América no es inferior á la Gran Bretaña. Por lo que al acero respecta, es muy probable que la República en 1890 figure en primer lugar.

El progreso industrial más rápido que jamás haya visto el mundo, es quizás, el del acero Bessemer, en América. En 1870, se producían 40,000 toneladas de

acero Bessemer; en 1882 alcanzó la producción á un millón doscientos noventa mil...

La superioridad de América en los railes de acero, es más notable todavía.

La Pensylvania lleva la corona de hierro. Cerca de la mitad del capital empleado en estas industrias se halla allí, y proporciona á aquélla el 46 por 100 de la producción total. Siguen á continuación los Estados del Ohio, de Nueva York y del Illinois.

El comercio de madera de carpintería (lumber), una industria particular de América, sigue inmediatamente después. Desde el año 1850, el valor del producto anual, ha cuadruplicado y el capital comprometido ha aumentado con poca diferencia en la misma proporción. En 1880, esta producción representaba 233.268,720 dollars. El principal sitio de esta industria es Michigán; una región donde, hace 50 años, no se conocía todavía al carpintero. El capital comprometido en este solo Estado era, en 1880, de unos 40.000,000 de dollars ó sea más de la quinta parte del capital total empleado en toda la superficie de América. Al paso que van las cosas, los bosques del Michigán, del Wisconsin y del Minnesota, durarán de 20 á 25 años, pero los del Sud que son cuatro veces más grandes, pueden durar según se dice, un tiempo indefinido. Se explotan inmensos bosques en el territorio de Washington, del Oregón y de la California del Norte. En el porvenir, el derribo de árboles se hará de una manera más metódica que en el pasado; pero no es de temer que la explotación disminuya.

Existen en América, vastas regiones en donde la plantación de bosques es el único cultivo posible; y regiones en las que es más productivo que ningún otro. Y siempre será así. No es, pues, de temer que los bosques lleguen á verse totalmente destruídos. La calidad y la varie-

dad de las maderas son demasiado conocidas para que insistamos en ello.

Las manufacturas de algodón se han desarrollado rápidamente en muchos países, pero en ninguno tanto como en América.

En Inglaterra, eran aquellas seis veces más numerosas en 1880 que en 1830, en América diez y ocho veces y media. Las industrias de algodón en este último país, han aumentado casi tres veces más aprisa que las del resto del mundo.

A comienzos del siglo XIX, aun cuando la cosecha de algodón no fué más que la septuagésima séptima parte de lo que era en 1880, sólo el dos por ciento de la producción se había manufacturado en América. En 1881, la proporción era de 31 por 100. En esta industria, como en muchas de las otras, vemos á Inglaterra y América, á la madre y la hija, luchar juntas y dejar al resto del mundo muy rezagado. Estas dos naciones reunidas, absorben los dos tercios de la industria.

El capital empleado en la industria del algodón en los Estados Unidos se elevaba, en 1880 á la suma de 208.000,000 de dollars. Ocupaba á 172,504 obreros, que percibían salarios por valor de 42.000,000 de dollars. El valor de la producción ascendía de 192.000,000 de dollars.

La industria lanera se ha desarrollado mucho en los últimos años. Desde 1860, ha triplicado, ó sea un aumento seis veces más grande que el de la Gran Bretaña... En 1883-84, se emplearon en los Estados Unidos 396.000,000 de libras de lana; de esa cantidad 330.000,000 procedían de América.

La exportación de lana comienza á adquirir una gran importancia. El tío Sam que nutre á su hermano europeo, podrá también vestirlo antes de que transcurra mucho tiempo.

El capital empleado en la industria lanera, en 1880,

era de 19.000,000 de libras esterlinas. Más de 80,000 obreros que percibían salarios por valor de 26.000,000 de dollars, se hallaban empleados en la misma. Aun cuando, entre 1870 y 1880, el capital se elevara en 21 y medio por 100, el número de los establecimientos ha disminuído en 31 por 100. A medida que las máquinas se perfeccionan, su precio tiende á disminuir los pequeños capitales y á aumentar la importancia de las manufacturas.

La fuerza empleada en los Estados Unidos, es igual á la de 3.410,837 caballos, una fuerza capaz de elevar un peso de 17.000,000 de toneladas, á un pie de altura.

El hombre obliga á la naturaleza, cada día más, á que le sirva. Hace 100 años no hacía casi más que proporcionarle el trigo, la carne y la lana. Hoy siega el trigo, lo ata, lo trilla, lo muele, lo transforma en pan y lo transporta á su puerta. La lana, la hila, la teje y la cose para hacer trajes, que coloca á la puerta del que los ha de llevar, por distante que se halle. Hace volar sus mensajes á través de los continentes y de los mares. Siempre obediente, siempre infatigable, siempre dispuesta, su buena voluntad se acrecienta á medida que se acude á ella. Ya ha tomado á su cargo todos los trabajos penosos que incumbían al hombre. Bajo la democracia triunfante cada día le descarga aquélla de un nuevo peso, á fin de dejarle más goces. En los demás países, los hombres no son tan dichosos. En vez de hacer conquistas sobre la naturaleza, se esfuerzan en hacer conquistas militares, á costa unos de otros, empujados á ello por los reyes ó por nobles egoístas y vanidosos. Pero el fin de ese régimen se halla cercano. Es probable que la industria triunfe del feudalismo y de los ejércitos permanentes de Europa. Aquella ha empezado ya. América, tierra bendita de la paz, difunde por el mundo no sólo sus productos, sino también su Evangelio de la igualdad de los hombres, y,

pronto las naciones viejas habrán de abandonar la guerra para sustituirla por las labores pacíficas.

En el excelente libro de M. Pidgeon *Old World Questions and New World Answers* que, bien considerado, es el mejor libro de ese género que yo conozco, el autor indica bien el verdadero éxito de la República; á saber: el respecto de que disfruta, el trabajo. Comparto este parecer con el señor Pidgeon:

«Explicaos esto como gustéis. Hay un abismo entre las ideas del Nuevo y del Viejo mundo, sobre esta cuestión radical de la dignidad del trabajo... El código social de este país, empuja á numerosos jóvenes que salen de vuestros «publis schools» ó universidades, bien á las profesiones sabias ya sobrado encumbradas, bien á las funciones del gobierno, cuyo círculo de ocupaciones irresponsables destruye la originalidad y debilita el espíritu de decisión. En Inglaterra los señoritos capaces é instruidos, no pueden hallar carreras, en tanto que, en América, puestos muy importantes, están ocupados por «yonug ladies» iguales á las nuestras, bajo todos los puntos de vista que la palabra «lady» significa, y los superiores por todas las cualidades que nacen del esfuerzo y del «self-keep. No es culpa nuestra, y no pienso quejarme de lo inevitable. Al principio éramos un país feudal, y no podemos escaparnos á la influencia de nuestras tradiciones. En los tiempos feudales, el hombre que trabajaba para otro, era un «villano»; hoy es un «inferior». Un hombre que no tenga que trabajar es un «gentleman» y una criada una «persona». La costumbre nos impide ver que la dignidad del trabajar es, en nuestras bocas, una simple frase que nos ciega respecto á la pérdida de nuestra energía nacional; pérdida que es la venganza de la injuria hecha al trabajo.

«En tanto que la batalla del libre cambio influyó á través del Atlántico, probamos de importar en nuestros consejos de administración y en nuestros despachos, algo

de la vivacidad y de la tenacidad americana, y en nuestros talleres algún sentido de la libertad del trabajo».

El autor expone los hechos con exactitud, pero no se ha tomado la pena de indagar las causas de ese sentimiento de la dignidad del trabajo, en la República, y de su ausencia, en la Monarquía. Quisiera hacerlo en su lugar... Un estado basado sobre la idea monárquica, abarca forzosamente una aristocracia. Luego, á medida que vais elevando á la familia real y á la aristocracia, rebajáis inevitablemente del nivel de aquéllos, á todos los que no pertenezcan á esa clase. Esto es claro. Si colocáis en el pináculo á gentes que no se entregan á trabajo alguno, que no son ni ministros, ni abogados, ni hombres de leyes, ni profesores; si creáis una corte de la que los comerciantes y los obreros se hallan excluidos, si sostenéis una reina que se niega á que le sea presentado un comerciante, aun en sus recepciones oficiales, inferiendo de este modo á una profesión honrada la más grosera injuria, ¿cuál puede ser el resultado de ese sistema, sino un Estado en que no sólo la dignidad del trabajo no está reconocida, sino que se ve desdeñada? Tal es la verdadera esencia de las ideas monárquicas.

La reina de Inglaterra insulta visiblemente al trabajo, en todos los instantes de su vida, al negarse á reconocerlo. Y la gente que la rodea, desde el duque que anda á reculones ante la vista del Señor á razón de 4,000 libras esterlinas al año, hasta el primer gentil-hombre de la Cámara, todos, sin escepción, tienen el mismo desprecio de las vidas útiles.

M. Pidgeon, propone como remedio á esa peste una mejor educación. La idea es buena, pero, mientras ese pueblo instruido no vaya contra la raíz de las cosas, no derribe los fundamentos sobre que descansa su gobierno y no lo reemplace por otro, basado en la igualdad de los ciudadanos, podrá gestionar lo que quiera sin lograr que

el trabajo ocupe en el Estado el lugar que le corresponde.

Desde luego, conozco la objeción de las gentes pertenecientes á la clase de los autócratas: «Los ingleses no han salido mal librados, ¿verdad?» Hasta ahora, no sólo han ocupado su lugar en el mundo sino que en muchos sitios, han ocupado el de los demás. La raza inglesa ¿no ha realizado sorprendentes progresos? Sí, ciertamente, ¿pero, por qué? Porque, hasta estos últimos tiempos, los ingleses se han ido á las manos con hombres menos libres, y por consiguiente menos *hombres* que ellos. Comparad las libertades políticas de un inglés con las de un alemán ó de cualquier otro pueblo europeo, y hallaréis la confirmación de la regla que acabo de indicar. Cuanto más libre es el ciudadano, es más grande la nación. ¿Quién podrá negar que la condición de la doctrina del derecho divino de los reyes, no haya tenido una poderosa influencia en el carácter nacional? Un juez competente que examinara ambos países, ¿podría negar la inmensa superioridad del obrero republicano? Por ejemplo, M. Howard de Bedford, ó M. Lonthain Bell, ó M. Windsor Ruéhards, ó M. Eduard Martin—que todos han examinado el asunto—no dijeron á sus compatriotas, como yo se lo he dicho, que el *ciudadano* es superior al *sujeto*. La igualdad conferida al obrero, en América, es la razón de su superioridad, tanto como ciudadano, cuanto como obrero. La pala en la mano—pocos americanos manejan la pala—el inglés, bajo su clima frío, hace más labor que su compatriota puede hacer, ó cuando menos que no hace aquí; pero, cuando se trata de trabajar, el inglés es incapaz de luchar con el americano. Y así sucederá, en tanto que no sea ciudadano de una república basada en la igualdad política. Tiene éste en sí la muestra necesaria, pero las leyes de su país le comprimen y, durante toda su vida, le impiden desarrollarse.

La lucha por la vida renace, pero esta vez, con armas

distintas de la lanza y de la espada. Las naciones europeas deben desembarazarse del peso que llevan, si no quieren quedar cada vez más rezagadas. El primer deber de las gentes, es conquistar sus derechos políticos y las leyes que les dan una igualdad perfecta. Obtenido esto, lo demás será fácil. Los habitantes de todos los países son pacíficos; no se hallan animados más que de buenas intenciones, unos respecto de los otros. La enemistad es obra de los jefes hereditarios y de las clases militares, y no obra de las masas. Las gentes del pueblo no se hallan de conformidad con tales *rivalidades* y ambiciones políticas. Su llegada al poder podrá poner rápidamente al servicio de las ocupaciones industriales pacíficas las fuerzas consagradas hasta ahora á las guerras internacionales. El reino de la democracia hará reinar en la tierra, la paz entre los hombres de buena voluntad.

LAS MINAS

En los capítulos precedentes, he empleado con tanta frecuencia, el superlativo al comparar á América con los demás países, que algún lector extranjero, que, oiga por primera vez hablar de las grandezas de América, tiene el derecho de mostrar cierto escepticismo. Quizás se imaginará que tan magníficos atributos, más que á una nación verdadera, deberían pertenecer á un país fabuloso de la Atlántida. Y sin embargo, no he dicho más que la verdad.

La República es, realmente, tal como la he descrito, la más vasta, la más poblada, la más rica de las naciones civilizadas, al propio tiempo que la más grande, bajo el punto de vista agrícola, «pastoral», é industrial. Puede aquella todavía pretender otra superioridad. Es la nación minera, más grande. Su supremacía es todavía, pues, tan grande bajo tierra, como sobre tierra. En cualquier parte de este vasto continente ha extendido la Naturaleza sus grandezas con una prodigalidad loca. Por debajo de los campos de espigas, que maduran bajo un clima perfecto, se hallan inmensas riquezas minerales. Los depósitos de oro, de plata, de carbón, de hierro, de cobre; van descubriéndose continuamente, en cantidades desconocidas, y las minas, producen anualmente ríos de petróleo. Para llegar al colmo de esa generosidad y permitir que se saque partido útil, la naturaleza, en virtud sin duda de la ley que dice: «Al que tenga, se le dará» ha hecho á América, recientemente, otro regalo, tan notable como raro. Le ha

dado un producto cuya riqueza y utilidad superan con mucho á los de los demás países; le ha dado un gas natural, un fluido destilado, en el seno de la tierra, y almacenado en vastos gasómetros naturales. Este gas, no tiene necesidad más que de ser conducido desde las calderas de las minas.

Déjenme que les describa esta nueva maravilla. Hace 7 años una Compañía practicaba sondeos para hallar petróleo, en Murrarysville, cerca de Pittsburgo. Habíase alcanzado una profundidad de 1,320 pies, cuando los bosques fueron lanzados al cielo y el muro roto en pedazos, por una formidable explosión de gas. El estampido se oyó á varias millas de distancia. Se acercó una luz, é inmediatamente surgió un demonio de fuego que se puso á silbar, á voltear por los aires, y á desecar la tierra en una vasta extensión. Creyóse en una explosión que precedía al petróleo, y se dejó perder ese precioso combustible, durante 5 años. El carbón en esta región, no cuesta más que dos ó tres chelines por tonelada. Se estaba, pues, bastante poco dispuesto á arriesgar dinero, para intentar reemplazarlo por un combustible que era más barato, pero que podría desaparecer tan inopinadamente como se había presentado. Así es, que los años pasaban y las llamas gigantescas continuaban danzando por el aire, tan locamente como el primer día. Entonces se constituyó una sociedad para utilizar el gas. Los tubos lo conducían á las calderas de los establecimientos metalúrgicos, donde brillaba sin hacer humareda.

Los obreros que llevaban el carbón y lo tiraban á los hornos, vinieron á resultar inútiles. Perforóse en otros sitios. Pronto hubo alrededor de Pittsburgo, 20 pozos de gas, de los que uno sólo producía 30.000,000 de pies cúbicos, por día. Otro proporcionaba, diariamente, una cantidad de gas igual á 200 toneladas de carbón. Numerosas líneas de tubos, formando un total de 600 millas, trans-

portaban el gas desde los pozos á los centros manufactureros de Pittsburgo, Alleghany-City y sus arrabales. Los depósitos de carbón vacíos, han sido blanqueados con cal. En algunas fábricas, en que trabajaban 120 fogoneros impregnados de carbón, como si fueran verdaderos demonios, para alimentar los fuegos; un solo hombre, con traje limpio, se pasea indolentemente, teniendo, por toda misión, la de vigilar los manómetros. La humeante ciudad hállase actualmente rodeada de una atmósfera clara, y casi nadie creería que de lo alto de las rocas de la Mononghela River, se pudiera percibir los mil Altos Hornos, de la ciudad del hierro, ahumados en otro tiempo. Las residencias particulares están en Pittsburgo, alimentadas por este gas, que sirve para la calefacción y para la cocina. En la actualidad, ya se ven reemplazados por el gas, más de 10.000 toneladas de carbón, y el *slack* (carbonillo) que antes no valía menos de tres chelines la tonelada no alcanza ahora valor alguno, en Pittsburgo. Hoy, los pozos de gas en Pittsburgo y en sus alrededores se cuentan por centenares. El número de sociedades que tienen por objeto explotar el gas natural en Pensylvania, era en 5 de Febrero de 1884, de 150 que representaban un capital de muchos millones. Desde esa época, se han concedido muchas otras autorizaciones. Más de 60 pozos se han abierto en Erie (Pensylvania). Se ha hallado también gas, en pequeñas proporciones, en los Estados del Ohio, de Virginia, del oeste, de Kentucky, de Indiana, del Illinois, del Kausas, del Dakota y de la California.

El gas, es probablemente el producto de la destilación del petróleo, lanzado por el calor subterráneo y la presión, fuera de los depósitos carboníferos tan numerosos en Pensylvania.

El aceite mineral era conocido ya de los primeros Caldeos. Herodoto, Plinio y otros autores lo mencionan. Pero

no fué nunca utilizado en la industria hasta 1847, por Young, de Glasgow, que fabricó aceite lubricante con el petróleo sacado del Derbyshire, en Inglaterra. Más tarde, en Inglaterra y en América, se empezó á extraer petróleo del carbón. En 1860, en los Estados Unidos, no había menos de cuarenta minas que producían, alrededor de 500 barriles por día. Pero no debían aquéllos tardar en desaparecer. El año precedente, se formó una Sociedad, en Pennsylvania, para perforar pozos, en diversos puntos, donde se había visto chorrear petróleo, ó flotar sobre el agua. Los indios tenían la costumbre, por medio de telas dispuestas al efecto, de recoger un poco de ese aceite del que se servían para sus tatuajes de guerra, y para lavarse. El petróleo, en su estado natural, bajo el nombre de *Seneca Oil*, aun hace tan sólo 20 años, tenía la fama de ser un remedio infalible. El anuncio charlatanesco que hacía resaltar las virtudes de esta medicina comenzaba así:

«El bálsamo salutario, sacado de las fuentes secretas de la naturaleza, da al hombre, la flor de la salud y de la vida; el mágico licor sale de las profundidades de la tierra, para calmar nuestros sufrimientos y endulzar nuestras penas.»

Costaba dos dollars la botella. ¡Pobre credulidad humana! Desde que el aceite, que en otro tiempo curaba todos los males, no produce más que un dollar por barril, ha tenido todas las virtudes curativas...

En el distrito de Pittsburgh, se encuentra otro depósito mineral de un inmenso valor, una notable vena de carbón de un gran espesor, que hace un cok de una calidad célebre en todo el continente. Es tan fácil extraerlo, que un hombre y un muchacho pueden recoger y cargar, unas 30 toneladas, en 10 horas. En Chicago y en San Luis, en los altos hornos de Pittsburgh, y en las minas de plata y de plomo del Utah ese cok «compacto, plateado y

brillante» juega un importante papel. Gracias á él, Pittsburgh se coloca como productora de hierro, antes que las poblaciones emplazadas sobre los propios lechos de mineral de hierro...

En esta misma Pennsylvania tan favorecida por la suerte, se encuentran depósitos de antracita excelente, que no se extienden más que sobre una extensión de 470 millas cuadradas, pero que son de una extraordinaria profundidad. Los depósitos cuyo espesor, en ciertos puntos, varía de 50 á 700 pies, y en un promedio de 70 pies, dan á esta maravillosa región un valor más grande que al de muchas comarcas mineras, diez veces más extensas. Cerca de Pottsville, existe un espesor de 3 millas 300 pies de carbón mineral. El contenido de las minas de antracita, teniendo en cuenta el 50 por 100 de pérdida por la extracción, se calcula en 13,180,535,000 toneladas de buen carbón; ó sea una provisión capaz de bastar al consumo actual, ó sea 300.000,000 de toneladas al año, durante 439 años. Durante este tiempo, sin duda, los hombres quemarán el hidrógeno, utilizarán los rayos del sol, la fuerza de las mareas ó emplearán algún medio que esté aún por descubrir, para sacar calor y fuerza de los fenómenos naturales. No pasarán penas por falta de antracita. En la actualidad ese combustible es particularmente precioso por su dureza, su intensidad y su pureza que permiten utilizarlo para la fundición de hierro sin convertirlo en cok. A su ausencia de humo, deben las poblaciones del Este, la pureza de su atmósfera. La contemplación del paisaje desde lo alto del *Brook Klyn Bridge* haría las delicias de cualquier londinense, acostumbrado á la negra atmósfera de las poblaciones de Inglaterra. Distinguiría las torres y las chimeneas de las grandes ciudades que se extienden á algunos kilómetros de allí, sin que una molécula de humo turbe la pureza del aire, ó enturbie un cielo cuya limpidez puede rivalizar con el de Italia.

En 25 Estados y territorios diseminados sobre todo el continente, en el Norte, en el Sur, en el Este y en el Oeste, desde el estado del Alabama al de Rhode Island, de éste á California y al Oregón, se extrae carbón, y aun se sabe que existe en otros Estados.

Esta industria se desarrolla considerablemente. En 1860, la producción no era más que de 7.250,000 toneladas; en 1880, alcanzó á 71.000,000 de toneladas, y en 1884, llegó á 87.000,000 y medio de toneladas. La producción de Inglaterra en ese mismo año fué de 170.000,000 de toneladas. El resto del mundo produjo tan solo 130.000,000 de toneladas, de manera que Inglaterra y América reunidas, produjeron más del doble de carbón que todas las demás naciones juntas.

Sgún Mulhall, América ha proporcionado más del 50 por 100 de todo el oro del mundo entero. En 1880, se evaluaba la cantidad de oro en el mundo, en 10,350 toneladas, que valían 7.240 millones de dollars. El Nuevo Mundo ha proporcionado de esa suma, 5,355 toneladas. Durante los 10 últimos años, Australia y América se han empujado mucho para ocupar el primer lugar. Al fin quedó éste por la República.

La producción de la plata en América, supera á la del oro. De las 193,000 toneladas que se calcula que han sido extraídas durante los últimos 500 años, las Américas han proporcionado 172,200 toneladas ó sea el 84 por 100.

Esta plata procedía, sobre todo, de México y del Perú, pero, estos últimos años, América ha ocupado el primer lugar... Desde 1880, la producción anual de plata en los Estados Unidos, ha alcanzado á un promedio de 46.200,000 dollars.

América, figura también en primer lugar, para el cobre; los Estados Unidos y Chile, proporcionan más de la mitad de la producción universal. La producción de la República ha sextuplicado, desde 1860. Dicho año, la

producción total, fué de 5,388 toneladas; en 1870, de 12,600 toneladas; en 1880, de 27,000 toneladas y en 1884, de 63,550 toneladas. De 650 toneladas en 1850, á 63,000...

En la orilla Sur del Lago Superior, se encuentra ese metal casi puro, en masas de todas dimensiones, que á veces pesan una cifra considerable de toneladas. Existen minas de cobre, en 21 Estados y territorios, y se halla mineral, en varios otros. Esta industria se desarrolla rápidamente, y, sin duda, antes del próximo censo, la producción anual habrá doblado.

En 1870, la importación de plomo en los Estados Unidos, se elevaba á 44,000 toneladas. En diez años, descendió aquélla á 4,000 toneladas. Hoy los Estados Unidos, en vez de importar plomo, comienzan á exportar pequeñas cantidades: En 1884, exportaron, 26,000 libras.

El zinc, se extrae actualmente en grandes cantidades. Antes de 1870, el total obtenido era muy pequeño; en 1880, la producción del año, superó en mucho á la de la Gran Bretaña. Fué aquélla, de 23,239 toneladas, contra 15,947. En 1884, la producción había alcanzado á 35,000 toneladas. La República se coloca en tercer lugar, entre los países productores de zinc.

Los recursos minerales de los Estados Unidos, comprenden también el azogue; los minerales de colbato, platino, radio, antimonio, arsénico, &, &. En varios Estados, se explotan minas de sal. El azufre, el grafito y el gypse, abundan. Los fósforos minerales son explotados en la Carolina del Sur, donde se les emplea como abonos. El granito, el mármol, el gres, y otras hermosas piedras para construcción, son abundantes: Los tesoros de la tierra han jugado un papel considerable en el desarrollo y la prosperidad de la República. Además de beneficios directos considerables, procuraron, aquéllos, beneficios indirectos, provocando la colonización de inmensas regiones. Enormes poblaciones se han desarrollado, como por arte

mágico, en medio de la soledad. Donde quiera que los mineros se instalasen, los agricultores y obreros no tardaban en aparecer para atender á sus necesidades. Así es como nacieron muchas de las más grandes y más ricas poblaciones del Oeste. San Francisco, es el ejemplo más notable.

Un ejemplo más reciente nos lo proporciona Leadville, que, hace 10 años, era el centro de una región estéril, inhabitada, residencia del jaguar y del oso gris. Hoy es una población con largas calles, hermosos edificios de piedra, hospitales, escuelas, y todos los atributos de una gran ciudad. El país que la circunda hállase ocupado por agricultores.

La República se asemeja al tendero del Colorado, que tenía puesto en su tienda este magnífico anuncio: «Si no veis lo que podéis necesitar, pedidlo.» Cuando tenemos necesidad de un mineral, lo buscamos y la naturaleza nos lo da. Hace algunos años no teníamos ni una libra de «speigel» tan esencial para el acero Bessemer. Nos faltaba, creímos, el mineral conveniente. Las 100,000 toneladas que anualmente consumíamos, eran importadas. Hoy tenemos los minerales del Lago Superior, de Virginia, del Arkansas y todo el «speigel» que hemos de necesitar se fabrica en casa. Otro tanto, puede decirse del ferro-manganeso, que es una substancia metálica tan necesaria á la fabricación del acero dulce, como el «speigel» es necesario á los railes de acero. Nuestros industriales lo pagaban á 80 dollars, y venía por mar. Teníamos, pues, gran necesidad de este precioso mineral, y he aquí que de pronto, se descubrió una rica mina en Virginia y otra en el Askansas.

El estaño es el único metal que nos falta, pero no les sorprenda si algún día llegan á saber que se ha descubierto un depósito de estaño, al lado del que sean insignificantes todos los depósitos conocidos...

Gracias á Dios, todos esos tesoros de la tierra están en manos de un pueblo inteligente. Servirán para el bien general de las masas y no para miras egoístas y bajas de una clase hereditaria privilegiada. Que se trate del Canadá, en el Norte, ó de Chile, en el Sur, la nación más pequeña puede dormir en paz! La característica del gobierno confiado al pueblo, es la de abjurar el espíritu de conquista, y en caso necesario, la de proteger al vecino débil contra una agresión extranjera. Un gobierno tal, no molesta á ninguna nación, sostiene con todas, relaciones de vecindad pacíficas y amistosas. Cierto que la República, es la hija de Inglaterra, pero hallándose aquélla desembarazada de las instituciones monárquicas y del militarismo que se desprende de ellas necesariamente, ha rechazado la idea y no quiere otras conquistas que las del amor. La democracia puede manifestarse orgullosa del hecho de que el gigante del continente occidental no sea temido por los pigmeos que la rodean. Todas la miran con afecto y admiración y saben que en caso de peligro, tendrían en ella un defensor poderoso.

¡Si la monarquía hubiese sido dueña del país, cuán diferente hubiera sido el resultado! Además de las guerras inherentes á un sistema aristocrático y militar, no habría tenido ojeriza á la República, como república, ya que jamás consentirá un realista dejar que viva una república, si puede impedirlo. Los realistas, de ordinario, no son grandes cabezas, pero no se hallan por eso privados del instinto de conservación. Todas las naciones del continente hubieran vivido en el temor. Ninguna nación vecina ha querido jamás á los ingleses. Las gentes de Inglaterra son muy amables; pero, las clases directoras son exactamente lo que la monarquía y los privilegios las han hecho: egoístas, rígidas, perseguidoras, tiránicas y poco cuidadosas de los demás... Por esta razón es por la que

han sido siempre temidos los ingleses, y jamás se les ha querido por los demás pueblos.

Todo esto cambiará cuando la democracia sea dueña del país. Inglaterra vendrá á ser en Europa, lo que la república es en el continente americano, la consejera desinteresada, el guía, la verdadera amiga y escuchada, de las naciones menos poderosas y menos adelantadas.

TRAFICO Y COMERCIO

Los grandes buques que circulan entre el antiguo y los nuevos países son lanzaderas que tejen un glorioso tejido. Ya ha quedado inserta en la pizarra la palabra «Arbitraje». Ha llegado el turno á la divisa: *Paq y buena voluntad por siempre.*

Los Estados Unidos de América, ofrecen el ejemplo único, en la historia del mundo de una nación cuyo origen y desarrollo han sido puramente industriales. Todos los demás han pasado por la fase militar. En Europa y en Asia, así en los tiempos antiguos como en los modernos, el desarrollo social ha sido principalmente el resultado de la guerra. A poca diferencia todas las dinastías modernas de Europa, han sido fundadas por conquista, y todas las naciones han adquirido y conservado su territorio por la fuerza de las armas. Los hombres, al modo como las bestias salvajes, se han destrozado unos á otros al mando de clases privilegiadas.

Las colonias de América, fueron fundadas con fines comerciales, y en general los terrenos que aquéllas ocupan habian sido obtenidos por compra ó contrato, y no por conquista. Entregados á la industria, los americanos no han recurrido jamás á la espada más que para defenderse ellos ó sus instituciones. Jamás el arado, el martillo, y el telar han desertado para correr á una guerra de conquista. Jamás la profesión de las armas ha sido colocada por encima, ni aun al nivel, de las otras profesiones. Y, en verdad, antes de la guerra civil, los soldados eran

han sido siempre temidos los ingleses, y jamás se les ha querido por los demás pueblos.

Todo esto cambiará cuando la democracia sea dueña del país. Inglaterra vendrá á ser en Europa, lo que la república es en el continente americano, la consejera desinteresada, el guía, la verdadera amiga y escuchada, de las naciones menos poderosas y menos adelantadas.

TRAFICO Y COMERCIO

Los grandes buques que circulan entre el antiguo y los nuevos países son lanzaderas que tejen un glorioso tejido. Ya ha quedado inserta en la pizarra la palabra «Arbitraje». Ha llegado el turno á la divisa: *Paç y buena voluntad por siempre.*

Los Estados Unidos de América, ofrecen el ejemplo único, en la historia del mundo de una nación cuyo origen y desarrollo han sido puramente industriales. Todos los demás han pasado por la fase militar. En Europa y en Asia, así en los tiempos antiguos como en los modernos, el desarrollo social ha sido principalmente el resultado de la guerra. A poca diferencia todas las dinastías modernas de Europa, han sido fundadas por conquista, y todas las naciones han adquirido y conservado su territorio por la fuerza de las armas. Los hombres, al modo como las bestias salvajes, se han destrozado unos á otros al mando de clases privilegiadas.

Las colonias de América, fueron fundadas con fines comerciales, y en general los terrenos que aquéllas ocupan habian sido obtenidos por compra ó contrato, y no por conquista. Entregados á la industria, los americanos no han recurrido jamás á la espada más que para defenderse ellos ó sus instituciones. Jamás el arado, el martillo, y el telar han desertado para correr á una guerra de conquista. Jamás la profesión de las armas ha sido colocada por encima, ni aun al nivel, de las otras profesiones. Y, en verdad, antes de la guerra civil, los soldados eran

objeto de la risa popular. Aun hoy, y eso que casi todos los americanos mayores de 40 años han cargado con el fusil al hombro, ó tienen parientes que han combatido por la unidad del país, el soldado de fortuna—un tipo común en los demás pueblos—es desconocido. Un hombre como el sanguinario autor de *Bajo catorce banderas*, libro en el que describe cómo ha matado á otros hombres, bajo catorce banderas diferentes, provocaría en América, repugnancia y náuseas. Los regimientos americanos son regimientos de trabajadores. En sus banderas, no se leen los nombres de las poblaciones saqueadas y el número de sus víctimas, sino los nombres de los inventores, las influencias civilizadoras, las máquinas que distribuyen el trabajo manual. La divina predicción: «Por este signo vencerás» se dirige también á ellos; pero su signo es el arado, no el puño, en forma de cruz, de una espada.

En tanto que millones de europeos sufrían el yugo del despotismo militar, el pueblo americano vivía en paz y trabajando. Sus éxitos industriales le han colocado á la cabeza del mundo, bajo el punto de vista de la riqueza y de la potencia. América es independiente de Europa, y á ésta le es aquélla indispensable. Sin sus generosos envíos de algodón, de trigo y de carne, millares de europeos carecerían de alimentación y de vestidos.

La historia comercial de los Estados Unidos puede ser contada en pocas palabras. La cifra neta de las importaciones comprendiendo el dinero amonedado y los lingotes, que era de 22.900,000 dollars en 1790, era de 75.000,000 de dollars, en 1830. Durante los 50 años que siguieron á éste, se elevó á 740.000,000 de dollars.

Las exportaciones han progresado todavía más rápidamente. Aquéllas comenzaron, en 1790, con 20.000,000 de dollars y alcanzaron 60.000,000 en 1830. El montante de las importaciones por cabeza ha pasado, durante los 50 últimos años, de 6'25 dollars á 15, mientras que el de

las exportaciones ha pasado de 5 á 16'60. Examinemos los artículos que representan ese comercio. ¿Cuáles fueron las adquisiciones de la República en 1883? De azúcar y de melazas por valor de 100.000,000 de dollars.

A buen seguro, que, el hermano Jonathan, es amigo de los dulces ya que gasta más en ellos que en cualquiera otra cosa. En lana y lanerías, gastó 55.000,000 de dollars; en productos químicos 45.000,000. Compró á los otros, aún cuando exportó también, mercancías de algodón por un valor de 35.000,000 de dollars.

Estos artículos, supongo, que tendrán alguna particularidad que ensalzarse su fantasía, ó mejor la de su mujer. En sedas, gastó algo más de 37.000,000. La seda bruta destinada á ser manufacturada, representa aproximadamente una mitad del valor de las sedas importadas. El americano paga por su taza de café 42.000,000 de dollars anuales y por su taza de té, 17.000,000. Tales son los principales artículos comprados.

¿Qué artículos vende á los buenos amigos á quienes honra en su clientela? Por este lado hace excelentes negocios. En primera línea, figuran sus exportaciones de algodón. El mundo le compró, en 1883, por valor de 250.000,000 de dollars. Expidió luego, por valor de 120.000,000 y harina por valor de 55.000,000. La carne, los huevos, la manteca y otras provisiones, alcanzaron á 107.000,000 de dollars. Contribuye á la iluminación del mundo con su petróleo, por una suma de 45.000,000 de dollars. Se le compra tabaco, por una suma de 22.500,000 dollars, y artículos en madera, de los que una gran parte, sin duda, van en forma de muebles, por valor de 26.000,000 y medio. Las manufacturas de hierro y de acero, representan un total mejor de lo que se podría esperar. América, exporta máquinas de coser, agrícolas, &., &. ; por 22.000,000 y medio. Y, en fin, el tío Sam, expide de sus

enormes haciendas, bueyes y carneros, por valor de 8.500,000 dollars.

A pesar del desarrollo casi increíble de sus propias manufacturas, el ciudadano americano importa cada vez más de otros países. Al decir de muchos, su Arancel de Aduanas es exagerado; pero con ese Arancel compra tres veces más por habitante de lo que compraba hace cincuenta años.

No debe, pues, ser tan malo como se dice. Verdad es, que las industrias americanas van siendo de año en año más dueñas de sus propios mercados, y que las exportaciones disminuyen. Estas aumentan para los artículos brutos y no enteramente fabricados.

Por ejemplo, la proporción de estos, que en 1860 no era más que de un 26 por 100, era en 1885 de 40 por 100, de las importaciones totales. En el mismo tiempo, las importaciones de artículos manufacturados descendieron de 74 á 60 por 100 del total.

La balanza del comercio á la que los americanos, á pesar de las teorías de los economistas, conceden todavía una gran importancia, ha sido durante los diez ú once últimos años, continuamente y de manera importante, favorable. En el espacio de cincuenta años, el comercio extranjero ha quintuplicado. Ha casi doblado desde 1860, á pesar del paro que le hizo experimentar la guerra. Aumentó mucho en 1880 y alcanzó su grado máximo en 1883. Desde esta época, por razón de la depresión prolongada de los negocios, descendió en 14 por 100. Hasta el año 1876, con algunas excepciones, las importaciones de mercancías superaban á las exportaciones. La mayor diferencia se registró en 1879. Durante el período de 1860 á 1885, las importaciones aumentaron en 63 por 100 y las exportaciones en 129 por 100.

Se tiene la costumbre de considerar á la República como un país sin comercio. Muchos le predicen una cruel

decadencia, porque su comercio exterior se hace en buques extranjeros. Es un error que se quiera limitar la significación del «comercio» al transporte de las mercancías. En estas condiciones, América no tendría seguramente de qué estar orgullosa. El reemplazo de los barcos de madera por los buques de hierro y de acero, la ha privado de una gran parte del *carrying trade*, y ningún reglamento ni ausencia alguna de reglamento se lo hubiera dado. Por la misma razón que el agua no puede remontar la pendiente de una montaña, los buques no pueden ser dirigidos hacia los países en que la mano de obra es más barata, por los países en que es aquella más cara. Si América poseyera diez mil grandes buques, sus tripulaciones, desde el ingeniero jefe hasta el mozo de limpieza serían extranjeros, por la excelente razón de que todos estos hombres cuestan menos caros en Liverpool ó en Amberes que en Nueva-York. Los americanos tienen mejor en que ocuparse que no en ir á recorrer los mares. El precio de los buques es también más elevado aquí que en Clyde. Si las leyes de navegación se suprimiesen mañana, ningún americano compraría buques en el extranjero para comerciar fuera. Si los compraba, el pabellón podría ser de la *bandera estrellada*, pero la tripulación, lo mismo que el buque, sería extranjera. La marina de comercio creada así no sería americana, ni aumentaría en nada la fortuna americana. Todavía durante numerosas generaciones, todos los esfuerzos que los americanos hagan con el fin de convertirse en los principales transportadores de mercancías, no pueden dejar de ser fracasos, y de ponerlos en ridículo.

He aquí una fábula que se aplica muy bien á esta situación: «Díjole la tortuga al león, viendo á este que se paseaba orgullosamente por la orilla de un río, que cualquier animal podía andar sobre la tierra como él. Haced, pues, como yo.» Y la tortuga se zambulló en el

rió. El león la imitó. Resultado: «La tortuga hizo buenas meriendas con la carne del león.»

América no debe ocuparse de la navegación en el Occéano antes de que su continente esté lleno, de que los precios de la mano de obra y de los materiales hayan descendido tanto como en Europa. Que deje aquella el mar tormentoso á su país natal, que está situado en medio de las olas, y manténgase aquella en la tierra, que es su herencia natural. Y eso que América, con sus barcos, se lleva todavía una buena parte de los transportes. Constrúyelos en mejores condiciones que sus rivales, pues tiene la madera en casa. Sus transportes en 1880 representan una suma de 280 millones de dollars, ó sea más de la sexta parte de todo el comercio extranjero. El cabotaje de América, del que se hallan los extranjeros excluidos, representa mejor papel, con treinta y cuatro millones de toneladas. El tonelaje marítimo total de la nación en 1884, era de 3.181,804 toneladas, lo que la coloca inmediatamente después de Inglaterra y mucho antes que las otras naciones.

En Inglaterra se vocifera mucho contra el Arancel de la República. A mi entender, sus resultados son mal comprendidos. Créese generalmente que los derechos son de índole apropiada para paralizar el comercio entre ambos países. Esta idea está tan lejos de la verdad, cuanto que Inglaterra no tiene cliente alguno á quien envíe más productos manufacturados, y con quien aumente su comercio tan rápidamente. Esta República con sus pretendidos derechos tan elevados, importa más mercancías inglesas que cualquier otro pueblo.

He aquí las cifras de 1883, que fué un mal año para América: Inglaterra envió á las Indias mercancías por valor de 24 millones de libras esterlinas; á Alemania, por 19 millones; á Francia, por 18, y á la República de los Estados Unidos, por 27 millones de libras esterlinas.

Las importaciones totales de América, dicho año, ascendieron á 725 millones de dollars. Más de un tercio de esa suma, ó sea 250 millones, procedían de Inglaterra ó de sus posesiones inglesas.

Para demostrar la importancia aplastante de las compras hechas por la República á Inglaterra, basta sólo compararlas con las compras hechas á los demás países. Francia en 1882 proporcionó mercancías por valor de 90 millones de dollars, y Alemania por 56 millones.

Inglaterra podría perder la clientela de Francia, ó de Alemania, ó de ambos países reunidos, sin sufrir por ello tanto como por la pérdida de su comercio con América. ¿No ha llegado aún para la Monarquía el momento de tomar ese hecho en consideración y de obrar en consecuencia, con respecto á su hijo respetuoso, que no cesa de aumentar su cifra de negocios, y le compra más productos que todo el resto del mundo? La cuestión del Libre Cambio en América no hay hombre vivo que pueda arreglarla. No podría serlo más que por dos medidas: O bien la cifra de los ingresos públicos se aumentaba por la elevación de impuestos interiores, ó bien se aumentaban derechos enormes á los únicos productos necesarios á la vida que América importa en grandes cantidades, el azúcar, el café, etc., etc. Ninguna de estas medidas me parece probable. Un nuevo derecho sobre la alimentación tiene tantas probabilidades de ser establecido en Inglaterra como en América. El democrático presidente Cleveland declaró en su primer mensaje al Congreso que toda reducción del Arancel debería ser soportada por los derechos impuestos hoy sobre las cosas necesarias á la vida. Tal es la tendencia general.

FERRO-CARRILES Y CORRIENTES DE AGUA

Y veréis entonces (cuando las colonias habrán conquistado la independencia) cuánto se embellecerá la tierra. ¡Qué cultivo! ¡Qué de artes nuevas y de ciencias nuevas! ¡Qué seguridad para el comercio! La navegación precipitará á las gentes á salirse al encuentro unas de otras. Llegará día en que nos trasladaremos á una ciudad de California, bien poblada y bien administrada, como se va ahora á Meany, en la diligencia.

MARQUÉS DE ARGENSON.

Los habitantes de la pequeña isla estrecha de Inglaterra ó de los Estados miniaturas de Europa, no pueden tener la misma concepción de la distancia que los americanos. La enormidad del continente de América ensancha proporcionalmente las ideas que sus habitantes se forjan del espacio. El Estado de Nueva-York es casi tan grande como Inglaterra; el Texas es más grande que Francia, Inglaterra y Alemania reunidas. La California tiene una extensión igual á la de Austria. Algunos otros Estados y territorios, conocidos tan sólo de nombre en Inglaterra, como el Nevada, el Colorado, el Oregón y la Nebraska, tienen superficies más grandes que las de muchos reinos de Europa.

La distancia de Nueva-York á Chicago supera á la que va de Londres á Ruan; San Francisco está más lejos del Atlántico que Quebec de Londres. El viaje de Filadelfia á Nueva-Orleans es casi doble del de Londres á

San Petersburgo. Jerusalén, el Cairo, Constantinopla, Astrakan y Tenerife están todos más cerca de *Hyde-Park Corner* que *Sait Lake City* lo está de Boston. Durante la guerra civil, la frontera defendida por el general Grant superaba en extensión á una línea que fuera de Londres á Constantinopla, á través del canal de la Mancha y el Continente, de allí á la gran pirámide del Cairo, á través del Asia menor y la Palestina, y de allí, remontando el Nilo, hasta la primera catarata. Y esta línea si podía ser dibujada sería en muchas millas más corta que el trayecto de Nueva-York á Portland, en el Oregón.

Estas comparaciones permitirán al lector inglés que pueda formarse ideas que son tan familiares al americano como el emblema estrellado de su nacionalidad. Ayudarán aquellas también al europeo á formarse idea del trabajo y de las sumas que han sido necesarias para tender una red de ferro-carriles sobre todos los puntos de este vasto continente. Hace cien años, América era casi tan desconocida como el Africa de hoy. Algunos viajeros y exploradores se habían dado una caminata hasta *Père des laux*, y lo habían recorrido hasta el Golfo de México. Hasta 1803 no se había soñado en un viaje transcontinental. Dicho año, á petición del presidente Jefferson, se envió una expedición al Pacífico, bajo el mando del capitán Clarke y de Lewes. Este viaje fué considerado como un hecho extraordinario. El pequeño ejército se enfrascó en las soledades, á través de las montañas y, siguiendo la pendiente Oeste, hasta la embocadura de la ría de Colombia, en el Pacífico. En este viaje invirtieron para ida y vuelta, dos años y cuatro meses. Todavía en 1830 se hacía muy difícil viajar en el interior. Los Estados situados á lo largo de la costa, tenían establecidos pésimos caminos á todas partes. Comenzábase tan

sólo á construir ferro-carriles. El corazón del continente no se había abierto más que á los aventureros.

Los dos tercios de los correos eran transportados en pesadas diligencias, cuya caja descansaba sobre correas de cuero, á fin de que pudiera balancearse en todas direcciones, sin hacerse añicos en caminos hechos de troncos de árboles colocados transversalmente. En estas diligencias sentíase sacudido el pasajero como en un barco de pesca del canal de la Mancha en medio de una tempestad. El otro tercio era transportado á lomo de caballo. Los buques de vapor no hacían el servicio más que en cortas distancias y en todo el país no existían más que ventitrés millas de caminos de hierro. Todo esto sucedía hace nada más que medio siglo. En nuestra época de vagones-palacios y de trenes que hacen cuarenta millas por hora, es difícil imaginarse las molestias de un viaje en diligencia. Los libros de los primeros viajeros hállanse repletos de invectivas contra los horrores de ese género de locomoción. El noruego Arfedson escribía en 1832:

«Un viajero que desee trasladarse desde aquí (Augusta S. C.) por tierra á Nueva-Orleans, se le advierte seriamente que se despida de todos los comforts y que se prepare á pasar una campaña penosa.

»Si tiene mujer é hijos sin recursos, y no debe dejarles una herencia conveniente, que se apresure á asegurar su vida por la mayor cantidad posible que quiera asegurarle una Compañía. Lleva diez probabilidades contra una de morir en el camino, como lo demuestra el siguiente estado de las muertes accidentales: 1 muerto por un caballo desbocado; 2 ahogados; 3 por homicidio; 4 por explosión.»

Miss Martineau en 1834-35 describe uno de sus viajes en los términos siguientes:

«La circulación en los caminos es tan insignificante, que el extranjero se halla en una soledad casi completa.

Durante un viaje de muchos días, no nos hemos encontrado, á excepción de algunas carretas, de algunos campamentos, más que con un solo carruaje. Era una diligencia que regresaba de Charleston. Nuestro cruce en el bosque fué como el hallazgo de los buques en el mar. Pedimos á los pasajeros del Sud noticias sobre Charleston y de Europa, y ellos nos preguntaron sobre el estado de la situación política en Washington.»

En 1850, sir Charles Lyell escribía:

«Cuando se comparan los peligros, parece que sea más expuesto viajar por tierra, en un país nuevo, que en vapor por los ríos. Algunas personas que han sobrevivido á viajes repetidos en diligencia, nos han enseñado numerosas cicatrices. Un juez que acompañaba á mi esposa, en Natchez, le declaró que había vomitado tres veces.»

A los inconvenientes descritos en esos extractos, hay que añadir los de ser zarandeados en *Cordurays roals*, es decir, en caminos contruídos de trozos de madera colocados de través en el camino, sin que se hubieran tomado la pena de hacer desaparecer las desigualdades de la superficie. En los caminos en que no había competencia, la lentitud era desesperante. Un escritor dice:

«En promedio, hacíamos más de tres millas por hora; para obtener esta marcha, había que aguantar la insolencia de los conductores.»

Casi todos los viajeros ingleses de esa época se lamentan de la insolencia de los cocheros. Se habían de cuidar ellos mismos de sus equipajes.

El viaje de Troy á Chicago, realizado en 1832, por M. Philo Carpenter, nos permite dar á conocer la diversidad de los medios de locomoción empleados en aquella época. Tomó dicho señor el *Erit Canal* hasta Buffalo y de allí se trasladó á Detroit en vapor del lago. Esta travesía invertía ordinariamente cuatro días y medio. De Detroit, el señor Carpenter se trasladó á Niles en la

diligencia semanal; en Niles se embarcó hasta la desembocadura del río San José. Desde allí fué transportado en un junco por dos indios hasta la desembocadura del Columet, donde uno de los indios se negó á llevarle más adelante. Nuestro viajero hizo tratos con un colono para alquilarle un carruaje arrastrado por bueyes, y llegó en dicho vehículo á Fort Decarborn, como Chicago se llamaba entonces.

Después de 1830 vino el período de transición; los ferro-carriles primitivos comenzaron á hacer la competencia á los barcos y á los coches. En el número del 22 de mayo de 1836 del *Public Ledger* en Filadelfia aparecía el anuncio siguiente, antepuesto de una locomotora primitiva y de vagones:

«PRECIO DE LOS ASIENTOS REDUCIDO Á 12 DOLLARS.—*New Express Fast Packet Line, from Philadelphia to Pittsburg.* La única línea exclusivamente reservada á los viajeros, *via Lancaster and Harrisburg Railroads and Pennsylvania Canals.* Salida todos los días, á las seis de la mañana. Duración del viaje: tres días.»

Dos años más tarde, en el mismo periódico, se leía:

«¡REDUCCIÓN DE PRECIOS!—*Leech and Co's packet Line to Pittsburg, via Railroads and Canals.* Duración del viaje: cuatro días y medio.»

En uno de esos *Canals Boats* fué donde vi yo llegar á Pittsburgo la primera locomotora.

Los primeros ferro-carriles eran muy imperfectos... Fueron por de pronto arrastrados por caballos y mulas, pero las locomotoras fueron importadas pronto y copiadas en América.

En un suelto publicado en el *Charleston Patriot* de de Abril de 1836, se describe así otro medio de propulsión:

«Ayer, á medio día, ante numeroso público, se ató una vela á un vagón. Este vagón, cargado con quince

personas, recorrió de 12 á 15 millas por hora. En seguida 30 personas y 3 toneladas de hierro fueron transportadas á razón de diez millas por hora. Considerando la manera imperfecta en que la vela fué colocada, el resultado fué de los más satisfactorios.»

Pero la más curiosa de todas las máquinas fué inventada por Detmold. Poníala en movimiento un caballo que iba en una plataforma sin fin, y transportaba aquella pasajeros á razón de 12 millas por hora.

Observad cómo fué abierto á la civilización el interior del continente. Un «marchante» de Santa Fe escribía en 1830: «El día de nuestra salida de Independencia, (en vagonetas tiradas por mulas), abandonamos las últimas moradas humanas que habíamos de encontrar en nuestro camino: de los confines del Missouri á los de Nuevo México no hallamos ni siquiera un campamento indio.»

Cuando se reemplazaron las bestias de carga por vagones para los transportes interiores, la naturaleza extraordinaria de ese cambio motivó las siguientes líneas al *Mile's Register*, en 8 de mayo de 1860:

«Una brigada de 70 hombres se hallaba recientemente en San Luís, preparándose para una expedición á las Montañas Rocosas. ¿Qué veremos en seguida?»

Cerca de treinta años más tarde establecióse, por la *Pike's Peak Express Company*, una línea regular de diligencias entre la ribera del Missouri y las Montañas Rocosas. Los transportes se efectuaban por vagones-trenes y en coches arrastrados por bueyes y mulas.

El servicio de esta línea era tan perfecto, que una distancia de 700 millas se franqueaba en seis días y seis noches. En la primavera de 1860, los propietarios de esta línea establecieron la que se llamó el *Pony Express*, que servía de correo rápido diario entre las ciudades del Atlántico y la costa del Pacífico. Esta empresa fué la maravilla del espíritu inventivo americano. Antes de esta épo-

ca, necesitábanse tres semanas para transportar el correo por vapor de Nueva-York á San Francisco. El *Pony Express* franqueaba la distancia entre el *railway-terminus*, en el Missouri y el Pacífico, en ocho ó nueve días. No contratava más que á hombres valerosos; los encuentros con los indios y con los salteadores de caminos eran frecuentes; las estaciones de parada eran con frecuencia incendiadas y robado el material.

Todo el trayecto, es decir, cerca de dos mil millas, no era más que una completa soledad. No se permitía parada alguna. Cambiábanse los caballos en cada estación, y los postillones cada cincuenta ó sesenta millas. Esta rapidez determinó al Gobierno á enviar el correo por tierra.

Tales fueron los humildes comienzos del magnífico sistema de ferro-carriles de la América del Norte. Cuando el éxito de la primera línea ya no fué dudoso, establecieronse rápidamente nuevas líneas. En todas las partes habitadas del continente veíanse hombres cavando, nivelando, haciendo barrenos, perforando túneles con un ardor increíble que no decaía un momento. Los recursos del país, gracias á estas grandes rutas artificiales, se desarrollaron con maravillosa rapidez.

La idea de tender una línea de ferro-carril á lo largo de todo el continente acabó por imponerse á la opinión pública. Desde el año 1846, la posibilidad de una tal empresa fué decidida por el Congreso y en 1849 tomó la idea una forma tangible con la ley presentada por el senador Benton. En 1851 enviáronse ingenieros para que eligieran una ruta, pero la guerra entre el Norte y el Sud ocasionó retardos. Terminada la guerra, el Congreso votó subsidios en metálico y en terrenos para las compañías autorizadas á construir la línea. Los trabajos empezaron en 1853, pero lentamente. En 1865 se llevaron á cabo aquellos con una rapidez sin precedente. Colocá-

banse diariamente dos ó tres millas de rails. La línea quedó terminada y fué abierta en toda su extensión en 1869. Desde entonces se han construído tres nuevas líneas transcontinentales.

Los ferro-carriles americanos fueron construídos con concesiones para cortas distancias, pero á medida que la población aumentó, eran aquellas *consolidadas* y se transformaban en grandes líneas directas, entre estaciones *terminus* separadas por centenares de millas. Con el tiempo, esas grandes líneas han ido absorbiendo á las pequeñas. Hoy existen varios sistemas prestando servicio en extensos distritos. El *Pennsylvania*, el más importante de todos, es un ejemplo de ello. Su red abarca 5.491 millas.

Los ingresos brutos en 1884 fueron de 80 millones de dollars, el tonelaje de 63 millones de toneladas, y el precio del flete quizás el más bajo del mundo entero, ó sea de unos cuatro *mills* (menos de medio penique) por tonelada y por milla. Esta línea está sólidamente construída, balastada con piedra, y bajo todos los conceptos, sostiene favorablemente la comparación con las Grandes Compañías de Europa. Exceptúo de ello numerosos pasos á nivel con pendientes que no serían toleradas en ningún otro país.

Ocurre con los ferro-carriles lo que con las manufacturas. La *consolidación* en manos de algunas sociedades, parece ser la tendencia inevitable. Las economías y las mejoras realizadas así sobre las cien pequeñas compañías separadas, cada una con distinto personal, son tan grandes y manifiestas, que nada podría impedir esas *consolidaciones*. El resultado de esta concentración de fuerzas es difícil de prever, pero á no dudarlo, hállase conforme con las leyes económicas. Podemos continuar, pues, sin temor. Nos hallamos sobre terreno seguro. Si las sociedades alcanzan dimensiones gigantescas é intentan

abusar de su potencia, olvidando que son las criaturas y sirvientes del Estado, puede contar con la Democracia para hacerlas entrar en razón. No hay problema alguno que un pueblo instruído no pueda y no quiera resolver en bien de los intereses de todos y el día en que la solución es necesaria.

La red de los ferro-carriles americanos comenzada hace cincuenta años de una manera tan humilde, alcanzaba en 1885 una extensión de 128.000 millas. Europa no posee tantas. En 1883 su red no contaba más que 114.300 millas, y el mundo entero 279.850 millas. El *record* de los diez últimos años demuestra con cuánta rapidez se tienden esas líneas. Durante este período no se han construído menos de 44.280 millas. Han de transcurrir pocos años, quizás menos de diez, antes de que la extensión de América no sea superior á las de todas las otras líneas del globo.

En ningún país del mundo es tan confortable y tan lujoso el viaje. Esta ventaja se la debemos principalmente á una notable invención americana, el *sleeping-car*, sin el cual las líneas de caminos de hierro de recorridos tan extensos hubieran resultado hartamente imperfectas. Los viajes entre los océanos reclamaban siete días y otras tantas noches, así como los viajes de Chicago y otras poblaciones del Oeste á Nueva-York, que necesitaban de venticuatro á ventiocho horas consecutivas, no se hubieran podido emprender más que en casos urgentes, si el desgraciado viajero se hubiese visto obligado á permanecer sentado, como en los antiguos vagones.

La naturaleza ha hecho mucho para facilitar las comunicaciones en América. Los mares interiores que contienen un tercio de toda el agua dulce del mundo, y sus inmensos ríos no esperaban más que al vapor para transformarse en magníficos caminos. Un barco que dé la

vuelta á esos lagos recorre una distancia más larga que la de Nueva York á Liverpool.

Los ríos de América son igualmente los más vastos del mundo. Después del Plata y del Amazonas, sigue el Mississipi con una corriente de más de dos millones de pies cúbicos por hora. Este poderoso río, que los Indios en su pintoresco lenguaje llamaban el *Padre de las Aguas*, iguala en volumen á todos los ríos de Europa reunidos, excepto el Volga. Es igual á tres Ganges, á veintisiete Senas, á ochenta Tíbers. La extensión del Mississipi es de 2.250 millas, y la de sus afluentes navegables excede de 20.000 millas.

El Hudson es navegable para grandes vapores, hasta Albany, á ciento cincuenta millas del Atlántico. Otra docena de ríos más ofrecen idénticas ventajas. Muchos puertos muy conocidos, están á una distancia considerable de la costa. Tal es el caso de Filadelfia, de Baltimore, de Nueva-Orleans y de Portland, en la costa del Pacífico. La existencia de puertos interiores, con docks extensos, muelles, grandes buques, es un manantial de continua sorpresa para el viajero europeo.

Buques de tres mil toneladas á quinientas millas del mar, pueden sorprender en efecto á quien no haya visto más que buques de vela en el mar. Al pasearse por los muelles de las poblaciones de los lagos, Buffalo, Toledo, Chicago ó Duluth, puede uno figurarse que se halla en las orillas del mar.

Las grandes corrientes de agua natural están unidas unas con otras por canales artificiales. En 1880 había en los Estados Unidos 4.468 millas de canales que habían costado 265 millones de dollars. Unas dos mil millas de canales fueron abandonadas á causa de las facilidades más grandes ofrecidas por los ferro-carriles. Muchos canales de los que funcionan todavía no cubren sus gastos, y, sin duda, muchos de ellos serán abandonados. El flete

en 1880 elevóse en los canales á la cifra de 21.044,292 toneladas, que produjeron un ingreso bruto de 45 millones.

La historia de los principios de la navegación presenta tan curiosos contrastes y hechos tan extraordinarios como las demás partes de la historia de los progresos de América. A principios de siglo no se había logrado construir un buque de vapor que funcionara bien. Durante veinte ó treinta años, los inventores, en Francia, en Escocia, en Inglaterra, en América, habían buscado aplicar un principio que sabían era perfectamente aplicable. Pero ignoraban dos ó tres cosas esenciales, é iban aquellos de fracaso en fracaso, aproximándose no obstante, cada vez más al éxito. Jhon Fitch y Oliver Eraus son los primeros americanos que tomaron parte en esta lucha.

Aprovechando las experiencias de todos, un ingeniero americano, Robert Fulton, consiguió en 1807, construir un buque práctico. El *Clermont*, de Fulton, fué el primer buque de vapor que prestó servicio. Desplazaba 150 toneladas; fué botado en el Hudson en 1807 é hizo durante un año el servicio de viajeros entre Nueva-York y Albany. El primer buque de vapor del valle del Mississipi, fué construído en 1811 y se denominó *Orleans*. Tenía una rueda detrás y recorría la distancia de Pittsburgo á Nueva-Orleans, ó sea más de dos mil millas, en catorce días. Al año siguiente, Enrique Bell, escocés, construyó el *Cometa*, de treinta toneladas, que iba de Glasgow á Greenvek, y en 1813 dió la vuelta á las Islas Inglesas. En 1819 el *Savanah*, desplazando 380 toneladas, procedente de América, hizo la travesía del Atlántico, visitó Liverpool, San Petersburgo, Copennague y regreso.

Diez y nueve años más tarde el *Great Western*, de mil trescientas cuarenta toneladas y el *Sirius*, procedente de Inglaterra, hicieron la travesía del Atlántico. Dos años después la Compañía *Cunard* estableció la hoy célebre línea de vapores, inaugurando una era de navegación que

ha revolucionado la vida humana y colocado al antiguo y al nuevo mundo á seis días de distancia.

La historia de la navegación interior no es menos interesante. Los primeros transportes por agua se efectuaron por medio de barcos. Descendían bastante bien la corriente, pero al remontarla tenían necesidad de que los empujaran con las picas. Los barcos eran largos y estrechos, puntiagudo por delante y por detrás, y ligero de peso. Necesitábanse de 15 á 20 hombres para empujarlo. Esos hombres, en número igual á cada lado, se colocaban en tablones que se extendían á lo largo del barco. Cada uno de aquellos apoyaba el extremo de una larga pica en el fondo del agua, colocaba el otro extremo á su espalda y apoyándose en este con toda su fuerza, hacía deslizar el barco bajo sus pies. En tanto que los de un lado pasaban así en línea hasta atrás, los del otro lado daban media vuelta yendo á recobrar su sitio de delante, apretando sus picas en el fondo del agua. Los barqueros iban siempre con el fusil á cuestas para defenderse contra las sorpresas de los indios. Sus viajes duraban con frecuencia muchos meses. Estos *Keel-boatmen* llevaban una vida semi-bárbara, acabando por parecerse más á los salvajes indígenas que á descendientes de europeos. No tenían casi más respeto por la vida humana que el que sentían por los animales que mataban en las orillas. Las descripciones que de sus costumbres nos han dejado los escritores de esa época, exceden en horror á cuanto se haya podido contar sobre la vida de los vaqueros y de los mineros. Dichos barqueros se han disuelto ante los buques de vapor y la civilización, tan completamente como las soledades en medio de las cuales se pasaban la vida. Con otros *barbarismos* del buen tiempo viejo, han caído aquellos en el olvido. *Requiescat in pace.*

He aquí las palabras consagradas á una de las primeras líneas de *paquebots*:

«El 11 de Enero de 1794, se estableció entre Cincinnati y Pittsburgo, un servicio de dos *Keel-boats* con «co-razas» á prueba de balas y otros proyectiles, provistos de cañones y de armas de menor calibre.»

Aún cuando los *Steam-boats* ofreciesen mayores facilidades y más comodidades que los *Sloops* ó *Stages*, estaban muy conducidos y eran á veces peligrosos. El número de colisiones y explosiones era espantoso. Los *Steam* tomaron la costumbre de remolcar los *Safety-boats barges*... En 1834-35 miss Martineau halló ese género de viaje, en el Oeste, proverbialmente peligroso. Decía aquella:

Quedéme bastante sorprendida de las recomendaciones que se me prodigaban en todo el Sur sobre la necesidad de hacer una buena elección entre los *Steam-boats* del Mississipi, así como oirme gravemente preguntar cuando puse el pie en el buque si me había provisto de salvavidas. Vi que todos los demás pasajeros los llevaban consigo. Mi sorpresa cesó cuando me encontré en la orilla con numerosos barcos detenidos y abandonados á causa de accidentes.»

Después de esta época, los reglamentos severos que sometían á todos los buques á la vigilancia gubernamental, han convertido el viaje por los ríos en tan seguro como delicioso.

Una excursión de San Luís ó Cincinnati á Nueva-Orleans, en uno de los palacios flotantes que hacen la travesía del bajo Ohio y del Mississipi, es una de las maneras más agradables de pasar las vacaciones.

El tráfico de estos ríos del Oeste sorprenderá á muchas personas. Tomemos como ejemplo el Ohio. Una autoridad competente ha declarado que su comercio total entre Pittsburgo, su cabeza, y New-Cairo, su desembocadura, en una extensión de unas mil millas, excedía

en 1874 de 800 millones de dollars, una suma más considerable que la de las exportaciones totales de la nación entera. Los transportes por el Ohio son los más baratos del mundo. El carbón, el coque y otros artículos voluminosos son transportados á razón de un vigésimo de *cent*, es decir, la cuadrigésima parte de un penique, por tonelada y por milla. Esta baratura se hace posible por los barcos que se atan juntos y que se remolcan á vapor. Esas masas flotantes son transportadas por la corriente. El vapor, á la bajada, no tiene casi más que guiar y remolcar los barcos vacíos. Las estadísticas de 1884 demuestran que los empresarios nada más que de la población de Pittsburgo poseían para el servicio del río 4,383 barcos, comprendidos en dicho número los barcos, desplazando 1,700,000 toneladas. Entre dichos buques había 163 *Steam-boats*. Veinte millas de vías navegables están abiertas á esa flota de Pittsburgo y otros muchos miles de millas menos importantes se abrirán cuando se hayan realizado fáciles mejoras. El gobierno se ocupa activamente y sin interrupción de esa tarea, al propio tiempo que de mejorar la navegación existente. Aún hoy puede un buque salir de Pittsburgo con destino á un puerto situado á 4,300 millas, ó sea la distancia que va de Nueva-York á Queenstonn y la mitad de la distancia que separa á Nueva-York de los puertos del Báltico.

Durante los cincuenta años que estamos examinando, hemos reemplazado los buques incómodos y lentos de los canales, como medios de viaje, por los *express* y pequeños vapores con su barca de salvamento, por palacios flotantes.

Nada podía hacerse mejor para hacer agradecido al hombre por los beneficios de que goza en este último cuarto del siglo XIX, que el estudio de la manera como vivían nuestros antepasados. No podemos tener de ello más que una idea aproximada. Las incomodidades que nos

harían la vida imposible, aquéllos apenas si las notaban, y es probable que sufrieran otras molestias que no han llegado á conocimiento nuestro. Si se escribiera la historia de sus miserables vidas, de un modo completo, el cuadro sería aún más espantoso que el que conocemos. Augusto Comte ha gravemente expuesto una religión de la humanidad. Considera que la humanidad merece que se la honre por haber triunfado de la materia y de las incomodidades en que vivía el hombre primitivo. Se han fundado religiones sobre bases que no valen lo que ésta. Nada es tan maravilloso como la manera como ha subyugado el hombre las fuerzas de la naturaleza, y del modo como ha sabido uncirlas á su carro y á su barco.

Pero seamos modestos. Los hombres de la generación próxima, al examinar nuestras condiciones de vida actual y compararlas á las suyas, tendrán para nosotros la piedad que sentimos nosotros para nuestros antepasados.

La marcha de la humanidad en todos los siglos venideros será de progreso y adelanto. La mejora de las condiciones materiales será preferente sobre las cuestiones mentales. Un día se dirá con sorpresa que hubo un tiempo en que el estado de guerra reinaba sobre la tierra, entre divisiones de hombres, que se llamaban naciones, ó que Europa enseñaba continuamente á nueve millones de hombres la manera de exterminar á sus hermanos, y llamó á ese vil trabajo una profesión. El hombre del porvenir se extrañará de que la intemperancia haya reinado, en esos días de barbarie, que haya habido pobres y criminales, innumerables, que aun en Inglaterra haya la minoría dominado á la mayoría, que el suelo haya pertenecido y servido á una sola clase, que el presupuesto público se haya visto anualmente recargado en un millón de libras esterlinas para entregarlo á una sola familia que lo gasta en ostentación vulgar, ó en placeres desarreglados, una familia que era un insulto para todas las

demás familias del país, ya que aquella tenía por principio la inferioridad de estas. Leerá todos estos relatos como leemos nosotros hoy los que conciernen á los *Keelboats* «acorazados» y á las locomotoras arrastradas por caballos, y dará gracias al cielo de no haberle hecho nacer antes de venir los tiempos civilizados. La civilización de una época es, para la época siguiente, una barbarie. Todos nosotros seremos bárbaros á los ojos de nuestros biznietos.

Todas nuestras mejoras no nos han conducido aún muy lejos en el camino del progreso, pero nuestra marcha continúa. El presente vale más que el pasado. Es la misión de la Democracia la de ponerse al frente de esa marcha triunfante y de mejorar, poco á poco, las condiciones de existencia de las masas.

FIN

ÍNDICE

	Págs.
La constelación federal.	5
Legislación departamental.	13
La guerra y los tratados.	17
El Poder Ejecutivo. El Presidente.	21
Instrucción.	29
Religión.	41
Pauperismo y crimen.	51
La República.	63
El pueblo americano.	81
Ciudades y villas.	99
Las condiciones de la vida.	121
Ocupaciones.	148
Agricultura.	163
Industria.	177
Las minas.	189
Tráfico y comercio.	199
Ferrocarriles y corrientes de agua.	207

demás familias del país, ya que aquella tenía por principio la inferioridad de estas. Leerá todos estos relatos como leemos nosotros hoy los que conciernen á los *Keelboats* «acorazados» y á las locomotoras arrastradas por caballos, y dará gracias al cielo de no haberle hecho nacer antes de venir los tiempos civilizados. La civilización de una época es, para la época siguiente, una barbarie. Todos nosotros seremos bárbaros á los ojos de nuestros biznietos.

Todas nuestras mejoras no nos han conducido aún muy lejos en el camino del progreso, pero nuestra marcha continúa. El presente vale más que el pasado. Es la misión de la Democracia la de ponerse al frente de esa marcha triunfante y de mejorar, poco á poco, las condiciones de existencia de las masas.

FIN

ÍNDICE

	Págs.
La constelación federal.	5
Legislación departamental.	13
La guerra y los tratados.	17
El Poder Ejecutivo. El Presidente.	21
Instrucción.	29
Religión.	41
Pauperismo y crimen.	51
La República.	63
El pueblo americano.	81
Ciudades y villas.	99
Las condiciones de la vida.	121
Ocupaciones.	148
Agricultura.	163
Industria.	177
Las minas.	189
Tráfico y comercio.	199
Ferrocarriles y corrientes de agua.	207

